

CLARA EISMAN PATÓN

AUTORA – LIBRO - TITULO

Encuentro con el santo grial-2016

Está prohibida la copia de este libro

CAPITULO 1

Salvador caminaba lleno de ilusiones y de esperanzas con el poder en mente de encontrar aunque fuera en muchos años el santo grial. Sabía que en la época del rey Arturo sus caballeros estuvieron buscando durante muchos años, y no lograron encontrarlo, también otros buscadores recorrieron el mismo camino y también otros, todo fue en vano. Salvador era joven, de treinta años de edad, alto y ágil, de cabello largo y ondulado, los ojos negros combinaban con el color de su cabello. No llevaba nada de carga, era lo mejor para caminar por muchos senderos sin que se cansara. La misión espiritual que se había otorgado a sí mismo requería ir libre como si caminara llevando alas de águila imperial. La ilusión era su compañera inseparable. No contaría los años que llevara caminando y parándose donde le gustara más.

Este proyecto y deseo interno hacía años que lo iba buscando. Ahora ya era libre, la libertad es un tesoro que cada ser humano debe apreciar y cuidar para que no haya desorden en sus vidas, ni dañe en la vida de quien está cerca.

Salvador recordaba cuando era niño que un día iba a dar la vuelta al mundo aunque fuera necesario hasta verse cara a cara con el SANTO GRIAL. Este proyecto lo comentaba a menudo con sus padres y hermanos, la respuesta qué tenían para él era ilusa y sin sentido, también vanidosa, se creía superior al mundo como para encontrar lo máspreciado que millones de seres humanos habían buscado sin hallar respuesta.

Salvador caminaba con la mirada puesta en la belleza que la madre naturaleza ayudada por la creación divina hicieron maravillas en el planeta tierra. Comía de todos los frutos salvajes que iba encontrando por su camino. Su felicidad era inmensa y pura como el sol que

nos alumbra cada día, su proyecto estaba asegurado, eso lo llevaba en mente como una luz que lo iluminaba.

Salvador entró en unos zarzales para coger moras hermosas que había dentro, las de fuera, las que daban al camino estaban cogidas por el polvo de senderistas que no paraban de pasar por allí. Estuvo comiendo hasta que se quedó satisfecho de ese fruto delicioso. Al intentar salir de los zarzales, con algo de dificultad por los mismos arbustos que se habían agarrado a sus pies, como manos que lo sujetaba, por más que intentaba salir no podía. Se quedó quieto para no rasgar su pantalón ni hacerse daño. Una voz masculina le dijo.

-¿No das las gracias por el fruto que acabas de comerte?

Salvador miró fuera de los zarzales pensando que alguien le había hablado.

-¡No mires donde no hay! – siguió diciendo la voz masculina.

- ¿Quién eres? – preguntó Salvador.

-¡El dueño del zarzal y de todos los zarzales que tu vista alcanza!

Salvador miraba toda la fila de arbustos que su vista alcanzaba, no conseguía ver a nadie. La voz se alteró y hablando más alto dijo.

-¡No es posible que llevando la misión que tú mismo te has dado, no comprendas la razón de mis palabras!

-¿Cómo sabes lo que voy buscando?

-¡Quieres enfrentarte con la naturaleza humana, animal, vegetal y mineral y has olvidado lo más esencial!

-Quiero que te dejes ver – respondió Salvador - ¿Cómo sabes lo que voy buscando?

-¿Has olvidado que está en el corazón de la madre naturaleza? ¿También has olvidado que ella lo sabe todo?

-¡No te escondas y sal de tu escondite!

-¡No estoy escondido! ¡Me estás viendo y me sigues ignorando – dijo la voz - ¿Tú eres el que va buscando el SANTO GRIAL? Si no me ve a mí ni sabes quién soy ¿Cómo vas a reconocer algo tan sagrado y divino?

-¡Estoy enfadado! – dijo Salvador mal humorado.

-¡Eso quiere decir que he llegado al límite de tu paciencia! ¡Mala cosa!

-¡Paciencia tengo mucha, pero tú estás acabando con ella!

-¡No amigo y hermano mío, antes de llegar aquí ya te faltaba, Tienes que buscarla, apreciarla y amarla! ¡Sin esa virtud y sin otras no esperes llegar a encontrar el SANTO GRIAL!

-¡Estoy perdiendo el tiempo contigo!

-¡La soberbia es otra virtud que te falta!

-¡El tiempo se me agota, no puedo creer que estoy hablando con un zarzal de moras!

-¡Vete, y recuerda mis palabras!

CAPITULO 2

Salvador salió de entre los zarzales y continuó su camino. La voz que le había hablado le dijo mientras se iba alejando.

-¡No estás en condiciones de encontrar lo que vas buscando! ¡Te falta fe, entendimiento y sobre todo humildad!

Salvador respondió sin ganas.

-¡Humildad es lo que a ti te falta! ¡No te has presentado, solo has hablado como si lo supieras todo!

-¡Bueno, ya te lo he advertido, te deseo un buen senderismo y que la paz te acompañe!

-¡Gracias hombre, aunque en realidad no sé quién eres!

Salvador siguió su camino, olvidando las palabras de la voz que le había hablado. Para él

No tenían mucho fundamento, y menos viniendo de alguien que no se dejó ver. No creía ni podía aceptar que esa voz filme, ruda pero muy clara pudiese salir de los zarzales de las moras. Pensó llevar precaución con los engaños que pudiera encontrar en su paso por la tierra.

Había llegado a un río. En todo el día había bebido agua, era necesario beberla para seguir su camino. Bebió hasta refrescarse por dentro, seguidamente se sentó a la orilla del río con los pies dentro del agua. Miraba el agua como bajaba al tiempo que escucha el sonido que traía. Le pareció oír una voz femenina que hablaba. Salvador prestó atención al mormullo que se dejaba oír.

-¿Vas lejos de aquí?

Él miraba en todas direcciones buscando la silueta de una hermosa joven.

-No busques fuera lo que está dentro – dijo la voz femenina – Si quieres saber quién soy,

Mira dentro del espejo del río, allí encontrará mi figura y mi rostro.

Salvador se inclinó para mirar donde la bonita voz le dijo.

-No veo nada, es una trampa que me estas gastando. Esta es la segunda voz que hoy me habla alguien sin cuerpo y sin rostro.

-Salvador te equivocas, tengo cuerpo y rostro y por cierto muy bello.

-Sabía que iban a surgir las tentaciones por parte de bellas doncellas ¿Me equivoco? ¿Cómo sabes que me llamo Salvador? ¿Quién te lo ha dicho?

-El susurro del agua ¿Has probado oírla?

-La estoy escuchando, pero solo oigo el agua bajar.

-Te falta percepción Sin ese sentido despierto no puedes llegar a encontrar lo que estás buscando.

-¿ Qué sabes lo que busco?

-¿No tienes la misión de encontrar el SANTO GRIAL?

-¿Quién te ha dicho que lo voy buscando?

-Las voces del bosque, el de los ríos, el del mar, el de las montañas, las voces de los minerales, el de las flores y el de los pájaros que cantan.

-Cuentas muy bien fábulas ¿A dónde las has aprendido?

-Salvador, lo que te digo es real mente cierto. Escucha tú corazón y verás que no te engaño.

Salvador seguía mirando dentro del agua y dijo.

-¿Cómo puedo creerte si no sé quién eres?

-Pertenezco al agua, soy el agua quién te habla.

-Si salto dentro del agua ¿Puedo verte?

-No es necesario que lo hagas. Estoy frente a ti, y si no me ves, menos vas a ver brillar el SANTO GRIAL.

-Sólo veo el agua que baja y el mormullo que va dejando ¿Puedes hacerme una señal?

-Eso tú solo tienes que encontrarlo.

-Soy más torpe de lo que yo pensaba, pero no me rindo, seguiré adelante.

-Me gusta eso que acabas de decir. Te hace valeroso. Pienso que es mejor que sigas tu camino.

-Gracias ¿No me das la oportunidad de conocerte?

-Hace un instante la has tenido y no la has sabido ver.

-¿Crees que encontraré el SANTO GRIAL?

-Sólo tu corazón lo sabe ¿Se lo has preguntado?

-No sé hacerlo. Gracias de todos modos.

CAPITULO 3

Salvador siguió su camino. Pensaba que no tenía que hacerle caso a las voces que se iba encontrando, esta última voz que le habló, la del río tenía razón en lo que le dijo, tenía que preguntarle a su corazón y en él encontraría la respuesta, pero no sabía cómo hacerlo. Le ponían una prueba difícil, muy difícil para superarla. Caminaba con el pensamiento puesto en todo lo que las voces invisibles le habían dicho. Una cosa tenía cierta, en su corazón tenía la respuesta. Llamó su atención un vuelo de pájaros que de un árbol se posaron en otro. Miró con interés de qué clase de aves se trataba, eran bellas, muy bellas. Una de ellas fue a posarse en su hombro. Se trataba de colibríes, le extrañó que un pájaro de esa especie se posara en su hombro. Miró en el árbol de donde había salido, estaba repleto de ellos, de mil colores, de colores sacados de un cuento fantástico. El ave seguía posado en su hombro, parecía que estuviese esperando algo.

-¡Amigo mío! – dijo Salvador - ¿Qué has venido hacer en mi hombro?

- Estoy aquí para aconsejarte, para que no vayas perdido por la vida.

Salvador sé extrañó al oír hablar al bello colibríes, y preguntó.

-¿También tú hablas?

-No solo hablo, también río, canto y lloro cuando lo requiere la situación.

-Sé que algo honorable ha hecho que te pongas en mi hombro ¿Qué es?

-Quiero ayudarte.

-¿Ayudarme dices?

-Sí, necesitas saber algo muy importante antes emprender tu caminar en la búsqueda del SANTO GRIAL.

-¿También tú lo sabes? – preguntó Salvador extrañado.

-Dentro de la naturaleza todo se sabe acerca del ser humano.

-Eso me han dicho las voces que me han hablado.

-Sí, pero no te han hablado de lo más importante.

-Dime que es y te estaré agradecido siempre.

-No me fio de eso que dices. Eres humano, y como humano, eres torpe, indeciso y poco fiable.

-¿Tú también me hechas dardos? Yo no he pedido ayuda, sois vosotros que salís a mi encuentro ¿Lo habéis tomado conmigo?

-Solo queremos ayudarte.

-¿De qué manera? – preguntó Salvador.

-Sí, solo te digo unas frases lo vas a entender.

-¡Bueno dilas!

-Con esa desgana prefiero callarme –
contestó el colibrí al tiempo que volaba al
árbol.

Salvador miró al colibrí junto a sus demás
compañeros posado en el árbol, y dijo.

-También tú tienes algo de humano ¡Te has
enojado!

El colibrí voló de nuevo al hombro de
Salvado, acercó su largo pico al oído de él y
dijo.

-No sabes nada del reino humano ni del
reino animal.

-¿También tú haces reproches? Pensaba
que solo lo hacíamos los humanos ¿Dime, qué
tengo que saber?

-Los humanos y los animales, nos separa
uno del otro, la forma y el físico, en todo lo
demás somos iguales.

-Perdona, no lo sabía ¿Qué era lo que me querías decir?

-Quería asegurarte para tú búsqueda, que no solo con buscar, e ir yendo de un lado a otro vas a encontrar lo que quieres.

-¿Lo sabes tú? ¿Sabes dónde tengo que empezar y dónde terminar?

-Puedo decirte y con humildad, que para encontrar lo que buscas, primero tienes que amar a la madre naturaleza y a sus hijos.

-¿Quién es la madre y quién son los hijos?

-La madre es todo lo que tu vista alcanza, todo lo que ve y lo que no ve. Los hijos somos todo el reino animal, tanto el que vuela cómo el que se arrastra. Ha todos nos quiere por igual. Es ella la que ordena y manda que el orden reine en su reino.

-Para que yo entienda bien y quiero hacerlo lo mejor posible, antes tengo que amar a la madre y después a los hijos ¿No es cierto?

-Creo que lo vas entendido – dijo el colibrí.

-En casa de mis padres de dónde vengo, tienen un perro y un gato, a los dos los quiero ¿Eso no es amar a los hijos de la madre naturaleza?

-Quiero decirte que no sólo en su totalidad. El amor a los hijos de ella son todos los animales ¡Todos!

-¿Tengo que amar a la serpiente y al lagarto? – preguntó Salvador

-Ellos también son hijos suyos. Le duele cuando alguien les da muerte.

Salvador quedó pensativo, luego dijo.

-El pueblo de donde soy y de dónde vengo ahora, es montañoso. En ese lugar hay serpientes, lagartos y otros reptiles. Se me da bien capturar serpientes, de hecho he matado a varias pensando que hacía bien ¿La madre naturaleza me lo tiene en cuenta?

-Por supuesto que sí. Tienes que hacer las paces con ella, y esperar a que ella olvide.

-¿Qué me dices de los que matan animales y se los comen? ¿Son castigados por ella?

-No siempre que sea para el alimento, hay hijos de ella que nacieron para el alimento del cuerpo de los humanos.

-Es hora de que emprenda mi camino. Tú sabiduría me ha ayudado mucho, tendré en cuenta todo lo que me has dicho, estoy seguro que ha sido de mucho provecho para mí. Estoy seguro de una cosa ¿Tú sabes donde se encuentra el SANTO GRIAL?

-Sí, pero no te lo voy a revelar, lo tienes que encontrar tú mismo, y aunque te lo revelara, de poco te iba a servir, tienes que llegar hasta ese lugar y buscar sin cesar.

-Pensaba que sería más fácil – dijo Salvador.

-Procura no desviarte del camino, te acechan muchas pruebas y algunas muy duras.

CAPITULO 4

Salvador inició su camino. Mantenía en mente todas las palabras del colibrí. Pensó en voz alta y dijo.

-Nunca podría imaginarme que un pájaro de tan bellos colores supiera tanto, y supiera más que los humanos.

Salvador caminando sin cesar llegó hasta el mar. Llevaba siete días de camino. Se preguntaba qué iba hacer en el mar. Tenía que recorrer toda la tierra, seguro que era por esa razón que sus pies lo llevaron hasta allí. Llevaba unas provisiones económicas para los traslados que hiciera, fuera por mar o por tierra. Llegó al puerto, tenía que alquilar una barca. Sus pies lo dejaron en el mar, había una razón para que sucediera. Nada había por casualidad, todo tenía un por qué. La única barca que quedaba ya había abordo un hombre

Y una mujer, se disponían a zarpar. Al llegar a ellos, Salvador dijo.

-Necesito subir en la barca ¿Es posible que haga el viaje con ustedes?

El hombre y la mujer lo miraron como algo raro, fue él quien preguntó.

-Por mí no hay problema, no sé si ella quiere, puede preguntárselo.

La mujer era joven y agraciada, aún más lo hacía, el brillo verde de sus ojos y cabello dorado. Vestía moderna y con gracia.

Salvador con sus treinta años encima, era apuesto y varonil. La mujer joven lo miró y dijo.

-Por mí tampoco hay inconveniente para que subas en la barca ¿Tienes dinero para pagar el viaje?

-Por supuesto que sí ¿Cuánto es?

-Un billete de los grandes ¿Lo tienes?

Salvador se llevó la mano al bolsillo de su casaca, sacó su cartera, la abrió y extrajo un billete de los grandes, seguidamente se lo entregó a la mujer. Ella al cogerlo dijo.

-La dueña de la barca soy yo, este hombre que está aquí sentado es un pasajero. Lo llevo hasta dónde me ha dicho, lo dejo y seguidamente vuelvo ¿Dónde vas tú?

-Me da igual, me dejas en el mismo lugar que él.

-¿Por qué te da igual? ¿No sabes a dónde quieres ir?

-A dónde mis pies me lleven.

-¡Ya decía yo que eras raro! ¡Sube en la barca que nos vamos!

Salvador subió y cogió asiento.

Se puso frente al hombre. La joven mujer llevaba el timón. Ella era ágil y fuerte. Ya en marcha ella preguntó.

-¿Tenéis apetito?

Ha Salvador le sorprendió que ella hiciera esa pregunta y dijo.

-No sabía que repartías comida a los pasajeros.

-Por el precio que han pagado por el viaje, va incluido una bolsa de comida, para que no pasen hambre hasta que lleguen al lugar que los voy a dejar.

Ella abrió una puerta delantera y extrajo dos bolsas. Una la entregó al hombre y la otra a Salvador, después dijo.

-No crean que hay mucha comida, he puesto lo justo hasta que lleguen a su destino. El mar da hambre.

Salvador abrió la bolsa de papel grueso,

Dentro había un bollo de pan, dos huevos duros y una manzana. Realmente tenía hambre, hacía una semana que se estaba alimentando con moras y fresas salvajes.

La mujer observaba comer a Salvador, desde que entró en la barca no paraba de mirarlo, era apuesto y ella seductora por naturaleza. Su seguridad de mujer le decía, que podía llevarlo a su terreno si ella se lo proponía. Al llegar al lugar donde ellos tenían que bajar, ella despidió al otro hombre deseándole buena estancia en ese lugar. Al despedir de Salvador le preguntó.

-¿Todavía no sabes a dónde tienes que dirigirte?

Salvador la miró de frente, era real mente guapa, pero no se había fijado en su belleza, el propósito suyo no era ese, respondió por cortesía y dijo.

-No tengo prisa en llegar a donde voy,

Tengo toda la vida, incluso después de esta.

-¡Vaya! ¿Eres místico?

-Si así se puede llamar sí.

-¿Cómo es tu nombre?

-Salvador ¿Tú cómo te llamas?

-Auxy. Me gustaría invitarte.

-¿Invitarme a mí?

-¿Qué ibas hacer en este lugar?

-Estoy buscando la felicidad para mí.

-¿Crees que la ibas a encontrar en este puerto diminuto?

-Nunca se sabe dónde está.

-Aquí desde luego no, es una aldea de pescadores. Son gente sencilla y pobres, se conforman en poder comer cada día.

-También ahí puede hallarse la felicidad – dijo Salvador.

-Te conformas con poco.

-Nunca he sido avaro, de nada sirve serlo. Solo necesitamos lo justo para vivir ¿No crees?

-Yo no comparto la misma idea, sí tengo uno quiero dos, tres y cuatro, la felicidad empieza por ahí. Empieza cuando no te falta de nada y te sobra para otras cosas.

-Yo opino diferente – dijo Salvador.

-Estoy segura que aquí no vas a encontrar lo que vas buscando – dijo Auxy muy convencida.

-De todos modos voy a bajar de la barca, es necesario que continúe mi búsqueda.

-Hay hombres que son tontos, tú eres uno de ellos. Te he dicho invitarte a donde yo vivo para pasar una noche de amor.

-Eso no es lo que busco. Si acepto tu invitación todo lo que tengo en mente se me borra – dijo Salvador al tiempo que bajaba de la barca.

Auxy se puso nerviosa por no conseguir lo que se proponía. Era una mujer guapa, le

Gustaba mucho Salvador, era la primera vez que un hombre la rechazaba. Su belleza había deslumbrado a hombres importantes y bien parecidos. Desde que su esposo la dejó para irse con otra que valía menos que ella, su vida había cambiado, ya no era la mujer sumisa, la que se callaba a todo. Ahora si le gustaba un hombre, lo llevaba a su casa y vivían tres días de pasión.

Salvador le había hecho daño en su corazón y en su amor propio de mujer. Hizo el regreso sola cómo lo hacía muchas veces.

Auxy poseía una pequeña fortuna, una parte era del matrimonio que hizo y la otra, de su trabajo. No le agotaba estar casi todos los días en el mar, llevando pasajeros al otro lado. Su vida no era muy divertida, ese trabajo que hacía era de hombres, pero lo hacía porque no tenía otra cosa que hacer diferente.

CAPITULO 5

Salvador había llegado a la pequeña aldea. Era realmente pobre. Casas bajas pintadas con cal blanca. Algunos niños jugaban en la calle. Al ver llegar a Salvador, pararon de jugar y fueron a su encuentro. Los que pudieron se agarraron de su mano y continuaron de esa manera por la calle. Sus madres salieron de sus casas y llamaron a sus hijos, ellos volvieron con ellas.

Salvador quería entablar conversación con alguna de ellas. La madre de uno de los niños se quedó en la puerta de su casa para escuchar al recién llegado.

-Buenas noches señora – saludó Salvador.

-¿Qué se le ofrece?

-Estoy aquí de paso, quiero conocer este bonito lugar.

-¿Sí usted lo dice? De bonito tiene esas montañas que se ven a la derecha y el mar.

-Eso es bello muy bello. Esta noche voy a descubrir la armonía y la grandeza que tienen esas montañas.

-Solo son montañas ¿Es la primera vez que ve unas?

-No señora.

-Haga lo que quiera, la noche se ha echado encima, y ahí arriba hace mocho frio.

-Gracias señora por advertírmelo.

Salvador levantó la mano en señal de saludo y cogió el camino que conducía a las montañas. Era largo y pendiente, aunque era joven se le hacía algo penoso. Tanto a izquierda como a derecha los árboles se levantaban erguidos. Miraba buscando una vara bien proporcionada en qué apoyarse. A su derecha encontró una que pertenecía a un árbol viejo, sus ramas había sido cortadas y dejadas sobre la hierba. Pasó a sé lado

Y eligió una que le sirviera para apoyo y de esa manera seguir subiendo hasta llegar dónde él quería. El trecho de esa manera fue más fácil hasta llegar a la primera montaña. La noche era oscura y fría, recordó las palabras de la mujer de la aldea. Por la noche en ese lugar llovía pequeña agua que calaba la vestidura. Allí ya no había árboles grandes, todo era matorrales. La ropa la llevaba mojada. En la oscuridad de la noche, vio o quizá su vista le hizo ver la entrada a una cueva. Siguió su instinto por el camino que seguía a ella. Apoyado en su vara pronto llegó hasta ese lugar. Se quedó en la entrada observando qué podría haber dentro. En la oscuridad de la noche y en la de la cueva, no podía ver nada. Tenía que decidirse a entrar, la ropa la llevaba calada. Decidió hacer lo que hacía rato tenía que haber hecho. Fue entrando despacio para no darse un golpe con la pared. La cueva no era profunda, hacía dos metros. Al llegar a lo más profundo, se sentó en el suelo, su vara la

Dejó a poyada en el suelo y cerca de él para cogerla rápido si hiciera falta. Después de haber estado un rato en meditación se dispuso a dormir.

Amaneció un día espléndido y lleno de luz, entonces pudo ver bien el lugar por dentro de la cueva. En altura hacía un metro, salió de ella encorvado para no darse un golpe en la cabeza. Ayudado de su vara se puso la meta de llegar hasta la próxima montaña.

Salvador había guardado el bollo de pan que Auxy le diera con otros alimentos, lo sacó de su bolsillo y lo iba comiendo. Los pajarillos que de inteligencia tienen mucha, salieron de los árboles para pedir una ración. Él les iba echando migajas que ellos iban comiendo. Al terminar de comerse el bollo, los pajarillos volvieron a los árboles, allí tenían se nidos hechos y dentro ocupados por sus pollitos.

Salvador miró en dirección a la otra montaña, todavía le quedaba un trecho.

CAPITULO 6

Auxy en la soledad de su casa no cesaba de pensar en Salvador. Estaba segura que se había enamorado de ese joven esbelto y místico. Tenía planeado ir a la aldea dónde lo había dejado, estaba segura que seguía allí, o al menos que alguno de los pescadores lo hubiesen llevado con su barca al otro lado. Ese día no tenía a nadie para llevar y decidió cogerla y navegar hasta la pequeña aldea.

En la primera puerta llamó. La mujer de antes abrió, rápido la reconoció, era la barquera, la conocían por ese apodo.

-¿Qué se le ofrece? – preguntó la mujer.

-Hace unos días dejé aquí a un joven ¿Sabe sí está?

-Si no se ha ido de aquí debe estar en las montañas.

-¿En las montañas dice? – preguntó Auxy.

-Sí señora.

-¿Qué puede hacer allí arriba con el frío y lluvia que hace de noche?

-Es lo mismo que yo pensé cuando me dijo que quería conocer las montañas.

-¿No ha bajado desde entonces?

-No señora ¿Quiere que le deje un recado de usted?

-No gracias. Ya vendré otro día.

Auxy se despidió, para no levantar sospechas, era una pequeña aldea y todo lo que sucedía allí era comentario entre vecinas. Volvió a su barca y esperó hasta que se hiciera de noche para no ser vista.

En la oscuridad de la noche poco podía ver, fue subiendo montaña arriba y cuando creyó que allí nadie la oiría gritó.

-¡Salvador! ¡Salvador! ¡Responde!

Salvador había entrado en meditación. De lejos oía una voz femenina llamarlo. Seguía meditando sin poner atención a la llamada, por un instante pensó que la madre naturaleza quería conversar con él y entre susurros dijo.

-Sé que eres la montaña la que pronuncia mi nombre ¿Qué quieres?

Seguía oyendo la voz pero cada vez más cerca de cómo se hacía eco en la montaña. Se puso de pie y salió de la cueva. A lo lejos vio una silueta vestida de blanco que se iba acercando. Le parecía la mujer joven de la barca, pero no era posible que ella estuviera allí ya casi de madrugada. Salió a su encuentro y pronto se vieron.

-¡Santo dios! - Exclamó ella – Pensaba que no te iba a encontrar.

-¿Qué haces aquí a estas horas de la noche?

-¿Es malo que una mujer venga a visitarte?

-Depende sí y depende no – dijo Salvador.

-Tenía necesidad de estar esta noche contigo – dijo Auxy – No creas que esto lo hago por cualquier hombre.

-Dame una razón del por qué lo has hecho conmigo.

-Me gustas mucho, sí mucho. Todos estos días los he pasado pensando en ti, y esta noche he decidido subir a la montaña para verte.

-¿Quién te ha dicho que estaba aquí?

-Una mujer de la aldea.

-¡Ah ya!

-¿Qué haces aquí en la montaña?

-Estoy buscando algo, lo más importante de mi vida.

-¿Puedes decirme de qué se trata?

-Estoy en la búsqueda del SANTO GRIAL.

-No entiendo bien que es, no sé de qué se trata ¿Es místico?

-Sí.

-Siempre me han atraído la gente como tú, yo no tengo la suerte de ser de esa manera. Me da igual, sé amar y de amor puro, esto tiene que ser bueno para los dioses y diosas.

-Por supuesto que sí – afirmó Salvador – Quizá para la diosa divina tiene más poder que lo que yo busco, solo se trata de una búsqueda y no conozco cómo será el final.

-Estoy segura que lo que Está buscando lo encontrarás.

-Es la primera persona que tiene fe en mí.

-¿Nadie ha tenido fe en ti antes?

-Casi nadie por no decir nadie. Tanto mis padres, hermanos y hermanas, me decían que estaba loco, y que lo que busco sólo está en la diosa madre.

-¿Quién es la diosa madre? – preguntó Auxy con inocencia.

-La madre de todo ser humano, y de toda criatura viviente.

-¿No se dice que es dios?

-Dios sin la diosa madre no puede crear, ella es necesaria para toda creación.

-Me gustaría creer cómo crees tú, pero no he nacido para lo mismo. Mi vida ha sido muy dura y penosa, tú lo sabes. Tengo que llevar a gente de toda calaña a donde me piden. Muchos desaprensivos al ver que soy mujer y bien parecida, buscan otras cosas en mí.

-¿Las encuentran?

-Unas veces sí y otras no, todo depende si el personaje me gusta. Al estar sola y falta de cariño y de ternura, me dejo llevar por lo que siento en esos momentos.

-Te entiendo – dijo Salvador.

-¿Piensas que por eso soy una mujer fácil?

-Lo que yo piense de ti no importa, lo importante es lo tú piensas de ti.

-¿Sabes que eres divino? ¿Qué eres lo más bonito que he conocido?

-Sobre todo divino no soy, voy buscando la divinidad. Lo divino pertenece a la diosa madre.

-Me gustaría quedarme esta noche aquí contigo – dijo Auky.

-Ya ves, yo no tengo ningún confort que ofrecerte, he encontrado esta pequeña cueva y en ella vivo, y dentro de unos días o de un mes, me iré de aquí hacia otro lugar.

-Necesito pasar esta noche contigo – dijo Auky – Me di cuenta el otro día que estás lleno de amor, que rebosa ternura todo tu ser.

Salvador agachó la cabeza en señal de timidez. Era la primera vez que alguien le hablaba de esa manera, y que se interesara por él cómo Auky lo hacía. La noche tan oscura Auky no podía ver el color rojo del su semblante. Había enrojecido al escuchar las palabras de alago de ella. Sabía que ella le gustaba pero su misión allí era otra.

CAPITULO 7

Auxy seguía esperando una respuesta de Salvador, una respuesta buena para ella. Necesitaba que alguien la amara esa noche. Había subido con melancolía a la montaña y quería bajarla total mente feliz y llena de amor, estaba segura que Salvador le podía dar un poco del que él tenía, no se le iba acabar por una noche de amor con ella. Le dijo.

-No quiero suplicarte, eso para el ser humano no es bueno. No quiero arrastrarme como una serpiente a ti. Sí tu corazón es bueno y sé que lo es, dame esta noche un poco de tu amor ¿Quizá lo estás guardando para otra mujer?

-No hay ninguna otra. Mi meta la tengo puesta en lo espiritual – dijo Salvador.

-Tengo entendido que las personas espirituales cómo tú, el amor que dios o diosa les da, es para que lo repartan entre otras

Personas ¿Entonces de qué sirve que acumulen tanto amor?

-Tienes razón, de eso no te falta, pero tengo que estar enamorado para tener una noche de amor con una mujer.

Auxy al escucharlo decir esas palabras entristeció y las lágrimas acudieron a sus ojos. Dio un sollozo que llegó hasta los oídos de él y dijo.

¡Perdóname Auxy por haber sido tan brusco contigo! No mereces que un hombre te hable de esa manera. Yo no soy así, no soy de esa clase de hombres que con palabras ofenden a una mujer ¡Perdóname te pido otra vez! La madre universal no me perdonaría si tú no lo haces.

-No tengo nada que perdonarte, has sido sincero conmigo.

-No he sido lo sincero que quería ser. Sólo

He utilizado palabras sin darme cuenta que podían hacerte daño.

-No te preocupes, no me has hecho daño, no tienes que pedir perdón a la madre universal. Sólo te pido que me dejes esta noche dormir en la cueva. Mañana al amanecer me voy, tengo gente para llevar al otro lado.

-Quiero ser generoso contigo cómo lo es conmigo la madre universal. Esta noche dormiremos los dos en la cueva.

El canto de los pájaros y el ruido de los roedores hicieron que Salvador y Auxy se despertaran. Ella arregló su cabello, se despidió de Salvador y se dispuso a bajar la montaña.

En la puerta ya estaban las vecinas hablando de sus cosas. Se extrañaron al ver a Auxy cruzar delante de ellas dándoles los buenos días. Una de las mujeres llamó su atención y le preguntó.

-¡Barquera! ¿Has dormido en la montaña?

-Sí, de allí vengo ¿Quieres saber algo más?

-Lo digo por si has visto a ese joven que llegó el otro día.

-Vive en una cueva. Es generoso con sigo mismo. Tiene toda la montaña para él solo. Vive rodeado de la naturaleza.

-¿Cuándo subiste a la montaña? – siguió preguntando la mujer.

-Eso no importa ¿Están preparados los pasajeros que tienen que embarcar?

-Son cuatro hombres, dos mujeres y un niño. Hace rato que esperan cerca de la barca.

-Entonces, no tengo tiempo de hablar más. Les deseo que pasen un buen día.

Auxy fue en dirección al mar, allí la estaban esperando los que iban a viajar. Ya todos preparados para zarpar. Antes Auxy pidió el dinero del viaje y seguidamente zarpó.

Era una mujer valiente y de mucho coraje. No le tenía miedo a nada ni a nadie. Estaba acostumbrada a vivir de esa manera.

Los días para Salvador ya habían terminado. Su estancia en la montaña le sirvió para recogimiento, pero allí no había encontrado lo que iba buscando. Tenía que seguir otro camino. Cruzó la montaña en un día, al siguiente estaba en otro lugar pisando hierba. Necesitaba encontrar un río. Tenía que lavarse y lavar la ropa que llevaba puesta, en todo el tiempo que pasó en la montaña no se la quitó.

Era un río que emanaba agua limpia. En los laterales habían crecido arbolitos que daban sombra. Se despojó de su ropa y la dejó a un lado del río. Se metió en el agua y se estuvo bañando un rato hasta que su cuerpo empezaba a tener frío. Salió y se puso al sol

Para secarse y calentarse. Seguidamente lavó su ropa y la puso al sol para que se secara.

Ese lugar era bello, muy bello. Acostado sobre la hierba escuchaba el mormullo del agua bajar. Se quedó allí dos días.

La marcha la emprendió lleno de esperanza de poder encontrar lo que iba buscando. Caminaba sin rumbo, pensaba que eso era lo mejor para su búsqueda.

Llevaba seis días de camino. En lo alto de un monte vio que se alzaba un monasterio. Sus pasos se dirigieron allí. Ya delante de la puerta se dispuso a llamar con el llamado redondo de hierro. Diez minutos después vino abrir un monje, dijo.

-Alabado sea dios. Hijo ¿Qué sete ofrece?

-Hace una semana que no como un plato caliente, ni duermo en una cama.

-Entra, espera aquí. Voy a avisarle al padre superior y decirle lo que lleva tu mensaje.

Salvador esperó sentado en un banco de madera. Tardó veinte minutos en llegar el padre superior. Era un hombre alto y fuerte de semblante rudo. Salvador al verlo se puso de pie. El padre superior dijo.

-Tengo el recado de lo que quieres. Podemos darte comida y cama para unos días, hasta que descanses y vuelvas a emprender tu camino.

-Padre, muchas gracias, dios se lo pague – dijo Salvador.

-Ya nos lo paga con sus bendiciones. Ahora vendrá un hermano y te conducirá a una celda. La cama no es muy confortable, pero podrás descansar unos días. A las siete se cena, llega antes para la oración y bendición de lo que vamos a comer.

-Así loaré, seré puntual.

-¿Cómo es tu nombre?

-Me llamo Salvador.

-Bonito nombre. Espero que los días que vas a estar aquí, los sepas aprovechar.

-Puedo ayudar en lo que sea – dijo Salvador.

-¿Qué sabes hacer?

-Me gusta la jardinería.

-Entonces, en el huerto vas a tener trabajo.

-Gracias otra vez – recalcó Salvador.

Antes de las siete de la tarde todos los monjes estaban de pie alrededor de la mesa. Salvador cogió el sitio que uno de los monjes le asignó, el aroma de cardero de patatas con carne, llegó a su nariz, estaba deseando que empezaran a comer. Después de la oración, el padre superior dio la orden para empezar a comer. Estaba delicioso el guiso de carne con patatas y verduras. Después de comer, el padre superior hizo un gesto a Salvador para que se acercara a él. Después fueron andando

Por el claustro. Quería hacerle algunas preguntas.

-Hermano Salvador ¿Qué le ha traído hasta este humilde monasterio? ¿Vino adrede o fue casual?

-Casual. Hace tiempo que voy buscando el SANTO GRIAL al ver este monasterio pensé que aquí al ser hombres de dios y de sus leyes, podrían ayudarme en la búsqueda.

El padre superior sonrió, luego dijo.

-¡Criatura de dios! ¿No comprende, si nosotros tuviéramos esa reliquia sagrada íbamos a estar viviendo en este humilde monasterio?

-¿Por qué no? – respondió Salvador con inocencia.

-Abrían entrado y nos la habrían robado. Muchos de nosotros no estaríamos aquí. Los ladrones de reliquias nos habrían dado

Muerte para conseguirla. Su santidad el papa habría venido hasta aquí escoltado para que no se la robaran.

-Sé que es una reliquia muy valiosa, después de la imagen de Jesús puede quedarnos su cáliz ¿No cree padre superior?

-Eso es lo que trae loca a toda la humanidad. Desde siglos andan buscando el cáliz sagrado dónde nuestro señor JESUCRISTO bebió en la última cena. Dicen algunos buscadores haberlo encontrado.

-¿Es cierto eso? – volvió a preguntar otra vez con inocencia Salvador.

-No crea si alguien va diciendo que lo ha encontrado, si lo dice es por darse mérito ante los ojos del mundo.

-Llevo siete años buscando y no he encontrado nada – dijo Salvador – Hasta que por último he decidido dejar el trabajo que tenía para dedicarme a la búsqueda.

-¿Qué arias si algún día lo encontraras?

-Lo guardaría con mil llaves – dijo otra vez Salvador con inocencia.

-De nada iba a servir. Abrirían las mil llaves y te lo robarían.

-Sería una reliquia mía, puesto que yo la habría encontrado – dijo Salvador.

-No es de esa manera, pertenecería al vaticano, irían y te la robarían.

-¡Si yo la encuentro es mía! Nadie me la puede quitar – dijo Salvador total mente convencido.

El padre superior de nuevo sonrió y dijo.

-Hijo, es mejor para ti que no la encuentres. Eso sería el final de tus días.

-¿Está seguro de lo que dice, padre?

-Total mente seguro. Aquí vivimos en paz y en gracia de dios. Yo no querría encontrarla.

-Creo que yo he nacido para eso, y también creo que estoy en el camino.

-Bendito de ti que crees en lo que no tienes, y bendito por tener tanta constancia y perseverancia.

-Padre, creo en lo que me propongo firmemente.

-Eso es bueno hijo. Cambio de tema para decirte que mañana empiezas a trabajar en el huerto con el hermano Jasiva. Cuando no tengas trabajo porque lo habéis terminado, vas a la cocina a ayudar a los hermanos cocineros.

-Gracias padre superior, siempre le estaré agradecido.

-Lo importante es creer en dios, y en su santísimo hijo.

Se oyó una campana.

-Es hora de que vallamos a la capilla para rezar – dijo el padre superior.

-¿Tengo que ir con usted?

-Por supuesto que sí ¿Tú no rezas?

-Hago meditación todo el tiempo que puedo.

-¿Eso es rezar? – preguntó el padre superior.

-Es estar con dios y con la diosa universal.

-¿A qué diosa te refieres?

- A la madre de todo ser viviente.

-¿Qué religión practicas?

-Me guio por las reglas universales – dijo Salvador muy convencido.

El padre superior volvió a sonreír.

-¿Tiene gracia algo de lo que he dicho? – preguntó Salvador.

-Me haces gracia tú como persona. Es la primera vez que conozco a alguien que dice eso.

-Es posible que no haya conocido a mucha.
Nunca sale y está metido en este monasterio.
De esa manera no puede conocer la opinión de
las demás personas.

-¿Crees que dios es una opinión? –
preguntó más serio el padre superior.

-Aunque extraño le parezca sí.

-¿Quieres decir que tú sabes más que yo
que llevo treinta años en este monasterio?

-No digo que sepa más que usted, lo que
quiero decir, es que cada persona se hace una
opinión diferente de lo que es dios.

-¡Están equivocados, total mente
equivocados! – dijo el padre superior con algo
de soberbia - ¡Dios sólo hay uno! ¡Todo lo
demás son desviaciones!

-Usted dice eso porque siempre ha estado
encerrado en este monasterio y no ha tratado
con gente de fuera – contestó Salvador.

-Los de fuera como tú dices, no conocen a dios, se hacen una imagen de él de lo que más les interesan, lo más fácil y sencillo para no trabajar en el mundo del señor.

-Ese es el modo de verlo usted, yo que he tratado con mucha gente de fuera, toda opinión vale. Lo importante es ver en el corazón de las personas y escuchar sus sentimientos. Estoy seguro que toda esa gente llega también a dios.

-¿Me está diciendo que dios entra en el corazón de toda esa gente atea? ¿Qué me dices de todos los que lo seguimos y hacemos su voluntad? – inquirió el padre superior.

-¿Cree usted que está haciendo la voluntad de dios y de la diosa universal? ¿No cree que esté algo confundido de lo que es la divinidad?

-Eres muy joven para pensar eso de mí, yo que he pasado toda una vida al servicio de dios ¿No crees en mí como persona?

-Eso es lo que antes le estaba diciendo, que cada persona es un mundo y ese mundo está conectado con el universo – dijo Salvador.

-¿Quién sabe lo que hay en el universo, quien ha ido allí?

-La mente de la persona es universal.

-¿Crees en eso? – siguió inquiriendo el padre superior.

-Por supuesto que sí ¿No estamos hechos a semejanza de dios?

-Bueno, si me coges por ahí, puede que tengas razón.

La campana volvió a sonar. Era el último toque para entrar en capilla.

-En vista de lo que hemos hablado ¿Te apetece entrar en capilla y rezar sí te apetece? – dijo el padre superior.

-Por supuesto que sí. Eso no quita para lo que yo crea, toda oración la recoge dios y la diosa universal, venga de quien venga.

-Bueno, Salvador, ahora me gustas más.

CAPITULO 8

Salvador pocas veces había ido a misa. No creía que fuera necesario, lo importante era agradar a dios de la manera que fuera, pero siempre buena. Él se puso a tras de los pupitres porque no entendía bien el oficio de la misa ni de la oración de los monjes. Fue una misa larga, ya estaba cansado de estar sentado en la capilla, se hubiese ido a no ser por el padre superior que vigilaba la puerta de quién entraba y salía. No quería que tuviera represarías con él. Le estaba agradecido que lo hubiera admitido por varios días en el monasterio. Todavía no conocía al hermano Jaxiva, al día siguiente por la mañana iría al huerto para trabajar con él. Eso le gustaba

más, lo suyo era estar en contacto con la naturaleza. Muchas veces había hecho meditación mirando un paisaje, u observando la tierra y sus frutos. Era posible que al día siguiente hiciera meditación en el huerto.

Ya terminó el oficio de la misa. Todos los frailes se dispersaron para irse a dormir.

La celda que habían designado a Salvador era pequeña, pero no le importaba, en lugares más pequeños había dormido por un tiempo.

A las seis y media de la mañana oyó tres golpes en la puerta. Se levantó y abrió. Era el hermano jardinero que venía a despertarlo para empezar el trabajo en el huerto. Al tenerlo frente a él le dio confianza su semblante. Era un hombre de mediana edad, medía de estatura y delgado por naturaleza.

-Buenos días nos de dios – saludó de ese modo Jaxiva – El padre superior me ha encargado venir a despertarte cada mañana.

-Ya estaba a punto de levantarme. Gracias Jaxiva, ya mismo estoy con usted.

-No hace falta que corras, tenemos todo el día para trabajar la tierra y coger hortalizas y fruta, también llevarla a la cocina.

El huerto era grande, había trabajo no para un hombre, si no para tres con gana de trabajar.

Ya trabajando la tierra, Jaxiva dijo.

-A las nueve se hace voto de silencio, estaremos trabajando sin hablar hasta las once de la mañana. Todo lo que quieras decirme, me lo dices ahora o después de las once.

-Entendido hermano Jasiva – respondió Salvador.

-¿Vienes para quedarte mucho tiempo?

-Sólo para unos días, eso me ha dicho el padre superior.

-Pensaba que venías para quedarte siempre ¿No te gusta la vida de monasterio?

-No lo sé. Llegué ayer tarde, pero no creo que esta vida me gustara – afirmó Salvador.

-¿Estás enfadado con dios?

-¿Por qué lo dice?

-Por no gustarte, creo que no te gusta ¿Por qué has venido aquí?

-Hacía tiempo que no comía caliente. Soy senderista y caminando vi este monasterio.

-¿Qué buscas en tu caminar, se puede saber?

-Voy buscando el SANTO GRIAL.

-Hombre de dios, esa santa reliquia nunca la vas a encontrar. Muchos siglos, hombres poderosos dejaron sus casas y sus familias para entregarse en esa búsqueda. Nadie dijo que la encontrara ¿Por qué la vas a encontrar tú?

-Pensará que soy un pobre iluso ¿No? – dijo Salvador.

-Bueno, es tu manera de pensar. Aquí estamos en un monte rodeados de pinos, podría estar aquí, pero no lo veo fácil. Se comenta que no te gusta mucho asistir a misa ¿Crees que lo vas a encontrar tú antes que el padre superior o que otro hermano que reza Día y noche? Yo vivo con ese pensamiento, pero lo he dejado porque no me trae nada bueno para mi salud mentar.

-¿Piensa noche y día en encontrarlo? – preguntó Salvador.

-Hacía un tiempo que no paraba de pensar. Llegué hasta la obsesión. Al confesarme con el padre superior, él me recomendó en dejarlo.

-¿Qué hubiere hecho si lo hubiera encontrado?

-Habría recibido más consideración por parte de todos, incluso me abrían nombrado padre superior – confesó Jaxiva.

-¿Sólo por eso le hubiera gustado encontrarlo?

-La razón más grande es esa, aunque el vaticano se habría hecho de su poder.

-¿Tanta búsqueda para que se lo quedara el vaticano? – preguntó Salvador.

-Sí tú lo encuentras, va para el vaticano. De eso nadie se libra estando ellos vigentes.

-Si yo lo encuentro no se lo digo a nadie.

-¿Qué arias con el SANTO GRIAL? No te lo podrías quedar, pertenece al vaticano.

-Yo no tengo nada que ver con el vaticano - afirmó muy convencido Salvador.

-Aunque te escondieras con él en el fondo de la tierra, darían contigo. Tienen guardianes que vigilan por todos lados – dijo Jaxiva.

-Eso da miedo ¿No?

-Si nos paramos a pensarlo, sí.

-Eso da en qué pensar ¿No le parece?

-Bueno, el sol está en ese lado, quiere decir que son las nueve. Ahora hay que guardar silencio hasta que el sol no esté más alto, entonces serán las once. No es por eso que paramos de trabajar.

-En este tiempo haré meditación.

Salvador y Jaxiva se separaron más.

CAPITULO 9

El tiempo que duró el silencio que fueron dos horas, tanto Salvador como Jaxiva trabajaron bastante. Cogieron hortalizas y fruta, peras, manzanas, higos y almendras. Habían llenado cuatro capazos entre hortalizas y fruta, fueron a llevarlos a la cocina. Los hermanos cocineros también hacían el voto de

silencio. Dejaron los cuatro capazos y seguidamente volvieron al huerto.

Jaxiva fue el primero en hablar.

-Bueno, Salvador, ya han pasado las dos horas, podemos hablar.

-¿Hay más silencio en el día? – preguntó Salvador.

-De cuatro a seis de la tarde. A las seis y media terminamos el trabajo para ir a lavarnos, después nos reunimos en el comedor para la cena ¿Te ha gustado el día de hoy?

-Mucho, lo mío es estar con la naturaleza, me siento feliz al lado de lo que dios y la diosa universal trabajaron para el alimento del ser humano y de otras criaturas.

-Me choca lo que dices ¿Quién es la diosa universal? – preguntó Jaxiva.

-Es la madre de todo lo que hay creado en la tierra, y dios el padre.

-¿Qué religión tienes? – preguntó

Jaxiva - ¿Prácticas alguna?

-No soy practicante de ninguna religión.

-Algo tienes que ver ¿Tú solo sabes que hay una diosa universal? ¿No lo has aprendido de alguien que lo haya dicho?

-Hace años tuve un maestro espiritual. El tiempo que estuve me enseñó mucho sobre el universo y los dioses y diosas que lo habitan.

-Lo que está diciendo es una blasfemia, si el padre superior te oye, te va a reprender por hablar de esa manera de dios.

-Ya me ha oído, no ha hecho ningún alarde de asombro, incluso pensé que ya lo sabía.

-¿El padre superior se ha quedado como si nada?

-Aunque extraño le parezca sí.

-Eso es como decir que dios tiene esposa –
dijo Jaxiva.

-¿Es malo que tenga una esposa o todas las que quiera? Se trata de dios y tiene mandato y poder para tener todo lo que quiera.

-Dios no tiene esposa ni nadie a su alrededor, dios es único.

-Sí es cómo usted dice, dios debe aburrirse mucho ¿No cree?

-Dios nunca está aburrido, trabaja incesablemente para que a ninguno de nosotros nos falte de nada – dijo Jaxiva.

-Estoy de acuerdo de que dios no para de trabajar, pero sí hizo el sábado de descanso para los judíos y el domingo para los católicos, dios se coge esos dos días para él ¿Cree que dios no descansa?

-Yo no entiendo tanto de dios como tú, de todas maneras esta conversación ha llegado lejos. No se nos permite hablar de dios como si fuera otra persona más.

-¿Piensa que dios no es otra persona?

-Dios, es dios y no lo podemos atribuir a otro de nosotros – dijo Jaxiva.

-Estoy de acuerdo con usted ¿Pero cree que no le gustaría?

-A mí me han enseñado a obedecer. Tengo hechos todos los votos y no puedo fallar en ninguno.

-Sí quiere cambiamos de tema, no vaya a ser que tenga una reprimenda por parte del padre superior.

-Tienes razón, de todas maneras esta noche en la misa tengo que confesarme para quitarme este pecado de encima.

-¿Le llama pecado hablar de dios?

-No sí fuera cómo dios, pero lo está considerando igual a otra persona.

-Para mí es otra persona ¿No somos nosotros personas? Nos hizo a su imagen.

-No sigamos hablando de dios de esta manera, nos estamos convirtiendo en ateos.

-Todo lo contrario, dios quiere que se hable de él – dijo muy convencido Salvador.

Jaxiva miró al cielo y dijo.

-Son las seis de la tarde, es hora de silencio.

Los dos siguieron trabajando la tierra. Salvador no se reprochaba nada de lo que hubiese dicho. En muchas ocasiones había hablado de dios y de la misma manera a otras personas, se dio cuenta que con Jaxiva no era lo mismo, para él era pecado mencionar el

Nombre de dios y toda su creencia. Ya no volvería hacerlo más, por culpa de él tenía que ir a confesarse para purificar su cuerpo y su alma. Salvador respetaba todas las religiones y sus creencias, pero no entendía que de dios no se pudiera hablar sin mencionarlo como otra persona.

Acabadas las dos horas de silencio, poco después pararon el trabajo para ir a lavarse, y prepararse para la cena.

Jaxiva después de haberse lavado y antes de la cena, habló con el padre superior, dijo.

-Padre, quiero confesarme con usted, es necesario lo que me preocupa.

-¿Tan urgente es? – preguntó el padre superior.

-Para mí alma sí.

-Aquí estamos solos, no será una confesión pero te escucharé.

-Ya sabe que no quiero ningún mal para Nadie, y menos para alguien que no tiene a donde vivir.

-Vaya al asunto hermano Jaxiva.

-Se trata de Salvador.

-¿Qué pasa con él?

-No quiero que mañana venga conmigo al huerto – dijo Jaxiva.

-¿Han tenido diferencias en algo?

-Para mí es mucho más que eso.

-Hable, que lo escucho – dijo el padre superior.

-Se trata del dios supremo, del altísimo. Habla de él como si fuera una persona, como si fuera un amigo.

-¿Eso qué tiene de malo?

-Para usted es posible que no sea malo, pero para mí, me resulta ser un pecado. De dios sabe mucho, creo, que más que todos nosotros juntos.

-¡No diga barbaridades! ¡Cómo va a saber de dios más que yo!

-Perdone padre si lo he ofendido. No ha sido esa mi intención, estoy algo nervioso ¿Y si fuera uno de esos hombres que ha venido para espiarnos?

-Hermano Jaxiva, necesita descansar.
Mañana verá las cosas de otra manera.

-Padre superior, Salvador no me hace falta en el huerto, siempre ese trabajo lo he hecho yo solo.

-No se preocupe, mañana lo mando a la cocina, de esa manera todo queda arreglado.

-Me quita un peso de encima. Era como llevar una cruz a cuestas ¿Puedo hacerle una pregunta?

-Si es corta sí – dijo el padre superior.

-¿Cuánto tiempos se va a quedar Salvador aquí?

-¿Tanto le molesta ese pobre hombre?

-Veo que usted no lo conoce bien. Es astuto como la serpiente. Habla de dios como si fuera usted, él o yo.

-Siempre que se hable de dios es bueno, lo malo es no hablar por no saber quién es.

-Sí Salvador se queda aquí, va a dar problemas. Él no es de confesión, no le interesa la iglesia católica, está aquí por interés.

-Lo sé, pero como somos buenos cristianos hay que darle el pan que se gane.

-Padre, creo que lleva el diablo con él. Me da miedo solo mirarlo, es la primera vez que veo a un hombre con el pelo largo.

-Nuestro señor Jesucristo también llevaba el pelo largo – dijo el padre superior.

-Él no es nuestro redentor, sólo es un hombre.

-Bueno, no se preocupe, mañana no va a trabajar con usted.

CAPITULO 10

A la mañana siguiente Salvador fue trasladado a la cocina para ayudar a los hermano cocineros. Todos estaban al

corriente del suceso entre él y el hermano Jaxiva. Todos al entrar le dieron los buenos días, y después ninguno le dio la palabra.

Salvador en tres días que llevaba en el monasterio ya estaba harto de estar allí. Quería irse sin que el padre superior se lo dijera, sabía que no tardaría mucho en hacerlo.

A la mañana siguiente no se presentó en la cocina, se había dado cuenta que los hermanos cocineros le daban de lado. Era lo suficiente para ver que no le gustaba a nadie de los de allí. Fue a despedirse del padre superior que estaba dentro de la capilla. Cuando terminó la oración, Salvador le dijo.

-Padre, vengo a despedirme de usted, me he dado cuenta que aquí estorbo. Y también Para agradecerle estos tres días que me ha dejado estar aquí.

-Salvador, siento mucho lo ocurrido. Creo que lo mejor es lo que ha decidido hacer ¿Tiene a dónde comer y dormir?

-La tierra nos da lo suficiente para comer.
Los árboles nos brindan su cobijo.

-¿Todavía tiene la idea de ir buscando el
SANTO GRIAL?

-Sí, padre, hasta el último día de mi vida, no
cesaré hasta encontrarlo.

-¿Tan seguro está?

-La fe en este caminar no la pierdo, el
corazón me dice, que siga buscando.

-Salvador, le deseo suerte, y mi bendición la
tiene.

-Gracias padre superior.

El hermano portero le abrió la puerta del
Monasterio. Salió con el rostro lleno de alegría.
Todo el campo estaba a disposición de él. El
padre y la madre universal eran muy generosos
con sus hijos, esto había que tenerlo en cuenta.

Ya estaba otra vez libre, libre para seguir buscando, todavía tenía muchos años por delante hasta encontrar el SANTO GRIAL. Estaba seguro que los años que llevara buscando serían gratificantes.

El trino de los pájaros y el vuelo de las mariposas hacían alegre su caminar.

El desayuno era esencial para Salvador. Los frutos que se iba encontrando en los caminos, los iba cogiendo y comiendo hasta que el hambre se le apagaba.

Por el camino de tierra por dónde iba, más que camino era una vereda larga donde no se veía el fin. Más adelante venía un hombre entrado en años llevando del ranzal a una borrica también algo vieja. Salvador se puso a un lado para dejarles paso.

-¡Buenas tardes joven! – saludó el hombre.

-¡Qué sean buenas! – respondió Salvador.

-Voy enfadado con esta borrica, no quiere andar. Así me lleva desde el pueblo de dónde vengo.

-No la tome con el pobre animal. Ya tiene años para seguirlo a usted.

-Veo que vas libre ¿No te hace falta una borrica cómo está?

-Sigo un camino sólo. No podría ocuparme de un animal.

-No hace falta que te ocupes, ella te sigue si quiere. Te la vendo a un precio bueno.

-No puedo, ya se lo he dicho. Los animales necesitan que se ocupen de ellos, yo no podría darle el cuidado que merece el animal.

-Ella no le va a causar ninguna molestia, ni le va a salir cara. Come hierba del campo, y duerme debajo de un árbol o al raso. Será una compañera de camino.

-¿Por qué quiere venderla – Preguntó Salvador.

-Ya es vieja y no me sirve para las tareas del campo. No quiero seguir pegándole, un día la voy a matar a palos.

-¿No le da pena de maltratar a un animal indefenso? – protestó Salvador.

-A ella le da igual hacer que yo esté todo el día mal.

Salvador quería comprarle la borrica para librar al animal de malos tratos. Metió la mano en el bolsillo de su casaca y sacó el último billete que le quedaba. Lo puso delante del hombre y le dijo.

-Esto es todo lo que tengo, le compro la borrica.

-Un billete sólo es poco. Mira a ver si tuvieras otro más – dijo el hombre.

-Ya le he dicho, que es todo lo que tengo.

-Bueno, para que veas que quiero a la borrica te la dejo por esa suma tan baja.

Salvador cogió el ronzal del animal y fue tirando para marcharse por el camino que iba.

El hombre sonreía por la manera que la llevaba, al despedirse dijo.

-Te deseo suerte con ella, y si quieres que te dé un consejo, ten mano dura con la borrica, es muy testadura, sólo se escucha a ella misma, y pasa de los demás.

-Gracias por su consejo, no voy a necesitar ser duro con el pobre animal. Ya tiene años y es hora de que descanse de los palos y malos tratos que usted le ha dado – dijo Salvador.

-No es frecuente encontrar a alguien de buenos sentimientos y buen corazón. Sí lo necesita, arme caso, no seas tierno con ella.

Salvador no escuchó más sandeces y se fue. Iba contento de haber salvado de manos crueles a la pobre borrica. Llegaron a un llano

donde había un árbol fuerte que daba buena sombra y buen cobijo. Salvador dejó al animal suelta para que comiera, esa sería la cena de ella. Él por la tarde había comido frutos de los matorrales. Tenía que buscarle un nombre a la borrica, estuvo pensando y decidió ponerle, Adara, ese nombre le gustaba e iba bien con la personalidad de ella. La llamó varias veces para que se acostumbrara a escuchar su nombre.

Adara después de comer se acostó sobre la hierba no lejos de dónde se había quedado Salvador. Él estaba cansado y agotado de tanto como había caminado. Necesitaba descanso, y pronto se quedó dormido.

El antiguo propietario de Adara, no se fue para otro lado, su macabra cabeza le iba dando ideas malas. Fue siguiendo a Salvador escondiéndose detrás de los árboles,

Esperando a que se durmiera profundamente. Vio en su persona que era bueno. Esa clase de gente había que engañar por ser confiados.

Fue acercándose despacio para no hacer ruido, de esa manera podría llevarse a su borrica, la vendería a otra persona y de esa manera se sacaría un buen dinero.

Adara también dormía, pero el oído lo tenía muy fino. Levantó la cabeza y vio que se acercaba a ella su antiguo dueño. Por nada del mundo volvería con él. Ahora tenía otro dueño que la cuidaba y no la maltrataba. Para que Salvador se despertara, se puso a rebuznar muy fuerte. Salvador se despertó y fue a ver qué sucedía. Vio con asombro que el hombre intentaba levantar a la borrica para llevársela. Salvador se precipitó y pronto se puso allí. Forcejeó con el hombre para impedir que se llevara a Adara.

-¡Ese dinero que me has dado por la borrica no es dinero! – dijo el hombre.

-Un trato es un trato, le he dado lo último que me quedaba de dinero. Válese de aquí, no crea que voy a consentir que se lleve al animal.
– dijo Salvador muy enfadado.

-¡Yo tengo que sacar más dinero por mi borrica! ¡Eso que me has dado no es nada!

-Ya no es su borrica, es mía, se la he comprado.

-¡Venga, levántate del suelo que nos vamos! – dijo el hombre a Adara. Ella se puso de pie y se acercó a Salvador haciendo ver que él era su dueño.

El hombre se acercó a un árbol y cortó una rama, la talló con su navaja hasta que hizo una vara. Adara al ver lo que había hecho, salió corriendo para librarse de los palos de su antiguo dueño.

Salvador fue en su búsqueda, pero la noche era oscura y apenas se veía. Él la llamaba por su nombre pero ella no volvió.

CAPITULO 11

A la mañana siguiente con las claras del día, Salvador salió a buscar a Adara. Había corrido mucho el animal, había llegado hasta un río. Salvador la encontró bebiendo agua. Ya más tranquilo se acercó a ella, la acarició y le habló despacio para que no se asustara.

Salvador aprovechó para bañarse y beber agua.

Adara sabía que él era su definitivo dueño. El cansancio de la vejez le decía el tiempo que iba a durar. Tenía que aprovecharlo por la vida mejor que le había tocado vivir junto a Salvador.

Después de haberse bañado, Salvador se vistió y seguidamente fue a coger un manojo espeso de hierba, era para limpiar y masajear el cuerpo de Adara. El animal se sentía a gusto y relajada con los masajes y la limpieza. Rebuznó una vez en señal de agradecimiento por el trato recibido.

Se oía el griterío de gente que se estaba bañando más abajo del río. Entre ellos había niños que la estaban liando llenos de alegría por el juego.

Salvador no conocía ese lugar pero por lo visto no estaba lejos de un pueblo. La gente iba allí a bañarse. Decidió seguir con Adara por el lateral del río hasta ver a dónde llegaban. Al llegar hasta donde la gente se estaba bañando, más abajo el río cogía otro camino y se estrechaba entre cañadas. De lejos se podía ver casas blancas de un pueblo no muy grande, era más bien una aldea. Fue hasta ese lugar no explorado por él. Podía hacerse la idea de cómo sería la gente que lo habitaba.

Llevaba del ronzal a Adara, iban despacio para que el animal no se cansara. En esta pequeña aldea no era habitual que llegaran forasteros y pronto varios niños los acorralaron y le preguntaron.

-¿A dónde vas con la borrica?

-Estoy de paso, y he venido para conocer esta aldea.

-¿No has venido para vender la borrica?

-No está en venta – dijo Salvador.

-Sí te quedas a pasar aquí la noche, no hay sitio para ti ni para tu borrica, en caso que te quedes en el establo con los demás animales, pero no eres hombre de dormir en una cuadra grande rodeado de asnos y de perros.

-¿Por qué lo dices? – preguntó Salvador.

-Porque se te ve hombre de otra clase, vistes bien y eres joven.

-Nunca te guíes por las apariencias. Yo dormiré donde duerma Adara.

Otro niño preguntó riendo.

-¿Le has puesto nombre a una borrica?

-Todos nosotros tenemos un nombre, los animales también lo tienen.

Pronto aparecieron dos hombres de aspecto campesino, uno preguntó.

-¿Vienes para te compremos la borrica?

-Antes les he dicho a los niños que no está en venta – afirmó Salvador.

-Menos mal, te iba a decir que ya es vieja y no está para muchos trotes ¿A dónde vas con ella?

-Pasaba por aquí y me he parado.

-Pronto va a caer la noche, aquí no te puedes quedar. Nuestras mujeres y nuestras hijas están en casa de cada uno, los hombre aquí vigilamos para que ningún hombre se les acerque a ellas, somos celosos con nuestras mujeres. Un consejo te doy, vete antes de que anochezca.

-¿Tan peligroso me ve? – dijo Salvador.

-Un poco sí. Aquí no vienen hombres para quedarse, muchos traen a sus mulas y asnos al herrero para que les cambie las herraduras.

-No vengo para eso, y no importa que se haga de noche para irnos de aquí. Estoy acostumbrado a la noche y al día – dijo Salvador.

-¿Tienes a dónde cenar? – preguntó el otro hombre – La borrica come hierba, pero tú no.

-En el bolsillo de mi casaca todavía me quedan almendras y otros frutos que he cogido en el bosque.

-Si quieres quedarte aquí, tienes que pasar la noche en el establo con los animales.

-No me importa pasarla con ellos. Son mejores amigos que las personas.

-Eso es lo que se dice, pero con los animales no puedes hablar, ellos no entienden el lenguaje de las personas.

-Sí lo saben – dijo Salvador.

-¿Puedes dar nos una prueba de que es verdad lo que dices?

-No estoy aquí para demostrar nada.

-Los animales solo conocen mano dura y una vara fuerte para que obedezcan.

-Yo no comparto tu opinión, esa no es manera de tratar a un animal, ellos también sufren y les duelen los palos que le dais.

-Gracias a eso nos obedecen – dijo el hombre muy convencido.

Salvador no tenía gana de quedarse a pasar la noche en esa aldea de mala muerte, y dijo.

-Mi borrica y yo tenemos que descansar y dormir a gusto en un lugar seguro.

-Bueno hombre, que paséis los dos una feliz noche – dijo el hombre con burla.

Salvador no respondió, no valía la pena responder a tal sandez. Estiró del ronzar y se fue de ese lugar trapero e indeseable. El campo era un lugar seguro para pasar la noche.

CAPITULO 12

Salvador había encontrado un lugar bueno para pasar la noche. Era luna llena, el campo estaba iluminado por su luz.

Hacía una hora que buscaba frutos del bosque para su cena. Adara había comido hierba y se acostó sobre la hierba, ya era vieja y estaba cansada. Salvador escuchó pasos que se aproximaban en su dirección, fue al encuentro de quién llegara, pensó en uno de los hombres de la aldea, que esa tarde estuvo hablando con ellos. Su impresión fue grande al descubrir que se trataba de una joven. Vestía con vestido largo color marrón, la cabeza la llevaba cubierta por un pañuelo del mismo color del vestido. Con la luz que daba la luna pudo ver su bonito rostro joven de ángel. Él fue al encuentro de la joven, ella tenía los ojos iluminados de sólo mirarlo. Salvador le preguntó.

-¿Qué hace una joven aquí de tanta belleza?

-Señor, vengo de la aldea, desde la ventana de mi casa he oído a mi padre hablar con usted. Es un hombre rudo y de pocos modales. He estado siguiéndolo a usted, y le he preparado algo para que cene, no es bueno que siempre coma frutos del bosque, el cuerpo necesita comer caliente.

Salvador no esperaba que un ángel tan lindo como ella, se hubiera preocupado por él. Al tiempo que la joven le entregaba en mano un recipiente, dijo.

-Es un guiso que he hecho para cenar en casa y le he apartado esta parte para usted.

-¿Cómo te llamas? – preguntó Salvador.

-Laia es mi nombre señor. Yo no sé vuestro nombre como es.

-Me llamo Salvador.

-Bueno Salvador, le dejo este guiso para que se lo coma caliente. No puedo estar más tiempo aquí, mi madre me va a echar de menos, y si ocurre, mi padre saldrá a buscarme. Le deseo una feliz noche.

-Laia, vas tan aprisa que no me da tiempo a hablar un rato contigo ni a darte las gracias por este detalle tan generoso que has tenido conmigo.

-No quiero que mis padres descubran que estoy aquí, mi padre iría a por usted, es muy bruto, tiene muy presente el honor de la familia, haría lo que fuera para que no hubiera una mancha en ninguna de sus dos hijas. Es un hombre de campo y de aldea.

-Laia, puedes estar segura que esta noche voy a cenar muy bien – dijo Salvador.

-¿Estará por aquí mucho tiempo?

-No puedo decirte bella joven. Me da igual estar aquí que en otro lugar.

-¿Qué ha venido a buscar por aquí? – preguntó Laia.

-Voy buscando el SANTO GRIAL.

-¿Eso qué es? – preguntó la joven con inocencia.

-Es la copa que JESÚS utilizó en la última cena que hizo con sus apóstoles.

-¿Es la copa que nos muestran en la iglesia cuando tomamos la comunión?

-Esa copa es un símbolo de la real, yo busco la auténtica, en la que JESÚS bebió.

-Perdone que me meta a dónde no me llaman ¿Cree que va a encontrar el cáliz dónde bebió JESÚS?

-Lo ves imposible ¿No? – dijo Salvador.

-No quiero decir eso, no soy quién ni siquiera para pensarlo. Solo tengo dieciocho años, nunca he salido de esta aldea.

-Laia, tienes criterio, y lo debes exponer

Siempre que veas que algo no es cómo tú piensas.

-Con usted si puedo hacerlo pero con mis padres no. Son tan antiguos como toda la gente de la aldea.

-Laia, es mejor que te vayas antes que tus padres te echen de menos – dijo Salvador con cierta inquietud.

-Tiene razón. Usted me gusta por lo bien que me siento a su lado, y por lo que sabe escuchar. Nadie quiere escucharme por ser mujer.

-Ellos se lo pierden. Para ser tan joven y no haber salido de la aldea, da gusto hablar contigo.

-Ahora sí me voy. Ya hace un rato que falto de mi casa. Todas las noches yo le pongo la cena a mi padre, esta noche se la abra puesto mi hermana. Es seguro que mis padres se abran discutidos por mi ausencia. Le deseo que encuentre lo que va buscando.

-Laia, gracias por la cena. La voy a comer con muchas ganas y pensando en ti.

Laia se marchó por el camino que conducía a la aldea. En la puerta de su casa estaba su padre y su madre esperando a que llegara. Fue su madre la que se abalanzó sobre ella preguntándole.

-¿De dónde vienes a estas horas?

-He ido a llevarle un poco de cena al joven que ha venido esta tarde con la borrica.

Su madre como respuesta le dio una bofetada. Le dijo.

-¡No sales más de casa! ¡Vas a estar vigilada por mí las veinte cuatro horas!

-¡De él ya me encargo yo! – dijo el padre.

-¡No ha hecho nada! – dijo Laia llorando.

-¡Eso es lo que quiero que él me diga!

CAPITULO 13

Salvador había ido a sentarse debajo del árbol, estaba empezando a comerse el guisado cuando oyó hombres que hablaban en voz alta. Suponía que se trataba del padre de Laia. Se puso de pie para recibirlo. Ya cerca de él vio que venía con el hombre que estaba con él esa tarde y otro hombre más.

-¡Aquí quería yo pillarte! – dijo el padre de Laia - ¿Qué has hecho con mi hija?

-¿A qué viene esa cuestión? – preguntó Salvador.

-¡No te hagas el tonto, demasiado sabes lo que te digo! ¿Qué ha hecho mi hija tanto tiempo aquí contigo?

-Hemos hablado.

-¿Tanto tiempo, de qué?

-De un símbolo religioso – dijo Salvador.

-¡Dime de qué se trata para que yo me lo crea! – dijo el padre de Laia con mucha furia.

-Hemos hablado del SANTO GRIAL.

-¿De qué? ¿Crees que soy tonto? ¿Ahora utilizas frases para que yo no las entienda? ¡Habla claro!

-Hemos estado hablando sobre JESÚS y sobre el cáliz que utilizó en la última cena.

-¡Estas mintiendo! ¡Mi hija no sabe nada sobre eso que dices y yo tampoco! ¡Si no quieres que te rompa la cabeza, di la verdad!

-Sí me la quieres romper hazlo. No me voy a defender, ahí veras que te estoy diciendo la verdad.

-¡Déjalo ya! – dijo uno de los hombres que lo acompañaba - ¿No ve que está diciendo la verdad?

-¿Qué pasa ahora con el honor de mi hija y con el nuestro? – dijo el padre de Laia con lágrimas.

-No hay ningún honor que lavar, puesto que no ha pasado nada.

-¡Eso lo dices porque no te ha sucedido a ti!

-Lo entendería cómo lo estoy entendiendo ahora. Sí tú no lo entiendes es porque no quieres. Yo me voy, todavía no se ha cenado en mi casa.

-¡No me dejéis de esta manera! ¡Vosotros sabéis cómo quiero a mis dos hijas! ¡Ahora mismo estoy hecho trozos!

-Haznos caso y vámonos para la aldea – dijo su compañero.

Los tres hombres se fueron por el camino que llevaba a la aldea.

Salvador de buena se había librado. Siempre tenía que dar gracias al dios y a la diosa del universo, por haberlo librado de una sonada paliza. Empezó a comer la cena que le había llevado Laia. El estofado de carne estaba

Muy bueno. El bonito rostro de ella se le quedó gravado en su mente, era como un retrato que él veía constante mente. Era real mente encantadora. Fue a llevarle la cena aun sabiendo cómo eran sus padres, era la primera vez que se ausentaba de su casa sin el permiso de ellos. A todo esto Salvador le daba vueltas la cabeza. Lo había hecho por él. Por el amor quizá que sintió al verlo por la ventana. Era una chiquilla bonita y fresca cómo una rosa en el mes de mayo. Era posible que él se hubiese enamorado, sería la primera vez que se enamoraba. Aunque antes había tenido alguna joven para salir, no había sido nada serio, todo quedaba entre amigos, hasta que uno o el otro dejaba de verse.

Lo que sentía por Laia era distinto, aunque le doblaba casi la edad. El trabajo que estaba llevando allí y en otros lugares, lo estaba descentrando. Para él lo más importante era encontrar el SANTO GRIAL, había sido el sueño de su vida, de todas maneras nada podía

Ofrecerle, porque nada tenía. Ella era para que se casara con un hombre que la tuviera cómo una reina.

Saboreaba el guiso con la mente puesta en sus ideas poco convencionales para lo que le estaba sucediendo. Fue hasta el río para lavar la fiambarrera que Laia le llevó con el guiso. Le había sabido a gloria, sabiendo que era ella quién lo había cocinado.

La luz de la luna iluminaba el agua del río, parecía que fuera plata brillante. El mormullo que llevaba parecía que llevara una conversación con alguien. Salvador se aproximó para lavar lo que llevaba entre las manos, lo iba acariciando cómo algo muy valioso. Se agachó y lavó la fiambarrera con mucho cuidado para que no le quedara restos de comida. Miraba el agua bajar y su conversación. Escuchó una voz femenina que lo llamó por su nombre y dijo.

-Salvador, no luches contra tus sentimientos.

No hay nada más valioso que el amor. Estás enamorado y no lo quieres admitir.

Salvador se dio la vuelta para ver quién le hablaba. No había nadie, sólo los árboles que había a su alrededor. Se puso de pie y fue hasta ellos. Al instante la misma voz le dijo.

-No busque en otro lado lo que tienes delante de ti.

-Delante de mí tengo el río y el agua que baja – respondió Salvador.

-Soy una de las partes del agua ¿Sabes por qué te has enamorado?

-No lo estoy, no puedo estarlo. Tengo otra misión a cumplir.

-Eso puedes hacerlo ya entrado en años, cuando te des cuenta que todo lo sagrado va contigo.

-No puedo ofrecerle nada a la dulce Laia, Ni siquiera un plato de comida ni una cama para Que su bella silueta descanse. Ese es mi sufrimiento. Es por eso que quiero quitármela de la cabeza para que no me haga yo mismo más daño.

-Eres un hombre valeroso y con mucha fuerza interior – dijo la voz – pero más valeroso serías, si le dieras cara al amor y no te escondieras ¿De qué tienes miedo?

-De distraerme y no hacer bien lo que estoy buscando.

-¿Qué buscas Salvador?

-Salí de mi casa hace ya tres años en busca del SANTO GRIAL. No lo he encontrado pero no pierdo las esperanzas, todavía me queda mucha tierra por correr y muchos bosques por mirar.

-El SANTO GRIAL quiere que le des cara al amor – dijo la voz – Él te espera, no se va sin ti.

-¿Cómo sabes todo eso? – preguntó Salvador.

-Soy el espíritu del agua. Todos los espíritus de la naturaleza lo sabemos todo sobre los humanos.

-¿Por qué no te das a conocer para que yo te vea?

-Estoy delante de ti, pero todavía no estás preparado para verme. Llegará un día que lo esté, entonces podrás admirar la belleza de los espíritus de la naturaleza.

-Sí tengo el SANTO GRIAL en mi poder ¿Podré verte?

-Incluso antes si te lo propones.

-No creas que lo vas a tener en tus manos. Es una reliquia sagrada que no se puede tocar.

-Estoy seguro que tú sabes lo que es, pero igual de seguro estoy, que no me lo vas a decir.

-Salvador, tienes que descubrirlo por ti mismo, sí te lo digo no vale la pena que sigas

buscando. Lo importante es la búsqueda. No te rindas, aunque creas que no lo vas a encontrar. Toda búsqueda está al final del camino. Me he dado cuenta que eres perseverante, eso dice mucho bueno de ti.

-¿Cómo sabes todo eso de mí, si esta noche es la primera vez que me ve? – dijo Salvador.

-¿En verdad lo crees? Te estoy siguiendo desde que saliste de tu casa.

-¿No dices que eres un espíritu del agua?

-Es cierto. Te sigo cuando vas a un río, siempre te hablo, unas veces me respondes y otras no.

-¿Qué piensas sobre Laia? ¿Crees que ella puede ser para mí?

-Lo será si te lo propones, igual que te has propuesto encontrar el SANTO GRIAL.

-Tú lo ve fácil porque eres un espíritu, pero yo no lo soy – respondió Salvador.

-¿Crees que no eres un espíritu?

-Todavía está por verse para responderte

A esta pregunta. Ahora mismo no sé lo que soy. Sé lo que voy buscando, pero estoy a ciegas. Necesito una luz que me ilumine.

-Pídeselo a tu espíritu, él tiene luz para iluminarte.

-¿Dónde está mi espíritu? ¿Me lo puedes decir?

-Busca en tu interior, llámalo y habla con él.

-¿Qué le digo? Enséñame lo que yo no sé.

-Eso es otra búsqueda, tienes que encontrarlo por ti mismo. Todo lo que se oye y no se aprende, de nada sirve.

Salvador miró al cielo, vio que la luna estaba en otro lado. Había pasado dos horas desde que estaba allí hablando con el espíritu del río. Se despidió diciendo.

-Tengo que irme. Adara está sola, no es bueno que la deje mucho tiempo. Es sensible a la soledad.

CAPITULO 14

Salvador no halló respuesta por parte del espíritu de agua del río, era una aceptación de que estaba bien su decisión. Al llegar a dónde dejó a Adara, la encontró acostada cómo él la había dejado. Se acercó al animal y acarició su cara, le daba masajes cuando lo hacía. Se inclinó para besarla, se dio cuenta de que había muerto. Ya nada podía hacer por ella. Había estado con él dos años viviendo una vida feliz, ese tiempo era el que había estado a su lado.

Al amanecer buscó un sitio para quemarla y no dejar rastros de ella. Encontró un lugar llano sin vegetación a su alrededor. Llevó hasta allí a Adara. Buscó mucha leña, la puso encima y le prendió fuego.

Salvador se había quedado solo, aunque Adara era vieja le hacía compañía. Al olor de quemado aparecieron dos hombres de la aldea para ver qué se había quemado, y se

Encontraron con el esqueleto del animal.

Salvador se preparaba para marcharse de allí.

-¿Has quemado aquí a la vieja borrica? – preguntó uno de los hombres.

-Es mejor quemarla que dejarla a que los buitres se la comieran – respondió Salvador.

-Ellos también tienen derecho a comer ¿No te parece?

-Estoy de acuerdo, pero no lo iba a consentir, era mi compañera inseparable.

-¿Está diciendo que le tenías cariño a una borrica vieja?

-Eso he querido decir. Sé que os parece extraño pero esa es la verdad.

El otro compañero dijo.

-No sigamos hablando con este loco ¿No te das cuenta de que ha perdido la razón?

-Sí, es cierto. Vamos a trabajar al campo.

Los dos hombres se marcharon, no antes de advertirle.

-Ten cuidado con lo que haces, te vamos a estar vigilando hasta que te vayas de aquí.

Salvador no respondió. Se preparó para irse. Le parecía extraño dejar ese lugar sin la compañía de Adara. Durante dos años habían sido inseparables. Se iba contento de no reprocharse nada. Cuidó del animal muy bien y le dio una vida buena. Fue hasta el río a despedirse del espíritu del agua.

Todo estaba sereno, sólo se escuchaba el trino de los pájaros y el murmullo del agua bajar.

-¡Espíritu del agua! – gritó – ¡He venido a despedirme de ti, me voy a otro lugar!

-No grites de esa manera, nos has despertado a todos.

-Lo diré más bajo. Me voy.

-Eso ya lo has dicho antes ¿No te gusta este lugar? – preguntó el espíritu del agua.

-Es agradable estar aquí, y más en tu compañía – dijo Salvado – Adara a muerto mientras estaba anoche aquí hablando contigo. No pude despedirme de ella.

-Su espíritu vino a despedirse de ti.

-¿La viste?

-Sí.

-¿Y no me dijiste nada?

-¿Para qué? Ya había muerto. Te dejó un regalo.

-¿Qué regalo era?

-Te dio las gracias por haberla tratado cómo una humana.

Los ojos de Salvador humedecieron al recibir ese mensaje.

-La tristeza no es buena. Tienes que dejarla a un lado, sólo sirve para entorpecer al ser humano. Es difícil que lo olvides, puesto que naciste de otros humanos.

-Me hubiera gustado despedirme de ella, y haberle besado la cara, como hacía cada mañana y cada noche.

-No sufras por eso. En su espíritu estaba marcado, todas las veces que la bésate.

-Fueron muchas ¿Tantas viste?

-Todas sin dejarme una.

-Me gustaría ser mágico cómo tú, y ver las cosas que otros no ven.

-¿Crees que no lo eres? – preguntó el espíritu del agua - ¿Por qué vas buscando el SANTO GRIAL?

-Porque necesito encontrarlo ¿Eso me hace Mágico?

-Total mente ¿No te has dado cuenta antes? ¿Acaso estás dormido y haya que despertarte?

-Eres un hada buena – dijo Salvador.

-¿Cómo sabes que soy un hada? ¿Me has visto?

-No he llegado todavía a tener esa gracia. Digo que eres un hada, porque solo ellas hablan en voz alta. Mientras hablan están escondidas para que no se las vea.

-Espíritu o hada del agua da igual ¿Te gustaría verme?

-Me encantaría, sería el hombre más feliz de la tierra – dijo Salvador.

-Al final del camino y cuando hayas encontrado el SANTO GRIAL, estarás preparado para vernos.

-¿Tardará mucho?

-Eso depende de ti.

-Explícate mejor. Dime ¿Qué puedo encontrar en el camino? ¿Me voy a desviar?

-No. Sólo que te vas a distraer con cosas que no valen la pena, tienes que estar al tanto de todo lo que te ocurra y de todo lo que te encuentres – dijo el espíritu del agua.

-¿Me estás advirtiendo de pruebas que puedo encontrarme?

-Todos los que buscan el SANTO GRIAL, las pruebas les acechan. Lo importante es salir triunfante de ellas.

-Desde que saliste en busca de esta reliquia sagrada, has tenido pruebas.

-Es cierto ¿Cómo lo sabes?

-¿Has olvidado que tú eres humano y yo no lo soy?

-Perdona mi atraso, mi manera de ver las cosas ¿Eso también es un impedimento?

-Todo por pequeño que lo veas, lo es.

-Entonces, nunca voy a encontrar lo que busco. Reconozco que soy torpe para muchas cosas – dijo Salvador.

-No eres torpe, eres humano. Es por esa razón que nunca podrás evitar algo que se acerque a ti – dijo el espíritu del agua.

-¿Sí no me doy cuenta de esas cosas que dices, no encontraré el SANTO GRIAL?

-Antes te he dicho que todo está en ti. Todo lo que quieras lograr está contigo y vive a tu lado.

-Me gustaría entenderte y aplicar tus consejos ¿Crees que lo voy a lograr?

-Eres humano y necesitas más tiempo para entenderlo, pero tu perseverancia te ayuda a conseguirlo.

Salvador ya había hablado lo suficiente con el espíritu del agua, y dijo.

-Es hora de que me vaya. Tendré en cuenta todo lo que me has enseñado. Gracias por esa bonita voz que tienes. Estoy seguro que eres igual de bella.

CAPITULO 15

-No olvides, cuando haya encontrado el SANTO GRIAL me verás, y también podrás reconocer todo lo mágico que hay dentro de ti. Ahora continua el camino – dijo el espíritu del río.

Salvador llevaba en mente la imagen de la bella Laia. Estaba a punto de marcharse

hacia otras tierras, ya no la vería nunca más, ahora estaba a media hora de camino hasta la aldea. Recordó las palabras del espíritu del río cuando le dijo, que no luchara contra sus sentimientos. Sí se iba sin verla estaría haciendo eso, iba hacerle caso y dar la vuelta por la aldea. Estaba preparado a todo, sería una prueba para él si se encontraba cara a cara con el padre de ella. Esta vez estaba seguro que no iba a salir tan triunfar con él cómo la noche anterior. Se preparó y cogió el camino que conducía a la aldea. A medio camino dio la vuelta para mirar el lugar tan mágico que se dejaba, con la mirada lo recorrió antes de dar un paso más.

Estaba enamorado como un joven de veinte años, pronto haría treinta y cuatro, era la primera vez se enamoraba. Hacía años había salido con chicas de su edad, pero solo fueron amigos. Con Laia era diferente, lo había enamorado su inocencia y su atrevimiento al ir la noche anterior a llevarle cena echa por ella.

Llevaba en la mano la fiambarrera para dársela, esa sería una excusa para verla y hablar con ella.

A la entrada de la aldea encontró a los dos hombres que acompañaron al padre de Laia la noche anterior. Ellos al verlo le advirtieron.

-No sigas hacia delante, anoche pudimos salvarte de una paliza, pero ahora no podremos intervenir. El padre de la joven no te perdona que su hija hubiera ido a verte.

-Quiero darle la fiambarrera que llevó con comida, ya me voy a otro lugar y no volveré a verla – dijo Salvador.

-Ya no dejan salir a la chica, su madre está atenta durante el día de que así sea – dijo uno de los hombres.

-Yo que tú me marcharía ahora de aquí – le aconsejó el otro hombre.

-Me iré cuando le haya entregado la fiambarrera.

-Dárnosla a nosotros y se la entregamos a su madre.

-Eso sería cobardía por parte mía. Me estaría escondiendo de algo malo que no he hecho – dijo Salvador.

-Allá tú, nosotros te hemos prevenido de lo que te puede suceder. Sigue hasta la casa de los padres de la joven.

-Gracias por la advertencia, pero voy a seguir lo que el corazón me dice.

-Esa respuesta es de un hombre que está enamorado ¡Ve con cuidado!

-Lo tendré en cuenta.

Salvador siguió andando para llegar a la casa de los padres de Laia. En la puerta estaba la madre de ella hablando con otra vecina. Al verlo enfureció y le dijo.

-No dé un paso más, mi marido está a punto de venir y te la tiene sentenciada. Mi hija es muy joven para ti.

-Señora, no quiero molestarlos, he venido para entregarle esto que su hija se dejó anoche.

-Me lo das a mí y te vas.

-Ya me voy para no volver más.

Tras los visillos de la ventana estaba Laia observando. Salvador miró hacia ese lugar buscando la silueta de ella, estaba seguro que ella lo estaba mirando, y estaba seguro también que estaba igualmente enamorada de él, cómo él lo estaba de ella.

Los dos se miraron. Ella le sonrió, él también hizo lo mismo. La madre de Laia se dio cuenta y dijo a su hija.

-¡Métete para dentro!

Laia escuchó las palabras de su madre, antes de retirarse volvió a sonreír a Salvador, él la complació con lo mismo.

-Bueno, ya has obtenido lo que querías – dijo la madre de ella – Ahora vete de aquí antes de que mi marido venga.

-Gracias señora ¿Se ha dado cuenta de que los dos estamos enamorados?

-Mi hija es muy joven para ti, es mejor que busque en otro lado. Además, no tienes nada que ofrecerle, sólo tienes tus manos y están Vacías ¿Dónde está la borrica que traías ayer?

-Ha muerto, ya era vieja.

-¿Qué has hecho con ella?

-La he quemado arriba en el monte, sólo queda su esqueleto.

-Yo sé que eres un hombre bueno, pero no vuelvas más por aquí, de lo contrario, mi marido se va a encargar de que así sea.

-Señora, sé que no puedo ofrecerle nada a su hija ni a ninguna otra mujer, pero el corazón lo tengo ardiendo de amor.

-Ya se te pasará. El tiempo ya se encarga de que se cumpla.

-Es usted razonable, le dice a su hija que estoy de ella muy enamorado, cómo nunca lo estuve antes.

-No creas que está lejos, ella ya te ha oído, no tendré que decírselo.

-Pase buen día señora, y gracias por todo.

CAPITULO 16

A Salvador le daba igual irse para un lado que para otro, en algún rincón de la tierra encontraría el SANTO GRIAL. Tenía toda la vida para encontrarlo. Estaba seguro que la

búsqueda sería larga y difícil, pero para eso estaba allí, todo lo había dejado. Sentía rabia de no ser cómo otro hombre, de no sentirse libre para encontrar el amor. Estaba enamorado de la bella Laia, era la primera vez que sentía esa sensación en todo su ser. Era la primera vez que lloraba por una mujer. Iba llorando por el camino, echaba su vista atrás cómo si eso hiciera recordar a ella que la amaba, cómo si lo estuviera viendo y oyendo.

Le daba también rabia y mucha pena, no tener nada que ofrecerle. Era pobre cómo ese camino que estaba andando y que todos pisaban. Secó las lágrimas y pensó que de nada servía que llorara por nadie, puesto que su vida

La había entregado a la búsqueda de lo más sagrado, el día que lo encontrara sería el rey del mundo, eso era lo que él pensaba.

Había salido de ese camino por el que iba andando y llegó a unos árboles altos y

robustos. Vio que de uno de los árboles cayó una ardilla diminuta, tenía poco tiempo. Fue rápido en su ayuda, la cogió del suelo y miró que no se hubiera hecho daño. Pronto bajó del árbol la madre a buscarla. Salvador dejó la ardillita sobre la hierba para que la madre la cogiera y la subiera a su nido. Rápida mente así fue, la cogió de atrás del lomo y subió con su hijito dentro del árbol.

Salvador siguió su camino. Se quedaría dónde los pies lo dejaran. Ese era un dicho que él decía siempre cuando emprendía un nuevo camino.

Llevaba un día andando y parándose cuando los pies estaban fatigados. Se dio cuenta que había entrado en la selva. Le gustaba ese lugar misterioso y lleno de incógnitas. Miraba por todos lados cómo el que va buscando algo que quiere encontrar. Encontró un matorral grueso y bien fornido de ramajes. Había una entrada a ese lugar, se

quedó en la puerta mirando qué podría haber dentro. Oyó una voz masculina que dijo.

-No te quedes en la entrada, entra.

Salvador fue entrando con algo de cuidado, no quería aventurarse en algo que desconocía. Al final halló a un hombre ya entrado en años. Estaba sentado sobre la hierba y envuelto en una manta y tapado hasta la cabeza, sólo se le veía el rostro. Este hombre dijo.

-¿Qué buscas aquí en la selva?

-Voy buscando algo muy valioso, algo que solo el cielo me lo puede dar – dijo Salvador.

-Entonces si es muy valioso, podría ayudarte a encontrarlo. Hace años que vivo en esta selva, alejado del mundo y de todo.

-¿Cómo es tu nombre? – pregunto Salvador.

-Mi nombre es Hattlor, pero eso no importa, de nada sirven aquí los nombres. Es

más importante saber los nombres de las hierbas que se pueden encontrar aquí.

-¿Estoy frente a un chamán? – preguntó Salvador.

-Si es así cómo quieres llamarme, puedes hacerlo, pero mi nombre ya te lo he dicho.

-Estoy seguro que eres un hombre sabio. Es posible que siendo así, podrías ayudarme.

-Todavía no me has dicho qué buscas en este lugar solitario – dijo Hattlor.

-Hace más de tres años que voy buscando el SANTO GRIAL, y por mucho que lo busco no lo encuentro – dijo Salvador.

-La búsqueda mía es la misma, hace veinte Años dejé mi casa y mi familia para entregarme a lo mismo. Todo este tiempo lo he dedicado a la oración, hablo con dios para que me ayude a encontrar el SANTO GRIAL, pero todo es en vano. Lloro mucho por las noches pensando en lo mismo. Ya he dejado de buscar, ahora me

entrego totalmente a las hierbas. Yo le pongo nombre a cada una.

-No tienes que abandonar la búsqueda – dijo Salvador – Son muchos años los que llevas andando en el camino. Yo no me voy a rendir. Seguiré buscando hasta que lo encuentre.

-¿Crees que vas a encontrar algo tan valioso cómo es el cáliz de nuestro señor Jesucristo?

-¿Por qué no? Ya estoy en el camino – dijo Salvador.

-Yo tenía la misma ilusión que tú, pero llegado a un tiempo tuve que abandonar. Me di cuenta que la búsqueda era en vano. Aquí estoy ahora a la edad de sesenta años. No me atrevo a ir en busca de mi familia, creo que Esto, todavía no me lo han perdonado, sobre todo ellos no son creyentes. Me llamaron loco y poco responsable de mis actos – dijo Hattlor con lágrimas.

-¿Sigues todavía queriendo a tu familia? – Preguntó Salvador.

-Son mi sangre ¿Cómo no los voy a querer?

-Si yo me encontrara en tu situación no dudaría en volver a casa de mis padres. Sé que me recibirían con los brazos abiertos y felices de que volviera.

-Lo mío es diferente. Hace muchos años que me fui con la ilusión por bandera. Creía que en un par de años lo iba a encontrar. No sé si mis padres viven aún.

-¿No será que tu ego no te deja ver la realidad? – dijo Salvador.

-No sé si me queda ego, creo que ya todo lo que tenía se ha evaporado.

-Hattlor, nos conocemos desde hace un Rato, y estoy seguro que lo que tienes en tu interior es muy valioso. Pocos son los que se echan a la búsqueda del SANTO GRIAL. Ahora

no es conveniente de que abandones, y más sabiendo todo lo que tú sabes.

-¿Crees que sé mucho? – preguntó Hattlor.

-Estoy seguro que sí.

-Voy a decirte la verdad, no sé nada.

-Entonces, si dices eso, es porque sabes mucho – dijo Salvador.

Hattlor agachó la cabeza. Salvador vio que por sus mejillas caían lágrimas. Eran lágrimas de arrepentimiento y de amor que sentía por todo lo que le rodeaba.

Salvador se había sentado encima de una piedra que Hattlor utilizaba a ratos para descansar del suelo. Lo miraba con tristeza por no encontrar las palabras adecuadas para animarlo.

CAPITULO 17

Salvador intentaba por todos los medios que Hattlor saliera de la pequeña cabaña que había hecho él mismo. Le preguntó.

-¿Sales a menudo fuera?

-Cuando tengo que estirar las piernas, y coger frutos para comer. Entonces doy largos paseos para respirar el aire y el aroma de la selva.

-¿De dónde sacas el agua para beber?

-Aquí llueve casi todos los días. Tengo fuera hojas grandes de plantas, cuando llueve salgo de aquí y bebo agua de lluvia que cae sobre las hojas.

-Hoy hace un día bonito, los pájaros cantan, y algunos animalillos se pasean por entre la hierba ¿Hoy no tienes agua para beber?

-Tengo fuera una reserva, la dejo para el día o la noche que no llueve – dijo Hattlor.

-Debes conocer el bosque de punta a punta ¿No es cierto? – preguntó Salvador.

-No creas, el bosque es muy grade y espeso, y cuanto más te adentras, más peligroso es. Cuando llegué aquí hace ya muchos años, todo esto estaba lleno de animalillos y de serpientes. Estos animales se fueron al descubrir mi presencia. Ningún animal quiere nada con los humanos.

-¿Estos animales viven más adentro del bosque? – preguntó Salvador.

-Seguramente, en algún lugar tienen que estar. Este territorio les pertenece por ley. Yo cuando llegué, muchos animalillos se asustaron, y pronto desaparecieron de mi vista. Sólo quedan algunos roedores, cucarachas y hormigas.

-Anímate, y salgamos fuera para dar un paseo y disfrutar de este día tan espléndido – dijo Salvador – yo también necesito conocer algo del bosque.

Hattlor retiró la manta que lo cubría y la dejó sobre el suelo. Llevaba un pantalón corto

de una tela fina rota. Los dos hombres salieron de la cabaña y se quedaron en la entrada mirando por dónde iban a ir. Salvador dijo.

-Vayamos hacia la derecha, esa parte del bosque es profunda ¿La has descubierto ya?

-Una parte sí, no he querido profundizar solo, por lo que me pudiera encontrar. Aquí tengo un palo, lo voy a coger por la sorpresa que nos podamos llevar – dijo Hattlor.

Los dos emprendieron la marcha a paso lento. Salvador iba descubriendo parajes que creía no existían. Él también se hizo de una vara sobre todo para ir retirando ramas de árboles que estaban en el camino.

Llevaban un tramo andado y escucharon el fluir de agua que caía en algún lugar.

-Vamos despacio – sugirió Hattlor.

-Es agua que baja de una cascada, creo que debe ser eso – dijo Salvador – Tengamos

cuidado dónde ponemos los pies, puede haber un vacío y caernos.

-Todo esto es nuevo para mí – dijo Hattlor.

-Tantos años que hace que habitas este lugar ¿No habías llegado hasta aquí?

-Por respeto no lo he hecho – dijo Hattlor.

-¿No habrá sido por miedo a encontrarte con algo inesperado? – dijo Salvador.

-Es posible. Es la primera vez que está descubriendo un bosque. Recuerda que tenemos que volver sobre nuestros pasos ¿Sabes dónde lo empezamos?

-Entre todo el tramo que hemos andado, no recuerdo dónde lo empezamos.

-Quiero advertirte, la tarde está cayendo y pronto en el bosque se hará de noche – dijo Hattlor – Es mejor que volvamos, estamos más seguros en la cabaña que aquí.

Se dispusieron a dar la vuelta y seguir por los pasos que ellos habían hecho en el camino.

Aunque había muchas ramas y hojas caídas en el suelo, las pisadas de ellos estaban marcadas sobre las grandes hojas. De esa manera llegaron ya de noche a la cabaña. Hattlor iba tiritando de frío. Cogió la manta y se cubrió con ella, se sentó sobre la hierba. Salvador lo hizo sobre la piedra. Al no haber luna, todo estaba oscuro, ellos no se veían las caras.

-¿Qué piensas hacer mañana cuando amanezca? – Preguntó Hattlor.

-Marcharme. Yo no tengo abandonada la búsqueda del SANTO GRIAL. Estoy seguro que un día lo encontraré, más pronto o más tarde, sé que vendrá a mí.

-¿Por qué piensas eso? Yo he estado más de treinta años buscando, y ya arto, me he refugiado en esta humilde cabaña, de aquí no me saca nadie, es una manera de ermitaño que ahora vivo mi vida – dijo Hattlor.

-Estoy seguro que estás apunto de encontrar lo que buscamos. No es bueno que ahora te rindas – dijo Salvador.

-Ya soy viejo y enfermo. No podría seguirte si me lo propusiera. La humedad del bosque ha hecho que los huesos me duelan. Hay veces que el dolor no puedo aguantarlo. Entonces salgo de la cabaña y busco la hierba adecuada, la mastico y solo trago el jugo. De esa manera voy pasando los días, y voy cumpliendo años.

-Cuándo ya seas más viejo y no puedas andar ¿Qué vas hacer? – preguntó Salvador.

-Esa pregunta me la estoy haciendo yo todos los días. Un día moriré y me encontrarán muerto en esta cabaña.

-Este lugar es solitario, por aquí no deben pasar muchos senderistas, será difícil que alguien te encuentre.

-Me has encontrado tú. No es una casualidad, las casualidades no existen.

-Hattlor, mañana al amanecer me iré.
Volveré sobre mis pies y buscaré otro camino.
Sé que lo que busco lo encontrare al final del camino.

-¿Cómo lo sabes? – preguntó Hattlor.

-Me lo dijo la diosa del río.

-¿De qué diosa estás hablando? ¿La has visto?

-No, sólo la he oído. Ella me ha dicho, que el día que esté preparado, podré verla.

-¿Estás seguro que se trataba de la diosa del río y no tú imaginación por tanta soledad?

-Es lo que yo creía al principio. La voz de ella sonaba como a música celestial. Yo hablaba con el río sin ver a nadie, igual que tú y yo estamos hablando ahora, que no nos vemos las caras.

Pasó la noche. Al amanecer, Salvador se preparó para la marcha.

CAPITULO 18

Le daba pena dejar a Hattlor, no le dijo que fuera con él pero de nada hubiera servido. Ya no dejaba su casa, la cabaña que se hizo con ramas y gruesas hojas, estaba acostumbrado a vivir en el bosque de esa manera, un día llegaría su día final y allí lo encontrarían muerto. Se despidió de él.

-Amigo mío, te deseo mucha suerte, y espero que recapacites y te vayas con los tuyos. Deja la soberbia y el ego que solo sirven para la destrucción del alma.

-Ya no tengo ego ni soberbia, ya no me queda nada, esa es la razón por la que sigo y seguiré viviendo en este lugar misterioso. Sí no encuentro el SANTO GRIAL que estoy seguro no encontraré, al menos estaré viviendo en el misterio profundo del bosque. Ya estoy hecho un salvaje, el mundo civilizado me rechazaría – dijo Hattlor.

-Yo tengo que continuar, no me voy a rendir, no pararé hasta encontrarlo.

-Eres firme en tus convicciones, eso es bueno. Yo a ti también te deseo suerte, y si algún día estás cerca de aquí, ven a verme – dijo Hattlor.

-Lo tendré presente amigo mío.

Salvador salió de la cabaña y fue a encontrar el camino que había dejado antes.

La mañana era lluviosa, caía un agua pequeña que calaba el cuerpo. Salvador fue hacia una plantación de chaparros que no estaba lejos. Debajo del árbol que eligió estaba bien resguardado de la lluvia. Levantó la cabeza y miró en su interior. Era espeso y poblado de ramas y de hojas. Pensó que allí también podría estar escondido de la vista de la gente el SANTO GRIAL. Trepó por dentro de las gruesas ramas, y las fue recorriendo una por una, miró en todos los rincones.

Ya cansado de mirar y de no haber encontrado ninguna pesquisa, bajó del árbol y se sentó con la espalda reposando en su tronco. Hizo un rato de meditación. Allí se quedó hasta que paró de llover. Tenía que seguir el camino, sabía que su búsqueda sería larga pero segura, las esperanzas no las perdía y estaba seguro que un día encontraría lo que buscaba.

Llegó a un monte lleno de matorrales, vio que había agujeros a los pies del monte, se acercó y descubrió varias madrigueras de conejos.

Una serpiente se iba deslizando monte a bajo y pronto llegó a una de las madrigueras, iba entrando, cuando llegó la madre, empezó a mordiscos con la serpiente, la mordía por todo su largo cuerpo. El reptil salió de la madriguera para huir pero la coneja no la dejaba, saltó sobre su cabeza para arrancársela. La serpiente no se defendía, sabía que tenía las de perder. Intentó subir monte arriba. La coneja la perseguía, le mordía la cola, y luego más

Arriba del cuerpo, al final el reptil escapó y entró dentro de un arbusto. La madre coneja entró en su madriguera para verificar que sus crías estaban bien.

Salvador estaba impresionado por lo que acababa de presenciar. Él le dio un nombre a lo que había visto. Mamá, coneja fiera. Rodeó el monte y se fue por otro lugar.

La noche estaba llegando, tenía que encontrar un refugio para descansar y dormir. A lo lejos vio una casa de labradores, se dirigió a ella. En un campo cerca había dos mulas comiendo hierba, los animales pertenecían a la casa de labradores. En la entra había una mujer de mediana edad sentada en una silla baja cortando verdura para la cena. Al ver llegar a Salvador lo miró con curiosidad y preguntó.

-¿Qué se te ofrece joven?

-Buenas tardes señora, voy buscando un lugar donde pasar la noche.

-¿Ha pensado que aquí te puedes quedar?

-Si tuviera un rincón en su casa, me haría un gran favor.

-¿Qué haces por estas tierras? – preguntó la mujer.

-Voy de paso – contestó Salvador.

-Mi marido está en el huerto, pronto vendrá. Coge una de esas sillas y siéntate.

-Gracias señora.

La mujer observaba a Salvador mientras él se sentaba, ella preguntó.

-¿Vienes de lejos?

-Si señora.

-Eres de capital ¿No?

-si ¿Por qué lo pregunta?

-Porque sólo la gente de capital tratan a las mujeres de señoras. Por este lugar sólo estamos, mi marido y un hijo de tu edad. Hay más casas de labradores pero están más lejos.

-Yo no voy a ser un engorro para ustedes, sólo quiero dormir en un lugar cubierto, y mañana al amanecer emprendo mi camino.

-Cenarás con nosotros ¿No?

-Si usted quiere sí.

-Por aquí nunca viene nadie, no tenemos invitados. Mi marido y mi hijo se van alegrar cuando lo te vean.

-Gracias señora, es usted muy amable.

-Te agradezco la visita inesperada – dijo ella.

-Para mí ha sido un placer llegar hasta aquí.

-Me gusta la gente educada, los que saben hablar. Por aquí nadie habla como tú.

-Es porque soy forastero – dijo Salvador.

Pronto apareció un hombre y su hijo. Llevaban en las manos herramientas de campo. Se sorprendieron al ver a Salvador. La mujer

Se adelantó y dijo.

-Es un huésped que tenemos para esta noche, dice que mañana se va.

-Me gusta que haya alguien en casa con nosotros – dijo el esposo – por aquí nunca pasa nadie, esta es una tierra lejana para todos.

-Gracias señor – agradeció diciendo Salvador.

-Eres bien educado, cosa que por aquí no hay. Todos los que aquí vivimos trabajamos en el campo. Somos buena gente pero no entendemos mucho de cumplidos ni de modales.

-Voy a prepararte la habitación de arriba – dijo la mujer llevando la fuente con la verdura cortada a la cocina.

El esposo observaba a Salvador, su hijo también. El hombre dijo.

-Sí te quedaras para más tiempo, puedes

Trabajar con nosotros, aquí hay mucho trabajo. No sólo está el campo, también los animales que hay que cuidar y limpiar.

-¿Tienen muchos animales? – preguntó Salvador.

-Las dos mulas que están comiendo hierba. Seis vacas que hay que ordeñar por la mañana y por la tarde, y hacer queso con la leche. También diez gallinas, hay que sacarlas fuera para que coman hierba, y coger los huevo que ponen. También, diez cabras, hay que sacarlas al monte para que coman.

-Tienen muchos animales – dijo Salvador.

-¿Te gusta estar en contacto con ellos? Los animales son muy fieles.

-De dónde yo soy no se ven mucho, es una ciudad. Lo que más abunda son los perros y los gatos que la gente tiene en sus casas, pero los animales me gustan mucho, el contacto con ellos es necesario para las personas.

-Muchacho, me gusta como hablas. Aquí vamos a lo corriente, no miramos las palabras finas, somos buenas personas y con eso nos basta.

Dos perros venían ladrando, se pararon junto a Salvador sin dejar de ladrar. El hombre dijo.

-Ladran mucho pero no hacen nada. Ahora vienen de estar en el huerto. Les gusta jugar con los bichos que encuentran en la tierra. Juegan un rato con ellos y después los dejan ¿Te gustan los perros?

-Me gustan todos los animales. Me gusta toda la naturaleza. De hecho, siempre he querido vivir en el campo – dijo Salvador.

-Si te gusta el campo te va a gustar estar aquí - dijo el hombre.

-Lo voy a pensar, ya tengo tiempo de hacer más tarde otra cosa o quizá lo encuentre aquí.

-Aquí vas a encontrar mucho trabajo. Nos levantamos a las siete de la mañana para preparar a los animales y sacarlos al campo para que coman.

-Esa labor me gusta, creo que me voy a quedar por un tiempo – dijo Salvador.

El hijo seguía las palabras de su padre y del recién llegado, no había abierto la boca en todo el tiempo.

-Este es mi hijo Yeray, no le gusta mucho hablar, prefiere escuchar. Mi nombre es Hefexto. El de mi esposa, Nercida ¿Tú cómo te llamas? Tenemos que saberlo para llamarnos.

-Mi nombre es Salvador.

-Muchacho, me gusta, es un bonito nombre. Nuestros nombres son raros, cómo los nombres de nuestros padres, ya murieron. Ellos nos pusieron los nombres de sus padres y de sus ante pasados.

CAPITULO 18

Nercida había cocinado una cena buena, cada día y cada noche hacía comida abundante para ellos tres, pero ahora que había un huésped era con más razón. Se había dado cuenta que Salvador estaba muy delgado, demasiado para ella, era debido a que no comía lo suficiente, incluso había días que no se echaba nada a la boca. Tenía la edad de su hijo Yeray, este estaba delgado de trabajar en el campo pero tenía buenos músculos y estaba fuerte. Ya cenando Nercida dijo.

-Esperemos que Salvador se quede con nosotros por un largo tiempo. Aquí va a coger los kilos que le falta.

-Es usted buena persona – contestó Salvador – Ahora trabajando en el campo voy a coger los músculos que he perdido en varios años.

-Háblanos de tus padres – dijo Hefexto.

-No tengo mucho que contar, son personas sencillas pero de capital.

-¿Sencillos cómo nosotros? – preguntó Nercida.

Salvador se rió y después dijo.

-Ustedes y ellos no tienen nada en común. He dicho que son sencillos porque mis padres y un hermano mío trabajan, y hacen una vida normal.

-¿Eres la oveja negra de la familia? – preguntó Yeray.

-Sí ese es el nombre que le quieres dar, sí.

-¿Por qué te fuiste de tu casa? – preguntó Hefexto - ¿No te entendía con tus padres?

-Me entendía muy bien, pero ellos piensan de una manera y yo de otra.

-¿A qué te refieres, se puede saber? – preguntó Nercida.

-Espiritual mente ellos no piensan como yo.

-¿Qué quiere decir eso? ¿Es sobre la iglesia?

-La iglesia no tiene nada que ver. Es una espiritualidad que cada persona lleva consigo.

Hefexto se arrascó la cabeza en señal de no haber entendido nada, y preguntó.

-¿Tienes creencias diferentes a las de tus padres?

-Por extraño que le parezca sí.

-¿No crees en dios?

-Sí creo, pero de diferente manera.

-Eso en nuestra familia no hubiera funcionado. Si yo hubiera pensado de diferente manera que mis padres, ellos hubieran dejado de hablarme ¿Ese es tu caso?

-No. En una ciudad grande se respeta toda clase de opinión.

-Aquí en el campo no pensamos de la misma manera – dijo Hefexto – Hay que seguir a los padres y a los abuelos. Si no es así, la familia deja de hablarte y te dan de lado ¿No ha sido ese tu caso?

-Antes le he dicho que no. Mis padres me pedían que me quedara, pero yo tengo otra meta en mente.

-No preguntes más – dijo Nercida –Ya es hora de que nos vayamos a dormir. Mañana todos nos levantamos pronto.

-Tienes razón madre – replicó Yeray – Mañana viene a trabajar conmigo. Le voy a dar un trabajo para que me siga.

Hefexto se echó a reír y dijo.

-Estás preparado para darle un buen trote ¿Crees que te va a seguir?

-Haré todo lo posible para que me siga. Le voy a enseñar cómo se trabaja en el campo.

Nercida mientras quitaba la mesa dijo.

-Antes de irnos a dormir lavaros, hay que entrar en la cama con el cuerpo limpio.

-Madre, cada noche nos dices lo mismo. Ya sabemos que nos tenemos que lavar.

-Tú padre no hace mucho caso de eso, cuando me voy a la cama ya rendida y me acuesto, parece que estoy durmiendo con las cabras y las vacas.

-Eso es lo que tiene de estar casados. A mí ninguna mujer puede decirme tal cosa, de hecho para que no me lo diga, no me caso.

-¿No vas a darnos nietos? – preguntó Nercida.

-Todas las mujeres sois muy exigentes. Viene uno arto de trabajar en el campo y empezáis con los lavados.

-Yo también he trabajado en el campo, he cuidado de las vacas, de las cabras y he hecho el queso que cada día os coméis, pero no por

Eso dejo de lavarme y de cuidarme.

-Madre, tú tenías que haber nacido en una gran ciudad, dónde todos van oliendo a colonia.

-Quiero que os lavéis los tres. Mañana daré ropa limpia para que se ponga Salvador.

-Querrás decir mi ropa, es la que a él le va bien, la de mi padre le está grande.

-Bueno, antes de todo, pon leña en la chimenea, no puede apagarse el fuego, las noches son frías.

Fuera de la casa había una pila para lavar la ropa y para lavarse todos ellos. Hiciera frío o no, tenían que salir para asearse. Hefexto antes de hacer ese menester iba al establo para verificar que los animales estaban bien y dormían. Era el único que hacía ese trabajo por la noche. Su hijo se ocupaba de los animales por la mañana, cada uno tenía su menester.

A las siete de la mañana Nercida tenía todos los días el desayuno preparado sobre la mesa. Esa primera comida del día la hacía abundante de variedades que ponía sobre la mesa. Mientras desayunaban todos juntos, Nercida se dirigió a Salvador y preguntó.

-¿Has dormido bien esta noche?

-Cómo un ángel. Hacía años que no dormía en una cama, desde que me fui de casa de mis padres.

-¿Dónde has dormido todos estos años?

-Al abrigo de un árbol y también al raso.

-¿Te gusta dormir de esa manera? – preguntó Nercida.

-No me desagrada, sobre todo en verano, cuando llega el invierno todo es diferente.

-Si quieres quedarte aquí para un tiempo, tienes esa habitación para ti solo.

-Esta mañana con la luz del día he mirado por la ventana, está frente al huerto, tienen

Mucho terreno, y un huerto grande, ya hay trabajo para dos hombres y para tres.

-La verdura y la fruta que da es mucha. Le hecho a las gallinas y a las cabras, a ellas les gusta. A los perros les pongo fruta, las manzanas y las peras les encantan.

-Mis padres tienen un perro que le chifla las manzanas y las peras, en verdad le gusta toda la fruta – dijo Salvador.

-Tienes que comer bien para que te pongas fuerte – dijo Nercida – El campo desgasta mucho.

-¿Quién vive en las casas que se ven más lejos? – preguntó Salvador.

-Familias cómo nosotros. Padres con sus hijos e hijas que les ayudan al trabajo del campo y de los animales.

-Un día me gustaría dar un paseo para conocerlo – dijo Salvador – Es la primera vez que veo tantas casas de campesinos.

-En las grandes ciudades no se encuentran, hay que alejarse de ellas para ver cómo la gente trabaja en el campo y cuida de los animales.

Salvador cambió de tema y dijo.

-Es la primera vez que como un desayuno tan bueno, no es de extrañar que estén ustedes tan fuertes y llenos de salud.

-Lo hace el campo, el campo da muchas bendiciones.

Hefexto y Yeray no paraban de comer, ni siquiera estaban al tanto de la conversación que mantenía Salvador y Nercida. Esta dijo.

-Hijo come, vas a necesitar las fuerzas para trabajar y cuidar de los animales. Mi marido y mi hijo te dirán qué te dan de trabajo para hoy y para los demás días. El alimento del cuerpo es lo principal para estar en forma.

CAPITULO 19

A salvador le tocó sacar a las cabras, las vacas y las mulas para que comieran hierba. Los perros iban con las cabras no se separaban de ellas. Salvador después de este menester iba al huerto a trabajar la tierra. Hefexto y Yeray iban sembrando la semilla que tocaba en esa época del año.

Salvador por dónde pasaba con el azadón y lo clavaba en la tierra, iba mirando en los agujeros que hacía, era posible que en alguno de esos lugares estuviera escondido el SANTO GRIAL. Lo llevaba siempre en mente. La familia con la que vivía no le había hablado de esta joya espiritual y sagrada, ellos no sabían de qué se trataba, desconocían incluso el nombre. Todo era en vano, no lo encontraba en ningún lugar. No iba a dejar de buscar, la búsqueda la llevaría hasta el final de sus días. Se había propuesto encontrarlo.

Hacía un año que Salvador trabajaba para Hefexto, le gustaba el trabajo que hacía. Una mañana mientras sacaba los animales, de lejos vio a una joven campesina que venía hacia él, la joven corría y al llegar, le preguntó.

-¿Has visto a una cabra? La estaba sacando y una se me ha escapado. Es de pelo negro y de manchas blancas.

Salvador antes de responder la estuvo observando. Debería tener veinte años, de cara bonita y de cuerpo gracioso. Él respondió.

-No he visto al animal que estás buscando. Yo tengo también cabras negras de manchas blancas, pero ninguna de ellas es la que se te ha escapado – dijo Salvador.

-¿Las has contado? – preguntó la joven.

-Por supuesto que sí, siempre que las saco por la mañana y por la tarde cuando las recojo.

-¿Cuántas tienes ahí?

-Diez y cuatro cabritillos. Ahora están esparcidas en el campo comiendo. Los chivitos van con las madres – dijo Salvador.

-Voy a seguir buscándola, tengo que encontrarla – dijo la joven.

Ella ya se iba, Alejandro le preguntó.

-¿Cómo te llamas?

-¿Para qué quieres saberlo? – dijo ella con encanto femenino.

-Es por si otro día nos vemos. Me gustaría llamarte por tu nombre.

-¿Para qué nos vamos a ver? – respondió ella con el mismo encanto.

-Me gustaría que nos viéramos más veces.

-Mi hermano mayor está pendiente de que quién se acerca a mí – dijo la joven.

-Por aquí no hay muchos hombres para que te cortejan.

-Hace dos años, Yeray el hijo de Hefexto, iba hasta la granja donde vivimos con la intención de hacerme la corte, mi hermano mayor le habló y le dijo, que yo era todavía una niña para que me hablara de amoríos.

-Eso hace dos años, ahora ya eres mayor- dijo Salvador - ¿No quieres decirme cómo te llamas? Seguro que tienes un nombre precioso.

-Mi nombre es Dafne ¿El tuyo cómo es?

-Salvador – dijo él.

-Pues bien Salvador, mantente lejos de mí, si no quieres que mi hermano se vea las caras contigo. Está hecho a trabajar en el campo, es bruto por naturaleza.

-Un día llegará el hombre que te conquiste ¿No? – dijo Salvador.

-Ese día todavía no ha llegado, mis padres me necesitan, yo los ayudo. Si mi vida cambia, Mis padres y mi hermano se encuentran solos. He decidido quedarme con ellos para siempre.

-Yo no pienso de esa manera – dijo Salvador
- Mi vida es mía y sólo a mí me pertenece vivirla a mi manera.

-¿No quieres a tus padres? – preguntó Dafne.

-Sí los quiero, Pero también quiero hacer mi vida – dijo Salvador.

-¿Esta vida es la que has elegido la de pastor? ¿Eres cerca de aquí?

-Soy de una gran ciudad que está al otro lado del mar. Espero de aquí a unos años volver a casa de mis padres, casarme allí o bien en otro lugar. Mis pensamientos son esos.

-En otra granja que está más lejos que la de mis padres, hay una mujer joven que busca casarse, pero ningún hombre le dice nada. Puedes ir a conocerla. Es hija única, ella va a heredar la fortuna de sus padres ¿No te interesa una mujer como ella?

-Me interesa la mujer que me guste. El

Dinero para mí no es nada, no me interesa.

-Mis padres dicen, que un hombre necesita tener dinero y un nombre para formar una familia – dijo Dafne.

-Tienen razón tus padres y saben lo que dicen. Antes de que yo formara una familia tendría una buena estabilidad, cosa que ahora no tengo – dijo Salvador.

-La mujer joven que antes te he mencionado, ya es rica, la fortuna de sus padres es la suya. Sus padres dicen que quieren ser abuelos, que quieren ver y oír a críos jugar y correr por la granja.

-¿No hay hombres por aquí que les guste esa mujer?

-Los hay, pero todos están en buena posición. Lo digo, porque tú no tienes nada, eres un cabrero que cuida de los animales y de lo que le manden hacer. Sí te casas con esa mujer, eres dueño con ella de todo ¿Qué te parece?

Salvador antes de responder, pensó en las pruebas que iba a encontrar en su camino. Él ante todo su deseo era encontrar el SANTO GRIAL, le interesaba más que nada, más que una mujer que se cruzara en su camino. Es cierto que le gustaría contraer matrimonio y tener hijos, pero si por eso tenía que renunciar la búsqueda, no le satisfacía. Estaba preparado para las pruebas, de eso era consciente, cómo también lo era de que alguien espiritual y lleno de esperanza para la búsqueda, su vida entera estaba consagrada a lo divino, al dios y a la diosa del universo. Había conocido a mujeres que le habían gustado. Sus padres en una ocasión hicieron un arreglo con una joven de buena posición para que contrajeran matrimonio, pero cuando él se vio cerca del casamiento, retrocedió por el mismo motivo. Era bueno tener una mujer, pero su vida sería sacrificada a ella y a los hijos que tuvieran. Ya no tendría una vida rica espiritual, sería otro marido cómo tantos. Salvador respondió.

-Dafne, no me interesa tu oferta. No busco de una mujer su dinero, no lo quiero para nada. Soy feliz cómo estoy, soy un espíritu libre y dejaría de serlo si me caso, y sobre todo por interés.

Una mujer salió gritando el nombre de Dafne, ella respondió diciendo.

-¡Madre, ya voy!

-¿Es tu madre la que te ha llamado? – preguntó Salvador.

-Sí, ahora se va a enfadar conmigo, cuando le diga que se me ha escapado una cabra.

-¿Quieres que te ayude a encontrarla?

-No, eso sería empeorar las cosas. Mi madre vendrá conmigo para encontrarla, otras veces lo ha hecho, no es la primera vez que se va una cabra.

-Espero que la encontréis – dijo Salvador.

CAPITULO 20

-¿De qué hablabas con ese joven? – preguntó la madre de Dafne.

-Es un obrero que trabaja para Hefexto.

-Sí, pero de qué hablabais. Te he visto muy animada en la conversación que manteníais.

-Madre, creo que busca esposa o quizás no. Él mismo no sabe lo que quiere.

-Estoy segura que te buscaba a ti. Sí tu padre y tu hermano lo saben, va haber jaleo.

-No me busca a mí, yo soy todavía una niña para casarme – dijo Dafne para despistar las ideas de su madre.

-Mejor que así sea, mejor para él. Hace tiempo que trabaja para Hefexto. Por las mañanas lo veo sacar a las cabras, las vacas y los demás animales. No tiene ningún porvenir ¿Para qué has ido allí?

-Madre, se me ha escapado otra vez la misma cabra. Creía que se había ido hasta ese monte.

-Ahora vamos todos a desayunar y después saldremos en su búsqueda. Tu padre y tu hermano están sentados en la mesa desayunando. No digamos que has estado hablando con el obrero de Hefexto.

Salvador todas las mañana después de haber dejado los animales comiendo, iba buscando dentro de los árboles para ver si se encontraba en algún lugar de estos el SANTO GRIAL. También miraba en los boquetes de las rocas, miraba por todos lados, siempre tenía el deseo de que en algún lugar de estos pudiese estar. Llevaba cinco años en la búsqueda, y aunque le saliera negativo no se rendía. Tenía la esperanza de encontrarlo un día.

La noche anterior había habido tormenta, los animales en el establo se asustaron y ese

Día estaban aturcidos. Gracias que estaban los dos perros, ellos hacían un gran trabajo con las cabras, las vacas eran más tranquilas. Las dos mulas todavía estaban con la inquietud de la noche anterior. La voz de Yeray hizo que prestara oído.

-¡Salvador! ¿Te queda mucho para que vengas? ¡Haces falta aquí!

-¡No tardo! ¡Cojo hierba para las gallinas y voy!

Salvador cogió un brazado de buena hierba y la llevó cerca de la casa, no lejos estaban picoteando en la tierra las gallinas, Cada mañana hacía este menester.

-Hoy te toca a ti ocuparte de la noria – dijo Yeray – Cada semana nos toca a uno diferente.

-Esta madrugada a llovido mucho, la tierra está mojada – confirmó Salvador.

-Es cierto, pero pronto se seca, mira el sol

que está haciendo, pronto todo está seco.

-¿Qué te parece Dafne, la joven de la granja de más abajo? – preguntó Salvador.

-¿Has hablado con ella? – preguntó Yeray.

-Hace un rato vino buscando una cabra que se le ha escapado.

-La cabra está en el otro monte, la he visto subir, sé que no es nuestra, la hubiera reconocido. La misma cabra se le escapa a menudo ¿De qué has hablado con Dafne? – preguntó Yeray.

-Del animal – contestó Salvador.

-¿Solo de eso?

-¿Por qué quieres saberlo? ¿Te preocupa que la haya conocido?

-En parte sí, y en la otra parte no. No tengo que preocuparme puesto que tú no eres el hombre que sus padres buscan para su hija.

-¿Buscan para Dafne un marido especial?

-No sé a qué te refieres con lo de especial. Ellos quieren para su hija un marido tres veces más rico que ellos. Dicen, que su hija no tiene que trabajar más en el campo el día que se case.

-Eso no es malo – contestó Salvador – Pueden pensar de esa manera porque Dafne es una joven bella.

-Te has fijado mucho en ella ¿No? – dijo Yeray.

-Para hablar he tenido que mirarla, no he echado la vista atrás.

-De todas maneras no te hagas ilusiones. No eres tú el hombre que buscan sus padres para su hija. Mis padres tienen el mismo capital que los suyos. Yo fui a pretenderla y los padres me recibieron mal, y el hermano casi me echó de la casa.

-¿Tan desagradables son? ¿Tanto miedo tienen a que le quiten a su hija? – preguntó Salvador.

-Tienen miedo a que llegue un hombre bien parecido y la hija se encapriche de él. La tienen como una joya que no se puede tocar y ni siquiera mirar – dijo Yeray.

-Dafne es verdaderamente una joya y mucho más.

Yeray antes de responder observó el rostro de Salvador, estaba hablando de la joven con mucha pasión, dijo.

-Por tu bien te digo que la olvides. No conoces a su padre ni a su hermano, son dos brutos por naturaleza.

-¿Por qué lo dices? – preguntó Salvador.

-Somos dos hombres y sabemos cuándo a uno le gusta una mujer, y a ti te gusta ella.

-Dafne es guapa, tiene juventud y tiene gracia cuándo habla. Eso gusta a un hombre.

-También me gusta a mí, pero me tengo que aguantar. No quiero que mis padres

Sufran por culpa mía. Me mantengo al margen.

-Eso lo dices porque no sientes nada hacia ella – dijo Salvador.

-¿Sabes tú lo que yo siento por Dafne?
¿Estás dentro de mí para saberlo?

- Claro que no, pero tus palabras te delatan – dijo Salvador – yo si fuera un hombre libre daría un paso y todos los que fueran necesarios para hacerla mi esposa.

-¿Estás casado? Preguntó Yeray.

-No, estoy soltero cómo tú.

-¿Quién te impide que te lances como un hombre enamorado?

-Antes de que contraiga matrimonio con una mujer, tengo que terminar lo que tengo empezado hace años.

-Tú siempre igual de misterioso. Hace año y medio que trabajas para nosotros, yo te considero un amigo ¿Yo soy para ti lo mismo? – preguntó Yeray.

-Sí, pero haya ciertas cosas que no se pueden decir – Dijo Salvador.

-Eso que guardas es otro misterio ¿No?

-No es un misterio, pero sé que no lo ibas a entender.

-¿Lo dices porque yo soy de campo y tú de ciudad? – hizo la pregunta Yeray.

-No tiene nada que ver. Conozco a gente de campo que leen buenos libros, incluso hablan dos o tres idiomas.

-La verdad sea dicha – dijo Yeray – Fui a la escuela un año. Mi padre me llevaba todas las mañanas en el carro. Decía que por lo menos tenía que saber escribir mi nombre y leer aunque fuera poco. Mis padres ninguno de los dos saben leer ni escribir. Pero yo entiendo lo que me dicen aunque sea un poco complicado.

-Perdona si te he ofendido – dijo Salvador.

-No me he sentido ofendido, te considero un amigo.

Salvador echó su brazo por encima del hombro de Yeray y dijo.

-Quiero que sepas el misterio según tú que guardo. No es ningún misterio que tenga que esconder.

-Me gusta que compartas tus sueños o ideas conmigo – dijo Yeray.

-¿Has oído hablar del SANTO GRIAL? – hizo la pregunta Salvador.

-¿Eso qué es? Es la primera vez que oigo ese nombre.

-Es la copa dónde Jesús bebió en la última cena. Desde hace siglos están buscándola y todavía nadie la ha encontrado.

-¿Esa es la razón por la que estás aquí, lejos de tu ciudad? – preguntó Yeray.

-Sí amigo mío.

-Anoche Salí fuera, es luna llena y no podía dormir. Vi que estabas en la cima de aquel monte, estoy seguro que eras tú.

-En luna llena yo tampoco puedo dormir, pero ese no era el caso de que subiera al monte, muchas noches lo hago.

-¿Qué haces allí? – preguntó Yeray.

-Hago meditación y hablo con la madre naturaleza para que me guie hacia el lugar dónde pudiera encontrar el SANTO GRIAL. Llevo años haciendo este ejercicio espiritual, pero aún no he encontrado nada. Conozco a personas que hacen lo mismo que yo, viajan mucho buscándolo.

-¿Esa es la libertad que tú dices que necesitas? – preguntó Yeray.

-Sí amigo mío. Sí tengo una esposa e hijos, tengo que dejar la búsqueda, y no la voy a dejar por nada.

-¿Qué harías si te encontraras el cáliz de Jesús?

-Lo guardaría con mil cerraduras. No lo sabría nadie.

CAPITULO 21

Una noche todos cenando, Salvador anunció.

-Quiero decirles que pronto me voy de aquí. Me esperan otras tierras, otros lugares.

Hubo silencio. Los cuatro se miraron. Hefexto se adelantó y preguntó a Salvador.

-¿No estás bien con nosotros? ¿Te tratamos de mala manera?

-Todo lo contrario – dijo Salvador – Mi misión aquí ha terminado.

-¿De qué misión hablas?

-La que llevo desde hace años.

-Yo no te entiendo, mi mujer y mi hijo tampoco. Estamos muy bien viviendo los cuatro aquí. Sabemos que te gustan los animales y que le has cogido cariño.

-Es cierto. Los voy a echar mucho de menos. Pero la decisión está echada – dijo Salvador.

Yeray estaba con la cabeza gacha. Nercida dijo.

-Mi hijo y tú sois buenos amigos, yo diría casi hermanos ¿Por qué has decidido irte?

-Llevo una búsqueda interna desde hace años. Los voy cumpliendo y deseo antes de ser un anciano encontrar lo que busco.

-¿Cuándo has decidido irte? Preguntó Hefexto.

-De aquí a unos días. Quiero despedirme de ustedes y de todos los animales, en ese tiempo.

Nercida se quedó quitando la mesa como hacía en cada comida. Salvador salió de la casa seguido de Yeray. Este dijo.

-Quiero ir contigo al monte hasta el día que decidas marcharte.

-Todos tenemos cabida en la casa de la madre naturaleza – dijo Salvador.

-¿Tiene casa la naturaleza?

-Tiene un templo muy grande que pertenece al universo.

-¿Puedes ver ese templo? – preguntó Yeray.

-Siempre que estoy en el campo, entro dentro del templo.

-¿Por qué no entro yo, que vivo en el campo desde que nací?

-Puedo asegurarte que entras, pero no lo sabes – dijo Salvador.

-¿Por qué lo sabes tú?

-Porque amo a la madre naturaleza y a todos sus hijos sin excepción.

-¿Te refieres a los animales?

-A ellos y a nosotros los humanos.

-Me gustaría entenderte, y me gustaría también amar a los animales cómo tú los amas. Pero eso no me lo han enseñado mis padres, ellos tampoco lo saben – dijo Yeray.

-No es cuestión de que alguien nos lo enseñe. Quién somos de esta manera, al nacer nos acompaña un duende, él nos dice lo que está bien o mal, y cuando dejamos la tierra, el duende hace el regreso con cada uno de nosotros.

-¿Has visto al duende? – preguntó Yeray.

-Es invisible, no se deja ver, pero el que lo tiene sabe que es su ángel guardián. Su compañero inseparable. Da bondad, amor y sabiduría.

-Dicen que todos tenemos un ángel guardián, entonces todos tenemos el genio del que me hablas – dijo Yeray.

-Es cierto que todos tenemos ese ángel que nos acompaña – dijo Salvador – Pero el genio es parte de ese ángel, es el que enseña. Se

Compones de dos partes, una parte da amor y la otra sabiduría. La mayoría de los humanos buscan el amor, y la otra parte que es menos, la sabiduría. El ángel al ser tan generoso da a cada uno lo que más le interesa.

-¿Dices que tus padres no te han enseñado nada de esto? – Yeray preguntó - ¿De qué lo sabes?

-Tuve un maestro espiritual a la edad de quince años, era muy sabio. Él recibía en su casa a gente que lo buscaban para que les diera solución a sus problemas. Los que buscaban el amor les enseñaba la mejor manera de amar. Unos pocos jóvenes y yo buscábamos el entendimiento por mediación de la sabiduría.

-Él hacía lo mismo que el ángel guardián, a cada uno le daba lo que buscaba – dijo Yeray.

-Es cierto amigo mío. Siempre pensé que él era otro ángel – dijo Salvador.

-¿Qué decían tus padres de todo esto?

-No les daban importancia, ni siquiera me preguntaban de dónde venía por la noche.

-Antes de que te vayas quiero que me enseñes hacer esa meditación que tú hace ¿Es un rezo? - Yeray preguntó.

-No se trata de rezar cómo mucha gente hace. Lo que más llega al dios y a la diosa del universo es que la mente de los humanos se una con la mente universal.

-¿Por qué dices dios y diosa universal?

-Porque son los dos pilares que sostienen el universo. Dios sin la diosa no hubiese podido crear el universo ni todos los planetas y estrellas que lo habitan.

-Salvador, hace año y medio que vives con nosotros, de haber sabido de la manera que eres y que piensas, tú hubiese sido mi maestro. Siempre te recordaré con mucho cariño – dijo Yeray - ¿No piensas casarte un día? ¿No te interesa conocer también el amor?

-Si en mi camino se cruza una mujer que haga lo que yo hago, que ame a la madre naturaleza cómo yo la amo y a todos sus hijos, la cogeré por esposa.

-¿Es fácil que eso ocurra? – preguntó Yeray.

-Puede ocurrir pero no es sencillo. Aunque parezca que somos iguales, no lo somos. Ella pensará de una manera y yo de otra, aunque estemos en el mismo camino. Pueden surgir desavenencias entre los dos. Luego llegan los hijos, necesitan toda la atención de sus padres. Entonces todo el fuego sagrado que hay dentro, se va apagando sin que nos demos cuenta – dijo Salvador.

-Los hijos son una bendición de dios ¿Sabías eso? – dijo Yeray.

-Es cierto lo que dices, pero yo lo dejo para quién no busque ni ande en el camino que voy. Ante todo mi deseo es encontrar el SANTO GRIAL, después pueden venir otras cosas que yo no esperaba. Esa es mi meta.

CAPITULO 22

Se había hecho tarde en el monte. A la mañana siguiente tenían que levantarse temprano para empezar el trabajo de cada día. Bajaron del monte con el acompañamiento de algunos grillos anunciando que al amanecer haría un día caluroso. Aunque de día hiciera calor, de noche hacía frío.

Salvador sacaba los animales del establo, se fijaba en la granja que había más cerca y sobre todo por si veía a la dulce Dafne. Era una pequeña diosa terrenal. Tanto él como ella trataban encontrarse con la mirada y con la sonrisa. Salvador sabía que ella nunca sería para él y daba gracias porque así no fuera.

Él ya estaba preparando la ida, lo sentía mucho por la familia que lo había acogido, pero tenía que seguir su camino, y lo haría hasta el final, hasta que encontrara lo que iba buscando.

Una noche cenando, Hefexto puso sobre la mesa una cantidad de billetes. Miró a Salvador y dijo.

-Esto es por el tiempo que has estado trabajando para nosotros. Este dinero lo vas a necesitar.

-Es usted muy bueno Hefexto, siempre les estaré agradecido por lo bien que se han portado conmigo.

-Bueno, sólo queremos que te acuerdes de nosotros y que si decides volver, aquí tienes una familia.

-Mañana al amanecer saldré de aquí, y emprenderé el camino hacia otro lugar.

¿Ya sabes a dónde quieres ir? – Preguntó Hefexto.

-Quiero llegar a la ciudad de Jerusalén.

-¿Eso está lejos de aquí?

-Sí.

-¿Tienes familia en ese lugar?

-No.

-Bueno, eres un trota mundos, cuando tengas mi edad, pararas.

-Eso espero – dijo Salvador.

Estuvieron los cuatro hasta la madrugada contando cosas que habían pasado. Lo hicieron para estar más tiempos juntos. Ya tarde se fueron a dormir.

Salvador a las seis de la mañana se levantó, se aseó, y se preparó para marcharse. Nercida estaba preparando el desayuno para que esa primera comida la hicieran juntos.

La despedida fue normal. Yeray acompañó a Salvador hasta un trozo de camino, este dijo.

-Hasta pronto amigo mío. Espero que otro día podamos encontrarnos de nuevo, y espero que ya tengas una esposa e hijos. Ese es el deseo de tus padres.

-Es posible que tú te cases antes que yo. Por los caminos también se conoce a gente – dijo Yeray – Yo no me muevo de la granja, no tengo tantas posibilidades como tú.

-Un abrazo amigo mío. Si vuelvo por este camino pasaré para estar unos días con vosotros.

-Qué todo te vaya bien, y que encuentres el SANTO GRIAL – dijo Yeray.

-Que el dios y la diosa del universo te escuchen – Dijo Salvador – En el fondo tengo un poco de miedo a encontrarlo.

-¿Sabes dónde guardarlo?

-No, pero ya encontraré un lugar entre la ropa que llevo puesta.

-¿Por qué has elegido ir a Jerusalén?

-Jesús eligió esa ciudad para compartirla con sus discípulos y discípulas en su última cena, es más fácil encontrarlo allí, que no en otro lugar – dijo Salvador.

Los dos amigos se despidieron y cada uno cogió su camino.

Salvador llevaba muchas ilusiones de poder encontrar lo que iba buscando desde hacía años. No tenía prisa en llegar, iría a su manera, cómo cada año hizo el sendero que recorrió. Había andado todo el día, no sentía los pies. Al llegar la noche se quedó a pasarla debajo de un árbol. Le gustaba ese lugar para dormir, era su preferido.

Al amanecer lo despertó el trino de los pájaros. Hacía un día bueno, prometía para que los senderistas disfrutaran del camino. El alimento que tomaba era los frutos que iba encontrando.

Esa mañana, Salvador buscaba un río, necesitaba beber mucha agua y lavarse. Nercida le había dado un trozo de jabón que ella hacía y que él se lo había pedido. Ya tenía para un tiempo lavarse y lavar la ropa que

Llevaba puesta. Bajó una pendiente al oír el mormullo de agua que bajaba de la montaña. Era precioso ese lugar, verde y lleno de pinos. Las mariposas volaban con gracia parándose en las flores y alimentándose de su néctar.

El agua estaba fresca, bebió y se sentó en el borde del río con los pies dentro del agua. El sol estaba arriba, ya calentaba lo suficiente.

Salvador encontró ese lugar lleno de encanto y de misterio. Se puso de pie y se calzó. Era posible que ahí pudiera estar lo que buscaba. Poca gente llegaba hasta ese lugar casi escondido. Se puso a caminar río arriba, quería llegar hasta la montaña tremendamente grande y misteriosa. Según iba subiendo, la montaña se hacía más grande, más alta. Ya le quedaba poco para llegar a ella. De pronto vio un perro de raza mastín que iba corriendo en dirección a él. Era una bella criatura, de pelo dorado con unas manchas marrones. El animal empezó a ladrar. Cuando ya estaba cerca, Salvador acostumbrado a

Estar con los animales, sé quedó quieto hasta ver el animal qué decidía hacer. Se paró a sus pies sin parar de ladrar. Salvador le habló.

-¡Tranquilo! ¿Está cuidando de tus amos?

Un hombre de mediana edad vino al encuentro. Vestía con túnica color tostado y de tela de saco. Este dijo.

-No hace nada, sólo ladra. Aunque lo veas tan grande que parece que va a morder, es manso cómo un cordero.

-Es hermoso este animal ¿Cómo se llama?

-Alma, es una hembra ¿Qué te trae por estos parajes?

-Soy senderista, me he desviado del camino al ver este lugar maravilloso ¿Vives aquí con Alma?

-Desde hace cinco años, ella era un cachorro precioso. Decidí irme de la ciudad, ese lugar no es bueno, siempre pagando

Impuestos y facturas. Todo lo que ganaba lo tenía que dar, y me queda a finales de mes sin nada. Aquí vivo bien, como lo que la naturaleza ofrece y bebo agua sana y de buen sabor que nos da este río.

-Es inteligente lo que has hecho – dijo Salvador – Yo también me he escapado de la ciudad y hago senderismo ¿Tienes hijos?

-Tengo tres, pero ya son mayores y están casados. Mi esposa hace diez años que murió, y al morir ella pensé más tarde en vivir en la naturaleza. Más tarde salí de mi casa con la compañía de Alma. Mis hijos me decían que estaba loco por querer vivir a mi edad en la naturaleza.

-¿Ellos no han visitado este encantador lugar?

-Sólo les interesa la ciudad y las cosas que hay en ella.

-No nos hemos presentado. Yo me llamo Salvador.

CAPITULO 23

El hombre no respondió al instante, pasado dos minutos dijo.

-Yo me llamo, Anexo ¿Qué haces en este lugar tan alejado?

-Los pies me han traído hasta aquí, dejen que me lleven a donde quieran quedarse.

-¿Te vas a quedar tiempo aquí o continúas el camino?

-Es un lugar precioso, voy a quedarme unos días – dijo Salvador.

-Entonces ven conmigo a que conozcas mi pequeña guarida – dijo Anexo con una sonrisa.

Los dos hombres seguidos de Alma subieron río arriba. En la entrada de una cueva se pararon. Anexo dijo.

-Aquí tengo mi pequeña vivienda, la

Comparto con mi compañera inseparable Alma. También hay sitio para ti aunque te quedes por mucho tiempo.

-No tanto, unos días es suficiente para descansar en esta belleza que la madre naturaleza ha regalado – dijo Salvador.

-Entra en mi guarida como yo la llamo, para que te enseñe mi morada – dijo Anexo riendo.

La cueva era algo grande, larga y ancha. Había un sitio hecho con piedras para encender una hoguera y calentarse en las noches de frío invierno. En otro lado había una cama hecha de hojas verdes y secas de árbol. Allí dormían Anexo y Alma. También una piedra grande y llana, era dónde se sentaba Anexo. Después de enseñarle la cueva, él dijo.

-Es tan comfortable cómo un hotel de cinco estrellas, no tiene nada que envidiarle, y también el paisaje es precioso. El único ruido que hay es el que hace el agua al salir de la

Montaña, y por la mañana, tengo el despertador de los pájaros con sus trinos. Alma se levanta antes que yo, sale de la cueva para ver amanecer el día.

-Me gustaría compartir este hotel contigo y con Alma – dijo Salvador medio en broma.

-Entonces vamos a coger hojas grandes de árbol para prepararte la cama – dijo Anexo.

-¿De qué os alimentáis?

-Al otro lado del río hay un bosque, está lleno de árboles frutales salvajes. También saco del río algún pez, lo aso en la hoguera y lo comparto con mi compañera Alma.

-Estás haciendo una vida primitiva – dijo Salvador – Me gustaría un día también hacerla yo, y vivir en un lugar como este.

-¿Qué te lo impide para que lo hagas? Eres un hombre solitario y aventurero, y sin esposa. La carga que tienes es mínima ¿Por qué no lo haces ahora y te quedas aquí?

-Estoy de paso. Ya te has dado cuenta de que soy aventurero, pero tengo una razón de serlo – dijo Salvador.

-¿Te has quedado sin esposa y sin hijos?

-Nunca he tenido esposa ni hijos, la razón es otra.

-¿Es secreto y no lo quieres decir? – preguntó Anexo.

-No tiene secreto lo que yo busco, aunque sí es difícil de encontrar.

Anexo miraba a Salvador tratando de conocer sus más íntimos secretos, no era fácil entrar y buscar lo que guardaba en su interior. Tenía un caparazón que no dejaba que los demás hurgaran en sus más profundas intimidades.

-Vamos a buscar hojas grandes para que te hagas tu cama – dijo Anexo - ¿A dónde has dormido esta noche?

-A los pies de un grueso árbol.

-¿Hace tiempo que duermes de esa manera?

-Desde hace unas noches. Vengo de estar en una granja con una familia buena y respetable. He vivido en casa de ellos año y medio. Como ya ve, he cogido algunos kilos de más.

-¿Has llevado con ellos una buena vida? – Preguntó Anexo.

-He trabajado mucho con los animales y en el campo, pero sí puedo decir que he tenido una vida buena. Ellos han sido lo mejor que se puede decir.

-¿Por qué lo has dejado?

-Intento legar a Jerusalén – dijo Salvador.

-¿Qué vas hacer en esa ciudad tan grande y de tanta multitud? Es posible que no lo quieras decir porque es parte tu misterio ¿Es eso?

-En parte sí y en parte no – Dijo Salvador.

-Bueno, puede que algún día me lo quieras contar. Ahora vamos a coger hojas para que te hagas tu cama, y después iremos a coger peces para la comida. Cuando esté aquí varios días, ya no querrás irte. La vida que aquí vivo es la de un rey – dijo Anexo.

-¿Suele venir gente por aquí? – preguntó Salvador.

-Algunos senderistas de vez en cuando. Se quedan un par de días y después se van.

Salvador, Anexo y Alma fueron hasta unos árboles y cogieron hojas suficientes para que Salvador hiciera su cama dentro de la cueva. Ya hecha se encaminaron hacia el otro lado del río para coger fruta salvaje. Era una vida primitiva y bastante buena. Para hacer el cruce del río tenían que bajar hasta dónde cubría poco. Allí había un bosque frondoso y lleno de árboles frutales. Había de toda clase de fruta que se pueda encontrar. Estaba deliciosa.

La noche trascurrió hablando. Anexo contó cosas ocurridas que le sucedieron cuando vivía en la ciudad. Salvador hizo lo mismo. Los dos tenían mucho que contar.

El amanecer era precioso. Alma era la primera en salir de la cueva. Lo primero que hacía era ir al río y beber agua, después ladraba a las aves tempraneras, era una manera de hablar con ellas, se conocían de cada mañana hacer lo mismo.

Salvador no sabía los días que iba a estar en ese lugar de tanta belleza, tenía que aprovechar todo lo que pudiera antes de partir. Anexo quería retenerlo todo el tiempo posible, era un compañero perfecto, entre los dos tenían temas para hablar y los días pasaban rápidos de esa manera.

Habían ido a coger leña al bosque. Anexo preguntó.

-¿Qué motivo te ha traído hasta aquí? Estoy seguro que hay uno.

-Pronto va hacer cuatro años que estoy en el camino, busco por todos lado y rincones el SANTO GRIAL, cuando creo que ese es el lugar, no es así. Llevan siglos buscándolo sin resultado, pero algo me dice en mi interior que lo encontraré.

Anexo sonrió, luego dijo.

-Los dos primeros años de salir de mi casa acompañado de Alma, los dediqué a la misma búsqueda. A mí también me inquieta saber dónde debe encontrarse. Después de ese tiempo abandoné la idea, ya me estaba haciendo mayor cómo para ir con Alma de un lugar para otro. Después encontré este lugar encantador y aquí me quedé.

-¿Te faltó valor para continuar? – preguntó Salvador.

-Sobre todo me faltaron fuerzas, tengo sesenta y cinco años. Lo pensé mejor y me quedé aquí.

-Yo voy a continuar hasta el final, y creo que lo encontraré.

-¿Por qué estás tan seguro? – preguntó Anexo – Durante siglos lo han estado buscando y nadie ha dicho que lo hayan encontrado. Han hecho un cáliz representando el auténtico dónde Jesús bebió, pero todo son fantasías para desviar a los buscadores del camino.

-Lo mío no va a ser una fantasía, voy a dedicar mi vida a esta labor extraordinaria que tanto me intriga.

-Han construido cáliz llenos de pedrerías, verdaderas joyas, pero no hay que fiarse.

-Jesús no bebió en una copa llena de piedras preciosas – dijo Salvador – estoy seguro que era una copa sencilla y de un mineral también de la misma manera.

-¿Qué te hace pensar en eso? Podría ser, al tratarse del hijo de dios – dijo Anexo.

-Jesús no iba a consentir beber en una copa

Lujosa, mientras que sus apóstoles hombres y mujeres bebían en copas sencillas y modestas. Todo son leyendas escritas para que los buscadores lo crean. Aunque yo soy buscador, no creo nada de lo que está escrito – dijo Salvador.

-¿Crees que en la última cena habían hombres y mujeres? – preguntó Anexo.

-Estoy seguro. Jesús sabía que esa noche los soldados lo iban a detener, y quiso cenar con todos juntos, era un regalo que quiso hacerles. También estaba su madre, esto no se menciona en las escrituras ¿Cómo se puede entender que María no pasara la última noche al lado de su hijo? Yo no lo creo – dijo Salvador.

-¿Entonces todo este tiempo nos han estado engañando? Todo lo hemos creído como si fuera verdad.

-Jesús decía – El que tenga oídos que oiga y el que tiene ojos que vea – dijo Salvador – Esto nos hace entender que sólo nos guiamos por

Lo que vemos y oímos. Todo lo quieren adornar para que resulte más bonito y que de esa manera se crea lo que dicen.

-Nos han mostrado a un hijo de dios con doce apóstoles, todos hombres, de las mujeres no hablan, ni siquiera esa noche, la madre de Jesús la mencionan – dijo Anexo.

-Todo lo que está escrito es machista, lo hicieron para la conveniencia de los mandatarios religiosos, para que nos fijáramos y escucháramos lo que ellos dicen – dijo Salvador.

-Siempre he pensado lo mismo que tú. Es por esa razón y otras que dejé de buscar. Ahora vivo en este lugar lleno de paz y alejado del mundo, de aquí ya no me muevo – dijo Anexo.

-Esa no es razón para que no sigas buscando. Precisamente es conveniente que se busque más hasta que se encuentre la verdad.

-Ya tengo años para seguir en ese camino.

Tú eres joven y prometes la búsqueda, me he dado cuenta que eres perseverante en lo que te gusta – dijo Anexo.

-Persevero en lo que es la vida de Jesús. No hay que dejarlo de lado y no hay que creer que él era machista. Adoraba a las mujeres, tenía preferencia con ellas, las amaba y las respetaba. No podía ser de otra manera siendo el hijo de dios – dijo Salvador – Nos han vendido un Jesús que castigaba. Nada de eso es cierto, está lejos de la realidad. Los apóstoles si eran de esa manera de pensar y así lo escribieron. Sentían celos de que Jesús mirara a las mujeres de diferente manera que a ellos. Sobre todo que las mujeres estaban mal vistas entre los hombres si no llevaban el rostro tapado, la mujer que se lo destapaba porque de esa manera se encontraba mejor, decían de ella que era prostituta.

-Eran otros tiempos – dijo Anexo.

-Los tiempos no han cambiado, todavía

Hoy en día, las mujeres que no llevan el orden de lo que el hombre dice, está mal visto, no la admiten y se ven rechazadas por ese mundo machista – dijo Salvador.

-Creo que todos los hombres lo somos unos más y otros menos – contestó Anexo – yo quise mucho a mi mujer, pero tenía que ponerse para salir, lo que a mí más me gustaba. Eso es machismo.

-Es cierto, es por esa razón y por otras que no quiero conquistar a ninguna mujer. Puede que me salga la vena del machismo, no quiero hacerles daño por nada del mundo. Yo amo a las mujeres, no cómo Jesús las amaba porque no puedo ponerme en su lugar – dijo Salvador.

-Tienes razón, eres generoso por tu parte, pero no puedes disfrutar de sus encantos ni de sus caricias. Yo echo mucho de menos a mi mujer. Cuando ella murió, me quedé solo y desamparado. Tengo a mis hijos pero no es lo mismo – dijo Anexo.

CAPITULO 24

Salvador hacía un mes que estaba en ese lugar privilegiado, aunque era hermoso tenía que seguir su camino. Una mañana se despidió de Anexo y se fue por el camino del río abajo. Alma lo acompañó un trecho, el animal se había encariñado con él y estaba triste de que se fuera y los dejara. También Salvador los iba a echar mucho de menos a ellos dos, se había encariñado con Alma, era buena y cariñosa. Cuando ya estaba lejos de la cueva, él le dio una orden para que volviera con su amo.

Salvador volvió de nuevo a encontrarse en el camino que había emprendido hacía un mes. Iba lleno de satisfacción por lo vivido en ese tiempo en la cueva con Anexo y Alma, realmente era un alma preciosa, tenía suerte de vivir con su amo y en ese lugar de sueños. Ya estaba otra vez caminando por el bosque.

Después de un día andando sin parar, le llegó el cansancio. La noche estaba llegando y buscó un lugar para descansar y dormir. Su preferencia era un grueso y espeso árbol, cobijaba del frío y de la lluvia. Se quedó pronto dormido. Esa noche tuvo un sueño – Había llegado a Jerusalén, tenía ganas en ese lugar encontrar el SANTO GRIAL. Era una ciudad maravillosa, dorada y llena de luz. Estuvo paseando por ella como un turista más.

Al despertarse vio que estaba amaneciendo. Pensó en el sueño que había tenido, todo era referente a las ganas que tenía de llegar a la ciudad de Jerusalén y buscar allí lo que iba buscando.

Todavía no se había levantado del suelo y escuchó el galopar de un caballo, se puso de pie y salió a ver quién montaba el caballo con tanta fuerza. Ya estaba cerca y vio que se trataba de un hombre más joven que él. Se puso delante y extendió las manos para que parara. El jinete así lo hizo. Bajó del caballo

Y fue a ponerse frente a Salvador, él preguntó.

-¿Muchacho a dónde vas tan aprisa? ¿No te das cuenta el trote que le estás dando a tu pobre caballo?

-Para eso está, es un caballo – respondió el joven – Tú que haces durmiendo debajo de ese árbol ¿Eres mendigo?

-No lo soy, voy de camino y me he parado a dormir aquí.

-Si me dices a dónde vas, es posible que yo te lleve – dijo el joven.

-A dónde voy no tengo prisa en llegar – dijo Salvador – Tengo todo mi tiempo.

-Me doy cuenta que eres arrogante, todo eso no sirve cuando se trata de llegar al sitio que has elegido.

-La arrogancia no es mi condición – dijo Salvador – Perdona sí piensas que tengo esa mala costumbre, no me doy cuenta. Acabo de despertarme y me has cogido con el cuerpo

Frio. Tengo gran cariño a los caballos, aparte de tener belleza son fieles amigos.

-Se nota que has tenido caballos y que sabes cómo son – dijo el joven.

-No los he tenido, pero soy amante de los animales y sé cuándo están cansados, tú caballo está rendido. Es mejor que lo pongas a que coma hierba y a que descanse.

-Tienes razón, salí de mi casa antes de que amaneciera, y de esto ya hace dos horas.

El joven quitó la montura de su caballo y lo dejó suelto para que comiera y descansara. Seguidamente fue a encontrar a Salvador. Él le gustaba, era hombre sensible y de gran caridad para los animales. Un hombre así, nunca podría defraudar a nadie.

-¿A dónde has aprendido todo eso?

-¿A qué te refieres? – preguntó Salvador.

-Al amor que tienes hacia los animales.

-Nadie me lo ha enseñado. Creo que es un don con el que se nace y que se trae al nacer, es un regalo de dios y de la diosa del universo.

El joven miraba detenida mente a Salvador, lo observaba. Después preguntó.

-¿Nadie te ha enseñado ese don que tú dices que tienes?

-Aunque no lo creas es así. Mi familia quieren a su perro o gato, pero a partir de eso, los animales no les interesan, si sufren de frio o de hambre, dicen – ¡Pobre animal! Pero no van a socorrerlos ni a darles cobijo. Eso no es amarlos – dijo Salvador.

-No me has dicho a dónde te diriges – dijo el joven.

-Quiero llegar a Jerusalén, pero no tengo prisa.

-¿Es una promesa que estás haciendo a pie?

-No es ninguna promesa, lo hago por mí

Cuenta. Esa es la razón por la que no tengo prisa en llegar – dijo Salvador.

-Ya ve que te he hecho caso y he puesto a mi caballo a comer – dijo el joven - ¿De verdad no quieres que te deje cerca de Jerusalén?

-¿En cuánto tiempo llegaríamos?

-A galope en tres días, y normal en cinco.

-Te hago un trato para que lleguemos en cinco días – dijo Salvador.

-Estoy de acuerdo contigo. Me has tocado la fibra y ahora tendré más cuidado en no darle trote a Thek. Aunque es joven también se cansa, tiene sed y pide comida.

-Es cómo el ser humano, todos dependemos de lo mismo. A tu caballo lo has llamado Thek. Yo me llamo Salvador ¿Y tú?

-Mi nombre es Dexor. Si vamos a cabalgar durante días, es mejor que nos llamemos por nuestros nombres.

-Bien, Dexor ¿A dónde ibas?

-No llevaba puesta una meta. Tenía una novia con la que me iba a casar, ella dice que no me quiere. Hace dos días cogí mi caballo y desde entonces estoy cabalgando.

-¡Pobre Thek! ¿Por qué le haces pagar la culpa de lo que hacen las personas?

-Dices eso, porque tú no has tenido una mujer a punto de casarte con ella – dijo Dexor.

-Es cierto, pero si así fuera, no lo pagaría con un pobre animal que no tiene culpa de nada. Tendrías que darle las gracias, porque esté a tu lado y te ofrezca su lomo para llevarte a dónde quieras ir.

-Estoy avergonzado por el hecho tan ruin. Sólo he pensado en mí y no en el pobre Thek. Lo tengo desde que nació, cuando dejó su madre de amamantarlo porque no lo necesitaba, se había hecho grande. Lo he mimado mucho, ha recibido de mí besos y caricias. Él sabe por dónde estoy pasando y se hace el cargo, es mi amigo – dijo Dexor.

-Es bonito lo que dices de tu amigo fiel –
dijo Salvador.

Dexor cambió de tema y preguntó.

-¿Tienes conocidos en Jerusalén?

-No.

-¿Es por visitar el lugar donde nació y murió
Jesús?

-Algo así, pero la misión que llevo es otra.

-Te gustan los secretos, está bien si no lo
quieres decir dijo Dexor.

-No se trata de ningún secreto, muchos
antes que yo empezaron la búsqueda del
SANTO GRIAL. Nadie dice haberlo encontrado.

-¿Se trata de eso? La búsqueda tuya
también va a ser en vano. Nadie sabe dónde
está la copa dónde Jesús bebió en la última
cena. También se busca el plato donde comió.
Buscadores experimentados hicieron el camino

Hasta Jerusalén y otros lugares para encontrar una cosa u otra – dijo Dexor.

-No sabía que conocieras esta bella historia. Lo digo por los pocos años que tienes y por la vida que has tenido queriéndote casar – dijo Salvador.

-He leído mucho sobre el tema, y a parte tenía un tío mío hermano de mi madre, empleó toda su vida a esta búsqueda.

-¿Qué le ocurrió? – preguntó Salvador.

-Le gustaba mucho esta aventura, Después de muchos años buscando, volvió a casa enfermo y copo tiempo después murió. Para esta búsqueda hay que comer bien, de esa manera se está en forma ¿De qué te alimentas? – preguntó Dexor.

-De los frutos que voy encontrando en los valles y en los bosques.

-Con esa alimentación tienes vida corta. Sobre todo que vas por los caminos haga frio

Llueva o nieve. El cuerpo coge todo el daño que se le eche, y tú lo estás haciendo.

-Es difícil comer caliente en los caminos, lo más fácil es alimentarse de los frutos que encuentren. Es cierto que me han cogido días malos de frío y de lluvia, pero todavía soy joven y puedo soportarlo.

-En estos cinco o seis días que vamos a cabalgar, nos pararemos en posadas para comer y descansar. También lo necesita Thek, es el que más va a trabajar – dijo Dexor.

-Soy consciente que necesito comer fuerte pero por donde paso pocas veces hay posadas y gente amable – dijo Salvador

-Lo mismo que tú haces hacía mi tío, estaba obsesionado en la búsqueda. Solo tenía cincuenta años cuando murió. Era como tú un espíritu libre.

-Espero no correr la misma suerte que él – dijo Salvador.

CAPITULO 25

Estuvieron cabalgando seis días. Pararon a comer y a dormir en posadas. Dexor tuvo la gentileza de llegar hasta, Ma ale Adumin. Quedaba cerca de Jerusalén. Allí se despidieron. Dexor dijo.

-Espero que encuentres lo que vas buscando, y recuerda, come caliente todos los días, de esa manera estarás en forma.

-Gracias amigo mío, y recuerda tú también, que mujeres hay muchas. Estoy seguro que vas a encontrar la esposa ideal, porque te lo mereces.

-Tengo una curiosidad – dijo Dexor - ¿En qué lugar vas a buscar el SANTO GRIAL?

-Donde Jesús y sus apóstoles cenaron la última vez. También en el monte de la calavera dónde lo crucificaron. Quiero hablar con gente que buscan lo mismo que yo.

-Estoy seguro que nadie te lo va a decir. Nadie lo sabe, quién lo puede saber son los primeros cristianos, pero ellos ya no están, ni creo que quede ninguno que sea verdadero cristiano hoy en día.

-Yo me tomo por uno de ellos, esa es la razón de que vaya buscando el SANTO GRIAL.

-Te deseo suerte – dijo Dexor al despedirse.

Salvador acarició a Thek y dijo.

-Gracias amigo por llevarme subido en tu lomo.

Salvador siguió su camino por un lugar de desierto mitad y la otra mitad casas, es un pueblo cercano a Jerusalén. Llevaba muchas ilusiones puestas en lo que iba a buscar. Le quedaba de camino para llegar a Jerusalén dos o tres horas, quería llegar antes de que se hiciera de noche. Emprendía otro camino

Nuevo, tenía toda una vida por delante para encontrar lo que buscaba.

La entrada en Jerusalén fue muy emocionante, encontró gente de muchos países y de diferentes razas. Se acercó a un grupo de gente que hablaba su idioma, y preguntó.

-¿Conocen un lugar para dormir que no sea caro?

Una joven lo miró, y después dijo.

-Hay un sitio que está bien de precio, pero tiene que estar todo ocupado. Te digo dónde ir, no está lejos.

-Gracias, espero tener suerte – dijo Salvador.

-¡Dara! – Era la madre de la joven que la llamaba para que fuera a reunirse con todos ellos.

-Madre, podemos acompañar a este joven

A la posada que está arriba en el monte, viene de muy lejos.

-Tu hermano puede servirle de guía. Tú ven con nosotros, no dejes el grupo.

El hermano de Dara acompañó a Salvador hasta un monte, allí había un hostel bien de precio. Ya en la puerta se despidieron. Salvador dio las gracias por tanta gentileza.

En la entra del hostel había un pequeño jardín. La puerta estaba abierta. Salvador entró y fue a recepción. Había un hombre de mediana edad que era el propietario.

-Todo está completo dijo este, sin preguntar.

-Soy peregrino y vengo de muy lejos – dijo Salvador – solo necesito un pequeño espacio.

El propietario lo observaba con detenimiento, luego dijo.

-Arriba hay una buhardilla, No hay agua para lavarse, las duchas están aquí abajo ¿Si eso te vale?

-Por supuesto que sí.

-No hay puerta, solo una pequeña ventana que da al monte. Tampoco hay cama, sólo un colchón en el suelo, no tiene agua ni luz.

-Todo eso me vale – dijo Salvador.

-¿Vas a estar aquí muchos días?

-No lo sé – respondió Salvador.

-El desayuno es gratis. Puedes desayunar la cantidad que quieras, no hay medidas para eso.

-Gracias, lo tendré en cuenta – dijo Salvador.

-¿No llevas equipaje?

-Soy peregrino, todo peso me sobra.

-Sube hasta el segundo piso, al final del pasillo encontrarás la buhardilla.

Salvador hizo la recomendación del propietario y subió las escaleras. Al fondo del pasillo estaba la buhardilla sin puerta. Dentro había enseres que el propietario guardaba. Se echó sobre el colchón para descansar, pronto se quedó dormido. Lo despertó la voz del propietario diciendo.

-No le he hablado de precio, por supuesto no es el mismo de una habitación normal, pero tiene una tarifa si quiere que el desayuno entre. De lo contrario no le voy a cobrar nada por dormir aquí.

-Prefiero pagar lo que sea y desayunar caliente – dijo Salvador.

-Mañana pasas por recepción y hablamos, ahora ya es tarde.

-Vengo cansado de andar – dijo Salvador.

-Duerma, y mañana hablaremos.

-Gracias, y buenas noches.

-Qué descanse – le deseó el propietario.

CAPITULO 26

Salvador con el sueño y cansancio que tenía volvió a quedarse dormido. Durmió toda la noche de un tirón. Por la mañana fue a ducharse a una ducha comuna. Por lómenos había jabón y agua caliente. Entró en el comedor para desayunar. Era bufet, comió de todo lo que había. Bebió dos tazas de leche caliente. Era toda la comida que iba a ingerir en todo el día. Allí no había árboles frutales para que cogiera, el desayuno lo haría las veinticuatro horas.

Fue a recepción y pagó la cantidad que el propietario le pidió. Pagaría todas las mañanas después del desayuno. Tenía que tener cuidado de no gastar mucho. Hefexto le había dado una cantidad de dinero por haber trabajado en la granja, eso era todo lo que tenía. Esperaba encontrar otro trabajo para que pudiera pagar el desayuno de cada

Mañana. Ese día después de desayunar salió del hostel con el pensamiento puesto en el SANTO GRIAL. Fue hasta el Golgota con las mismas esperanzas. Estaba lleno de visitantes, allí era imposible llegar a encontrar lo que buscaba. De allí fue al Cenáculo, era todavía más imposible buscar. Ya cansado y con la esperanza rota, decidió irse para conocer la ciudad. Iba por una calle y escuchó el sonido de martillo golpear sobre el hierro. Fue hasta ese lugar, era una fragua. Entró y preguntó al dueño que golpeaba en el hierro caliente.

-Buenos días ¿Necesita un obrero?

El hombre dejó el martillo y preguntó.

-¿Qué sabes hacer?

-De este oficio nada, pero puedo aprender.

El herrero lo miró, después dijo.

-Para trabajar en este oficio hay que tener

Buenos músculos. Tú estás delgado no tienes muchos ¿Comes bien?

Salvador se mantuvo callado, luego dijo.

-Como siempre que puedo.

-¿Eso qué quiere decir?

-Que no siempre como una comida en condiciones. Esta mañana he desayunado bien y volveré a desayunar mañana.

-¿Dónde vives? – preguntó el herrero.

-Estoy desde anoche en un hostel. Estaré hasta que el dinero se me acabe, esa es la razón por la que busco trabajo.

-Me das pena, voy a darte trabajo para que así puedas comer todos los días ¿Te cobran mucho por la habitación?

-Sólo pago el desayuno. El hostel está al completo y no hay habitaciones.

-¿Dónde duermes?

-En la buhardilla del hostel.

-¿En una buhardilla te han metido?

-No quedaba otro sitio, y doy gracias de poder tener ese lugar para dormir por la noche. Llego rendido y me duermo enseguida.

-Te propongo algo que te puede interesar.

-¿Me propones trabajo?

-Si te interesa puedes trabajar aquí, no te voy a pagar un sueldo, este trabajo está mal pagado. A cambio, te doy una habitación en mi casa y las tres comidas – propuso el herrero.

-Me interesa, lo acepto – dijo Salvador.

-¿Qué has venido hacer en Jerusalén?

-Hace años que voy buscando el SANTO GRIAL, todavía no lo he encontrado. Mi corazón me ha mandado hasta aquí.

-Muchos son los que han llegado aquí buscando lo mismo, no conozco a nadie que diga haberlo encontrado – dijo el herrero.

-El corazón me dice que siga buscando, y que lo encontraré.

-Si eso fuera así, ya habría alguien que lo habría encontrado. Han pasado muchos siglos desde que ocurrió la última cena de Jesús. La historia dice que después de la última cena, Jesús le entregó la copa a su amigo José de Arimatea para que la guardara.

-No es posible que Jesús hiciera tal cosa, y aun sabiendo que esa noche los soldados lo iban a prender. Todo quedó sobre la mesa, platos, copas y restos de comida – dijo Salvador.

-¿En qué te vasas para afirmarlo?

-Me lo dice el corazón y el corazón no engaña.

-¿Cómo te llamas?

-Salvador.

-Yo Eliah. Ya te he dicho que te cojo para trabajar pero con esa condición ¿Qué dices?

-Acepto, por lo menos tendré una habitación y comida caliente todos los días.

-Mi esposa Naunet guisa muy bien. Te van a gustar sus guisos, necesitas engordar y sobre todo echas músculos – dijo Eliah.

-¿Cuándo quieres que empiece?

-Ve a buscar tus enseres al hostal, y esta noche te quedas a dormir en mi casa.

-Todo lo que tengo lo llevo conmigo – dijo Salvador.

-Pues entonces te voy a enseñar a poner unas herraduras a un caballo.

A Salvador le gustaba el oficio de herrero. Pronto se incorporó al trabajo como si de siempre lo hubiese hecho. La vida en casa de Eliah era buena. Su esposa Naunet le ponía buenos platos de comida, en poco tiempo engordó y se puso fuerte. Eliah tenía dos hijas, una de veinte años y la otra de dieciocho.

Tetis era la hija mayor de Eliah. Ella desde un principio le gustaba Salvador, a cualquier mujer le podía gustar. Era sencillo y llegaba muy bien a la gente que lo conocía. Los rasgos de rostro y de cuerpo eran perfectos para gustar a una mujer. Tetis lo quería para esposo, pero él no era judío, iba a ser imposible que entre ellos hubiese una unión de hombre y mujer. Naunet se había dado cuenta y un día habló con su hija.

-Tetis, deja de pensar en Salvador, él no es de nuestra raza. No te hagas daño si piensas que un día puede ser tu esposo. De todas maneras él es un espíritu libre, hoy está aquí y mañana puede estar en otro lugar.

-¿Por qué tiene que ser los esposos de la misma raza? Dijo Tetis.

-Es mejor que sea de esa manera. Esposo y esposa tienen que ser de la misma cultura para que se entiendan, de lo contrario ella tiene el deber de obedecer a su marido, y si él le dice

De irse a vivir al país de él. Ella lo tiene que seguir y obedecer en todo. La mujer judía es sumisa, y si no lo hace, está mal vista entre la sociedad y rechazada.

Tetis siendo soltera también tenía que ser sumisa a lo que sus padres dijeran. No podía hacer otra cosa diferente ni contrariarlos, si lo hacía no era una hija ejemplar, y no quería a sus padres. Tetis tuvo que quitarse de la cabeza a Salvador. Por la noche lloraba en su dormitorio. Su hermana menor iba a consolarla. Ella entendía la posición de sus padres y la de su hermana Tetis. Pasaban horas dialogando sobre ese tema.

Naunet había enseñado a sus dos hijas a que fueran buenas esposas y buenas madres. Lo hacía cómo su madre la enseñó a ella.

Salvador ya llevaba dos años trabajando para Eliah. Le gustaba lo que hacía, y sobretodo

Había cogido cariño a su familia, se encontraba cómo en su casa. Su meta siempre era la misma llegar a encontrar el SANTO GRIAL, sabía que si se quedaba años viviendo en casa de Eliah, allí no iba a encontrar nada de eso. Hacía un tiempo que pensaba decirle que se iba, para seguir buscando en otros caminos.

Eliah por su parte también pensaba que un día le diría que se quería marchar. Él dijo.

-Salvador, llevas un tiempo trabajando para mí. El negocio va cada vez mejor y he pensado darte un salario, no es mucho, pero si por el esfuerzo que has hecho para que esto siga adelante. Sé que un día nos vas a dejar y te irás para otras tierras. Necesitas una parte económica para que te ayude.

-Eliah, siempre has sido bueno y justo conmigo, te estoy agradecido por todo lo que has hecho por mí.

-Ha sido mi deber como hermano, tú también lo habrías hecho por mí.

CAPITULO 27

De los dos años que llevo aquí, me conoces bien – dijo Salvador – siempre te estaré agradecido por todo el bien que me has hecho.

-¿Has pensado irte pronto?

-Aunque pena me hace decírtelo, sí. Mi lugar no está aquí ni allí, soy cómo el viento, nunca sabe dónde ir – dijo Salvador.

-Yo a la edad de diecisiete años, era un espíritu inquieto. Di problemas a mis padres a causa de eso. Más tarde me casé con mi esposa Naunet, y seguidamente vinieron mis hijas. Me tranquilicé, pero todavía tengo el gusanillo vivo – dijo Eliah.

-¿A dónde conociste a tu esposa?

-Sus padres eran amigos de los míos, ellos alinearon nuestro casamiento. Aquí en Israel se hace de esa manera. No es permitido casarse un judío con una mujer que no lo sea.

-¿Es una tradición? – preguntó Salvador.

-Es para mantener pura la raza.

-Si alguno de tu raza contrae matrimonio con otra que no lo es ¿Qué sucede?

-Depende de la mentalidad de los padres. Sí son abiertos a otras razas cosa que es casi imposible, dan el visto bueno para que contraigan matrimonio. De lo contrario, se llevarían un gran disgusto, y puede que renieguen de la hija o hijo.

-¿Es la religión que lo exige?

-La religión y la sociedad. Ahora la mentalidad está más abierta, eso es lo que se dice, pero no quisieran que le tocara a uno de ellos. Esto los hijos lo saben, y procuran no dar disgustos a sus padres – dijo Eliah.

-Si uno se enamora de otro que no es judío ¿Qué ocurre? – preguntó Salvador.

-Se ha dado el caso. El amor lo llevan en secreto, pero más pronto o más tarde, se sabe.

-Eso no es justo. El amor es lo más bello que un hombre y una mujer pueden crear. De lo contrario se les sacrifican a ser infelices para toda la vida – dijo Salvador.

-Sí lo miras por ese lado sí. Pero cuando el hombre muestra su cariño y amor a su esposa, ya todo cambia. Mis padres cuando se casaron no se conocían, todo fue apañado por los padres de ellos. Mis padres fueron felices y lo siguen siendo.

-Eliah ¿Crees en el amor?

-Amor, lo que se dice amor a primera vista no. Dios nos ha dotado de sentimientos espirituales para que los hagan servir el esposo y la esposa. El matrimonio es un convenio espiritual – dijo Eliah.

-Poca gente aplica estos sentimientos espirituales. De dónde yo vengo no. El amor lo tienen cómo una palabra más de sus vocabularios. Todo en el otro lado es diferente, parece más bonito pero no lo es.

-¿Nunca te has casado? – preguntó Eliah.

-Aunque por la edad me toca, no. Estuve a punto de hacerlo pero por lo que se ve, dios y la diosa universal no lo quisieron para mí.

-¿Cuántos dioses has nombrado?

-Los dioses de la creación. El masculino sin el femenino no habría podido crear toda la belleza que vive en el universo, y en todos los planetas mencionando la tierra.

-¿Crees que necesitaron dos dioses para hacerlo? – preguntó Eliah.

-¿Tu esposa hubiera podido procrear sin ti?

-No.

-La creación deriva de eso. Padre y madre – aseguró Salvador.

-Los judíos tenemos un solo dios, padre todo poderoso, que reina en todas partes. Sé que los cristianos tenéis tres dioses, y luego se compone en uno solo. Eso yo nunca lo he comprendido ¿Lo entiendes tú?

-Tampoco, y creo que nadie. Pero de lo que sí estoy seguro, es de padre y madre. Es lo que más se acerca al ser humano. Dios nos hizo a su imagen ¿No es cierto?

-Eso dicen los libros sagrados, hay que creerlos – dijo Eliah.

Salvador cambió de tema y dijo.

-Mañana voy al monte de los olivos. Aunque sé que no voy allí a encontrar nada de lo que busco, pero es el lugar que me queda por visitar.

-Durante siglos han estado aquí los caballeros de la mesa redonda para encontrar el SANTO GRIAL, ellos eran hábiles y estaban entrenados en la búsqueda, y no lo lograron. Volvían al castillo desolados. Más tarde lo hicieron los templarios. Unos decían haberlo encontrado. Llevaban una copa decorada de piedras preciosas – dijo Eliah.

-Esa no es la copa en la que Jesús bebió. Su humildad no lo hubiera consentido. Su copa debía de ser sencilla y humilde como él.

-En eso estoy de acuerdo contigo. Yo soy judío y no cristiano, pero mi idea me dice que es lógico que pienses de esa manera, sobre todo tratándose de Jesús. El mundo está muy confundido. Piensan que mostrando una copa decorada con piedras preciosas, engañan a la gente – dijo Eliah.

-Te metes bien en lo que a Jesús se trata.

-Es el turismo que llega de todas partes. Ellos hablan sobre la vida de Jesús, y sobre el SANTO GRIAL. Aquí también se habla de todo eso.

-Mañana te diré lo que he encontrado en el monte de los olivos – dijo Salvador – Voy a quedarme allí todo el día meditando, voy hacer cómo Jesús hacía, para que me inspire en mi misión. Necesito hacerlo. Necesito hablar con Jesús y contarle lo que me ocurre.

CAPITULO 28

Salvador se levantó al clarear el día. Se encaminó hacia el monte de los olivos. Tenía un buen trecho para andar. Al llegar ya había gente y autocares abajo parados. Se dio cuenta que este no era el lugar para encontrar lo que buscaba desde hacía años. Todo se había convertido en turismo, en gente fiel que prendía estar en el lugar dónde Jesús estuvo años de su vida. Estuvo visitando ese lugar sagrado que según la biblia dice, iba para orar.

La gente sacaba fotos de ese lugar, lo hacían con respeto para llevarse un recuerdo del monte de los olivo. Un joven se acercó a él y le preguntó.

-¿No es la primera vez que vienes aquí?

-Sí es la primera – contestó Salvador - ¿Por qué lo preguntas?

-Me ha parecido que este lugar lo conoces

De otras veces. Andas por el monte de los olivos cómo si otras veces hubieses estado. Para mí es la primera vez, y estoy encantado de la belleza que estoy descubriendo.

-Todo está arreglado para que la gente que lo visita lo encuentre bello, pero estoy seguro que en tiempos de Jesús, no era así. Todo debía estar auténtico y salvaje. Saben sacarle rendimiento – dijo Salvador.

-Los que seguimos los pasos de Jesús, lo vemos cómo algo normal. El lugar con el tiempo se va deteriorando si no se cuida ¿Sigues el camino de Jesús? – preguntó el joven.

-Desde hace años estoy en la búsqueda del SANTO GRIAL. He andado por diferentes caminos pero todo me lleva a que sigo sin encontrar nada.

-Yo quería hacer lo mismo que tú, pero mis padres me quitaron la idea de la cabeza. Me decían que me iba a volver loco, cómo le

Sucedieron a tantos y tantos que se echaron al camino, y después de estar años buscando, tuvieron que rendirse por no haber encontrado nada – dijo el joven.

-Yo no me voy a rendir – dijo Salvador – No me importa estar los años que me queden de vida buscando hasta que encuentre.

-Tienes fe, eso es bueno, pero estoy seguro que no vas a encontrar nada. La orden templaría, también se echaron a los caminos buscando el SANTO GRIAL entre otras cosas. Del camino se desviaron al ver que no encontraban nada de lo que buscaban – dijo el joven.

-Ellos sobretodo se echaron a los caminos para proteger la vida de los cristianos que iban a Jerusalén – dijo Salvador.

-Eso dice la historia, pero la verdad de todo aparte de eso, estaba en buscar lo más sagrado que Jesús dejó en la tierra. Ellos tenían obediencia de silencio para no revelarlo. Esta

Orden que estaba dada a la fidelidad de Jesucristo, lo iban buscando sin mediar palabra. Esperaban encontrarlo para esconderlo dentro de la orden – afirmó el joven - Ellos eran expertos en la búsqueda, igual que los caballeros del rey Arturo. Ninguno encontró nada. Todo lo que se ha dicho que si habían encontrado la copa dónde Jesús bebió, es falso. Unos la muestran como una joya valiosa de pedrerías, otros como una copa sencilla y humilde, pero nada de eso es verdad.

-Todos tenemos derecho a buscar la verdad, es por esa razón que la estoy buscando. Sé que es como buscar una aguja en un pajar. Pero tengo todo mi tiempo para buscar – dijo Salvador – No sé si voy hacer como los templarios. Ellos no querían saber nada con el papa, eran contrarios unos con otros. Es por esa razón que la inquisición los arrestó y los obligaron a confesar bajo tortura. En 1307 los condenaron a morir en la hoguera, no quedó ninguno.

El joven miró la hora en su reloj de pulsera y dijo.

-Te invito a tomar un desayuno en condiciones, tenemos que reponer fuerzas.

-Todo aquí está preparado y arreglado para que los visitantes se vayan de Jerusalén satisfechos – dijo Salvador.

-¿Hace tiempo que has llegado? – preguntó el joven.

-Dos años.

-¿Vives en Jerusalén?

-Sí, en casa de una familia muy buena que me ha dado cobijo en su casa.

-¿Trabajas en algo? – preguntó el joven.

-Trabajo con el cabeza de familia en una fragua que tiene – dijo Salvador.

-¿Te paga bien?

-Es una familia humilde de pocos recursos. Yo me siento feliz si no me pagara nada, pero el bueno de Eliah quiere darme un salario aunque no es grande – dijo Salvador – Sabe de mi búsqueda y quiere recompensarme.

-Yo me voy dentro de unos días, me incorporo en mi trabajo dentro de una semana.

-¿Has venido solo? – preguntó Salvador.

-Sí. Ya hace años que quería hacer este viaje a tierra santa – dijo el joven.

-Te acompaño a tomar ese desayuno, luego quiero volver aquí para hacer meditación. Quiero saber lo que se siente en este lugar – dijo Salvador.

-¿Haces meditación a menudo?

-Todos los días, mañana y noche – dijo Salvador.

-Me gustaría tenerte como amigo, y hablar contigo de cosas que no puedo hablar con otras personas.

-Es posible que me vaya pronto de Jerusalén – anunció Salvador.

-¿A dónde irás?

-A donde los pies me lleven. Tengo esa filosofía, nunca me ha fallado.

-Es interesante, yo también la voy aplicar, de esa manera conoceré otros lugares y otra gente – dijo el joven.

Los dos fueron a desayunar, invitó el joven. Después se despidieron y Salvador volvió al monte de los olivo.

Real mente habían olivos. Iba mirando en cuál de ellos habría hecho oración Jesús. Eran todos casi iguales. Uno de ellos le llamó la atención y fue a ponerse a los pies del olivo, se quedó de pie y puso la mente en dios padre y en la diosa madre. Una voz que venía de él de su corazón dijo.

-No olvides nada y pon atención a todo.

CAPITULO 29

Salvador estaba meditando, la mente la tenía puesta en el universo. Escuchó hablar voces de hombres y de mujeres, levantó la cabeza y miró. Eran jóvenes de ambos sexos, se habían quedado parados viendo cómo él meditaba, lo comentaban entre ellos. Todos eran visitantes curiosos. Salvador levantó la cabeza y les preguntó.

-¿Es la primera vez que veis a alguien unirse con el pensamiento a dios?

El guía de ellos habló y dijo.

-No tengas en cuenta lo que han dicho, es que les ha chocado verte meditar en el monte de los olivos.

-¿Estabas rezando el padre nuestro? – preguntó una joven.

-No siempre hay que rezar esa oración. La

Mente la tenemos para unirla con el creador – dijo Salvador.

-No sabemos hacerlo ¿Cómo lo haces tú? – preguntó uno de los jóvenes.

-Igual que vosotros habláis conmigo, lo podéis hacer con dios, es así de sencillo.

-No sé si haciendo eso dios me escucha.

-Lo importante es que tú te escuches y sientas las palabras fluir por todo tu ser. Entonces estás hablando con el creador – afirmó Salvador.

-Ahora lo hemos interrumpido – dijo otra joven del grupo – Pedimos que nos disculpe.

-No pasa nada, es una pausa que dios y yo hemos hecho. También a dios le gusta que se pregunte por cosas que se desconocen – dijo Salvador.

-Hablas de dios cómo si fueras tú mismo – dijo una de las jóvenes – ¿Te relacionas con el todo poderoso de esa manera?

-También tu podrías hacerlo, él quiere que no dirijamos a él cómo algo muy íntimo, cómo algo suyo.

El guía del grupo habló diciendo.

-Aquí atrás me dicen, qué palabras utilizas para dirigirte a dios. Algunos están interesados en saberlo.

-El que tenga una alegría, que se la cuente, también el que tenga una tristeza. Para una enfermedad, dios nos ayuda a encontrar la salida – dijo Salvador – El universo nos escucha, nos cuida y nos protege.

-¿Por qué el universo? – preguntó una joven.

-El universo con su bóveda nos protege y nos da cobijo. La tierra es un planeta que vive gracias al universo. Hay mil ojos que nos vigilan, tanto si hacemos algo que está bien cómo si está mal.

-Hablas mucho de la unión con el universo
¿Por qué? Preguntó un joven.

-La unión con dios y con la diosa universal,
es muy importante. Ellos mandan el aire para
que respiremos, los frutos para nuestro
alimento y el agua para la vida.

-¿Todo esto que sabes te lo han dicho dios y
la diosa universal?

-Es por mediación de la meditación, con el
pensamiento puesto en el universo. Sí alguno
de vosotros lo hacéis durante un tiempo, vais a
recoger los frutos – dijo Salvador.

-Hace algunos años que estoy meditando y
no he aprendido nada, sólo a guardar silencio –
dijo una joven.

-Está a punto de que la luz te ilumine,
después del silencio viene la palabra.

-¿A qué palabra te refieres?

-A la sabiduría. Ella ilumina nuestro caminar
por cualquier camino que se haya elegido.

El guía intervino diciendo.

-Ya es hora de que nos vallamos, y lo dejemos tranquilo con su meditación.

-¿Vives aquí en Jerusalén? – pregunto la misma joven.

-Sí.

-¿Podemos saber tu dirección para ir a visitarte antes de que nos marchemos?

El guía volvió a intervenir y dijo.

-Por hoy ya habido bastante. Hay que dejarlo que siga meditando.

-Gracias por interesaros por lo espiritual, es lo más hermoso que hay – dijo Salvador.

El grupo de jóvenes se marcharon. Salvador quedó en el silencio, y volvió a la meditación. Estuvo un rato más y seguidamente se fue a la fragua.

CAPITULO 30

Llegó para la hora de la comida. Eliah lo estaba esperando con el trabajo amontonado, él aludió preguntando.

-¿Has encontrado algo de interés para ti?

-Varías cosas. Ha sido un día bueno. No he encontrado lo que buscaba, pero sí he podido conocer a un joven interesado por el SANTO GRIAL. Hemos tenido la mañana de conversación. Después ha llegado un grupo de jóvenes, estaban interesados por la meditación. Les he enseñado a meditar.

-Creo que podrías quedarte en Jerusalén para enseñar el camino de la meditación a los visitantes – dijo Eliah.

-Me gustaría hacerlo, pero no puede ser. Dentro de poco tengo que marcharme a otras tierras.

-¿Siempre vas buscando lo mismo?

-Siempre hasta el final de mis días. El corazón me dice que lo voy a encontrar. Esta es otra clase que hay que dar para que las personas no pierdan la fe.

-¿Y si el corazón te está engañando y cuando seas mayor, no has encontrado nada?
– dijo Eliah.

-Si hablas de esa manera es porque te falta fe – dijo Salvador.

-No es de esa manera. Yo creo en el dios de Israel. Tengo toda mi fe y también mi esposa y mis dos hijas. Pero lo que no es posible, no puede ser.

-Eliah, yo te digo que te falta fe, no en tu dios, pero sí en todo lo demás que puedas hacer. La fe y la mente mueven montañas.

-Tu creencia no es la mía. Yo creo en un solo dios, tú crees en todo lo que está a tu alcance. Sé que es otra manera de creer pero no la misma. Me gustaría ser como tú, pero eso es imposible.

-¿Por qué es imposible? – preguntó Salvador.

-Yo estoy educado para creer en un solo dios. Todo lo que salga de ese círculo, es no creer en nada o casi en nada. Estoy seguro que tú eres muy creyente, me lo has demostrado con lo que estás buscando, pero es muy distinto a lo que me han enseñado mis padres. Si yo cambio o cambia una de mis hijas, eso es traición.

-Nunca las religiones se van a entender. Cada una lleva un camino diferente, pero al final, todo viene a dar a lo mismo – dijo Salvador.

-Sé que tienes razón, pero yo no puedo luchar contra mis sentimientos, eso sería perjudicial para mí y para mi familia.

-Elijah, eres un hombre sensato y bueno.

-Eso lo dice mi dios. Tenemos que ayudar al prójimo aunque no sea de nuestra religión. Lo importante es que, es otro trocito de dios.

-Tienes razón hermano. Todos somos hijos de un solo dios – dijo Salvador.

Elijah cambió de tema y dijo.

-Ahí fuera esperan dos caballos para que les cambies las herraduras. Ahora vamos a comer, mi esposa nos está esperando con la comida puesta en la mesa.

En la mesa esperaba Naunet y sus dos hijas, a que Elijah bendijera la comida.

De vuelta a la fragua Salvador puso las herraduras a los dos caballos. El contacto con los animales le gustaba, los acariciaba y les hablaba. Había veces que Elijah se fijaba y sonreía moviendo la cabeza. Un día le preguntó.

-¿Qué sientes cuando hablas con los animales?

-Mucho amor. Ellos transmiten muchas

Emociones, mucha paz, y sobre todo amor.

-¿Eso es parte de tu fe?

-Eso y muchas cosas más. Si esto tan bello que ilumina mi alma, no estuviera, no pensaría en ir en busca del SANTO GRIAL.

-¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? – preguntó Eliah.

-Todo está relacionado. El amor es el todo en todos lados. Sí no se tiene amor, no se puede amar, amar a todo lo creado.

-También nuestra religión nos lo enseña, pero pocos lo ponemos en práctica.

-Es porque falta fe. Los sentimientos van unidos con la fe y con el amor.

-Me gustaría ser cómo tú eres, pero cada uno es de diferente manera – dijo Eliah.

Iba para tres años que Salvador estaba trabajando en Jerusalén, y al mismo tiempo

Buscaba el SANTO GRIAL. Ya que hacía tiempo que estaba en esta ciudad y no había encontrado nada, decidió marcharse a otras tierras. De esa manera se lo comunicó a Eliah.

-Quiero hacerte saber que la semana que viene me voy. En este tiempo te puedes organizar de la mejor manera.

-¿No te gusta Jerusalén? – le preguntó Eliah.

-Sabes que sí, incluso ya hablo vuestra lengua, pero no he venido para quedarme siempre, soy un buscador y hasta que no encuentre, no voy a parar.

-Tú decides sobre tu persona. Yo sólo puedo darte un consejo de amigos.

-Te agradezco todo lo que has hecho por mí. También a tu esposa, gracias a ella cogí los kilos que me faltaban.

-Ahora volverás a perderlos alimentándote de fruta salvaje.

-Amigo mío, nada me va hacer cambiar de opinión. En Jerusalén estaba de paso, y estaré de paso por donde vaya – dijo Salvador.

-Te habíamos cogido cariño, eres como de la familia.

-Otra vez te lo sigo agradeciendo, pero la decisión está echada.

-Cada hombre manda en su destino, tú tienes derecho de mandar en el tuyo – dijo Eliah.

Salvador ya estaba preparando su ida. Aunque Naunet y sus hijas no decían nada, ellas no estaban preparadas para quedarse sin Salvador. Eran mujeres y no podían manifestar sus sentimientos, pero entre madre e hijas lo comentaban. Tetis la hija mayor había comentado a su madre lo disgustada y triste que se encontraba con la decisión tomada de Salvador. Incluso dijo que no quería a ninguno de ellos, y que era egoísta.

CAPITULO 31

Llegó el día que Salvador emprendió la marcha. Elish se portó muy bien con él. Le dio el salario de un año de trabajo, al despedirse dijo.

-Tienes dinero para que comas caliente una vez al día ¿Me lo prometes?

-Te doy mi palabra. Pararé a comer en una posada. Necesito conservar las fuerzas que he cogido aquí.

Salvador se marchó con la vara inseparable que desde hacía años había recorrido con él muchos caminos. Llevaba muchas ilusiones, todas las ilusiones del mundo, pensando que esta vez iba a encontrar lo que desde hacía años iba buscando. Parecía un niño andando por el camino. Iba silbando una melodía que desde hacía un tiempo se

cantaba. Ya estaba otra vez unido con la naturaleza. Era primavera, los campos estaban llenos de las más bellas flores. Las rojas amapolas regalaban un manto rojo y repleto de luz. Los lirios engalanados mostraban su belleza, y las florecillas de diversos colores llamaban la atención de quien las miraba.

Salvador caminaba feliz y contento. En los árboles las aves del campo volaban de un árbol a otro con su trino habitual. Delante de Salvador había un camino ancho y largo. Al final del camino se alzaba encima de un monte un santuario. Tenía una hora de camino hasta llegar a él. Pensaba que en este lugar podrían informarle sobre el SANTO GRIAL. Ahí vivían hombres de dios, eso tendría que ser para cumplir su misión con el santo dios y con la santa diosa universal.

Al llegar al final del camino, se dispuso a subir el monte. Era un lugar dónde muchos creyentes iban en peregrinación. Las pisadas de ellos marcaban el camino y la subida al monte.

Ya cerca del santuario dos monjes salieron para ver quien llegaba. Salvador ya cerca, le dijeron.

-Hoy no es día de visitar el santuario.

-Voy de paso y he decidido pararme aquí – dijo Salvador.

--¿De paso dices? Has tenido que desviarte del camino para llegar aquí – contestó uno de los monjes.

-Es cierto. Necesito hacerles algunas preguntas.

-¿Ha nosotros? ¿De qué preguntas se trata?

-Yo también soy peregrino, y me gustaría compartir una opinión con ustedes y con el resto de monjes.

-¿Dices que eres peregrino? ¿Qué buscas?

-Voy buscando el SANTO GRIAL. Llevo años en el camino sin resultado.

-Nosotros somos diez monjes. Cada uno se ocupa de una cosa diferente. Nosotros dos nos

Ocupamos de recibir a los peregrinos, y de mantener el orden. Otros dos hermanos de sembrar y cuidar el huerto. Otros dos son cocineros, y los demás de mantener limpio el santuario. Como ya ve, no nos da tiempo de buscar el SANTO GRIAL. De todas maneras no creo que se encuentre aquí.

-Les estoy agradecido por la información – dijo Salvador – Perdonen mi atrevimiento.

-Es hora de la comida ¿Has comido?

-Ahora al pasar por un pueblo me voy a parar para comer en una posada.

-Voy a decirle a uno de los cocineros que ponga un plato más – dijo uno de los monjes.

-Gracias – contestó Salvador.

En la mesa del comedor había once platos y una silla más. Después de bendecir la mesa se dispusieron a comer. Salvador saboreaba el guiso de carne con verduras

Que los cocineros habían cocinado. Un día antes había comido en casa de Eliah, Naunet su esposa era una buena cocinera, echaba de menos sus guisos, y el recuerdo de ellos cuatro. Durante tres años habían sido su familia, eso nunca lo olvidaría.

Después de comer, el superior de los monjes preguntó a Salvador.

-¿Qué te ha traído por aquí? Uno de los hermanos me ha comentado lo que vas buscando.

-Hace años que estoy en los caminos buscando el SANTO GRIAL. No me doy por vencido y no cesaré hasta que lo encuentre.

-¿Crees que lo vas a encontrar?

-Estoy completamente seguro. Tengo toda mi fe puesta en este tesoro espiritual.

-Muchos hombres han muerto en el camino buscando el SANTO GRIAL. Otros han vuelto derrotados sin haber cumplido la misión.

¿Crees que tú lo vas a encontrar? ¿Cuántos años llevas buscando?

-Ocho, pero no me doy por vencido – dijo Salvador.

-Tienes fe y perseverancia, eso es bueno, pero por estas tierras no vas a encontrar nada ¿Has mirado en la tierra de Jerusalén?

-Vengo de allí, he pasado tres años viviendo con una familia. He buscado por los sitios que Jesús se movía, he estado en el Cenáculo, también en el Golgota. No me ha quedado sitio para mirar, no he encontrado nada. Es posible que con el paso de los siglos y el caminar de los peregrinos, hayan borrado las huellas – dijo Salvador.

-Si alguien lo ha encontrado, lo ha callado y ve a saber quién lo tendrá.

-Se habría sabido. Este tesoro espiritual más tarde o más temprano hubiera dado cuenta de su valía. Pienso que la poca humildad de los buscadores, habría hecho de que hablaran.

-¿Si tú lo encuentras lo vas a decir? – preguntó el superior de los monjes.

-No lo sé. Tendría miedo a que el papa me lo pidiera, y después de tantos años de búsqueda, me quedara sin esa joya espiritual.

-Tendrías honores y la recompensa papal.

-No me interesa – respondió Salvador – Lo importante para mí es tener la copa donde Jesús bebió en su última cena.

-Tendrías que esconderla bajo tierra, y aun de esa manera la encontrarían – dijo el superior de los monjes.

-Todo depende si no digo nada a nadie, sólo lo puedo saber yo.

-El ser humano peca de soberbia y poca humildad, estoy seguro que lo dirías a tu familia, y ellos de la misma manera lo comentaría a la de más gente. Así se saben las cosas.

-Espero por mi bien, no decir nada.

El superior de los monjes cambió de tema y preguntó.

-¿A dónde te diriges ahora?

-Sigo mi camino, siempre buscando.

-Quiero decir ¿A dónde pasarás la noche?

-Al abrigo de un árbol o debajo de una roca.

No sería la primera vez que duermo de esa manera – dijo Salvador.

-Tienes que abrigarte bien, por la noche hace mucho frío y más en el campo.

-Estoy acostumbrado.

-Nosotros ahora vamos a la oración, siempre después de comer le damos gracias a dios por el alimento que hemos recibido – dijo el superior de los monjes.

-Ya se lo ha dado usted antes de comer.

-Ese es el primer rezo por el alimento que íbamos a recibir, ahora pasamos a la capilla para dar gracias por lo que hemos comido.

Salvador se puso de pie para marcharse. Se despidió diciendo.

-Gracias de nuevo por la comida.

-No es a mí a quién lo tienes que agradecer, es a dios que hoy te ha traído hasta aquí. Puedes venir con nosotros y rezar en la capilla – dijo el superior de los monjes.

-Cuando valla por el camino doy gracias a dios por todo lo bueno que me ocurre – dijo Salvador.

-Necesitas un lugar acogedor para rezar.

-No hay nada mejor para hacerlo que en la naturaleza – dijo Salvador – Ahí se tiene mayor contacto con dios y con la diosa universal.

-¿A qué religión perteneces?

-A la que Jesús nos enseñó a todos. Él enseñaba en la sinagoga, y para estar con dios padre, se iba a la naturaleza. Yo no voy a la sinagoga pero sí paso la mayor parte de mi vida unido con la madre naturaleza.

-Está muy bien todo lo que dices, pero nada es mejor que hacerlo en una capilla o iglesia – dijo el superior de los monjes.

-Yo opino lo contrario. Tanto las capillas como las iglesias, todo está cerrado, no entra el aire por ningún sitio. La naturaleza está abierta y se puede rezar y respirar a pleno pulmón.

-Está muy bien lo que dices, pero vuelvo a insistir que las iglesias están para rezar y para estar con dios – dijo el superior de los monjes.

-Nada mejor que rezar ante un campo lleno de amapolas y de otras flores. Ahí se ve la grandeza de la creación.

-Tú tienes tus creencias y yo las mías, las flores no escuchan tu oración.

-La belleza de ellas llevan las palabras del rezo hasta el dios y la diosa universal –dijo Salvador ya despidiéndose.

-Espero que todo te valla bien.

CAPITULO 32

Salvador bajó del monte y se dirigió al camino, cuando lo ando todo estaba en una explanada de flores. Se metió dentro de ellas, las iba acariciando y les habló diciendo.

-Sí alguien me oye hablar con todas vosotras, van a pensar que estoy loco, lejos de todo eso es la realidad de poder reconocer vuestra belleza y vuestra bondad. Sólo pedís que el sol os acaricie con sus rayos luminosos, y la lluvia que cae del cielo lave vuestros pétalos.

-Es cierto lo que dices hermano Salvador – dijo una voz que venía del aire.

Él miró por todo su alrededor buscando el secreto de la dulce voz. Al no hallar nada, dirigió su mirada hacía las flores. Ellas permanecían tranquilas esperando que pronto se hiciera de noche y cerraran sus pétalos para

Dormir. La misma voz pasó muy cerca de él y dijo.

-No todos pueden encontrar el SANTO GRIAL. No todos serían capaces de hablar con las flores. Con el agua, con los árboles frutales. Todo esto y mucho más hacen que el alma se vuelva inocente igual que un niño, y cuando se llega a esa inocencia, el universo pone a los pies las maravillas que hay en la tierra para que se disfruten.

-¿Quién eres? – preguntó Salvador.

-¿Aún no me conoces? Estás a punto de entrar en el SANTO GRIAL para que reconozcas la belleza que dentro se guarda.

Salvador lloró de alegría, le habían anunciado que no tardaría en hallar lo que tanto ansiaba, lo que desde hacía años iba buscando. Por mucho que miraba no encontró a nadie que se identificara para saber quién le había hablado. Continuó el camino.

Ya llevaba un trecho andado con el pensamiento puesto en lo que le acababa de ocurrir. No lejos sobre una pradera vio que había una granja de construcción rustica, fuera animales comían hierba. Se alegró al ver que no lejos podría pasar la noche si los amos se lo permitían. Aligeró el paso y pronto llegó a la puerta. Estaba abierta pero no vio a nadie. Fuera se oía a gente que hablaba. Fue siguiendo el sonido de las voces y pronto se encontró en el establo. Había una burra pariendo y por lo que se veía, el parto no venía bien. La gente de allí no se dio cuenta de la presencia de Salvador. Fue él quien preguntó.

-¿Puedo ayudarlos?

Todos se dieron la vuelta y vieron ante ellos a un hombre de aproximada mente cuarenta años. Pelo largo y canoso, mantenía en su mano derecha una vara. El patriarca preguntó.

-¿Qué vienes hacer aquí? Mira el trabajo que tenemos con la burra, el pobre animal si pronto no pare morirá.

-Quiero ayudarlos. Sé cómo tratar esta clase de partos.

-¿Eres granjero?

-Soy de todo un poco. He tratado más de una vez a animales con parto malo.

-¿Qué se tiene que hacer en estos casos? Los otros animales que tenemos, todos los partos fueron bien. Pero es primeriza la borriquita, no sabe ella y nosotros tampoco cómo hacerlo. Sí tú lo sabes, acércate y ayuda.

Salvador se acercó a la borriquita, acarició su lomo, y después empezó a darle masajes en el vientre. La borriquita hacía rato que relinchaba y cuando Salvador empezó con los masajes, se quedó callada. De esta manera estuvo hasta que la borriquita parió otra

Borriquilla de pelo plateado como el de su madre. El patriarca muy agradecido preguntó.

-¿Cómo es tu nombre?

-Me llama Salvador.

-¿Ibas de paso?

-En parte sí y en parte no ¿Puedo pasar esta noche aquí?

-Por supuesto que sí, y puedes quedarte los días que quieras – dijo el patriarca.

-Necesito seguir mi camino, pero yo siempre estoy bien donde hallan animales.

El patriarca dio órdenes a su esposa Wuanda y a su hija Estia para que prepararan una habitación, y una buena cena. Salvador quedó en el establo con el patriarca y con su hijo Eint. Era un hombre de treinta años, alto y delgado.

Ya con los animales dentro del establo

Pasaron a cenar. En la mesa, el patriarca preguntó a Salvador.

-Todavía no has dicho ¿Qué vas buscando por esta tierra? Aquí solo te lleva al campo, no hay otra cosa más.

-Voy de paso y al hacerse tarde me he parado para descansar.

-Por aquí pasan labradores con su ganado, lo llevan de un lado a otro, pero gente cómo tú, pasan de largo y no se paran aquí.

-Mi camino es largo y no tengo prisa por llegar – dijo Salvador.

-Has hecho bien en quedarte con nosotros esta noche. Siempre hablamos de lo mismo, ahora tendremos otra clase de conversación.

-Podemos hablar de tema queelijamos. Yo me presto a todos.

-Tú sí, porque eres senderista y en los caminos se aprende de todo – dijo el patriarca – Pero nosotros no salimos de esta tierra.

-¿A dónde aprendiste a ayudar a los animales?

-Estuve tres años en una granja, allí aprendí de todo un poco.

Wuanda esposa del patriarca preguntó a Salvador.

-¿Te gusta la cena? Estás cenando poco.

-Vengo del santuario que hay más abajo. Los monjes han insistido en que comiera con ellos. También son buenos cocineros, y acogen bien al peregrino.

-¿Eres peregrino? – preguntó Estia.

-Sí lo soy – contestó Salvador.

-¿Qué buscas en tu peregrinaje? – preguntó el patriarca.

-Voy buscando a dios. A cada paso que doy lo voy encontrando.

-¿Cómo lo sabes?

-En el santuario he encontrado una parte de dios, del lugar que vengo también, y aquí. En todos lados está dios presente. Eso es lo bello y hermoso que tiene el universo – dijo Salvador.

Eint todavía no había dicho nada, él comía y escuchaba hablar a los demás. Trabajaba todo el día de sol a sol, necesitaba coger fuerzas para empezar al día siguiente.

Ya terminada la cena todos se levantaron de la mesa. Wuanda y su hija Estia se quedaron para limpiar lo que se había ensuciado.

Salvador salió fuera de la granja. Todo ese lugar estaba rodeado de montes. Ya era tarde para explorarlos, pero fue al que estaba más cerca. La luna llena iluminaba esa parte de la naturaleza. Descubrió una pequeña cueva que había a los pies del monte. Llegó hasta ella y entró. Dentro había una piedra grande de alguien que estuvo en otra ocasión meditando allí.

CAPITULO 33

Se sentó sobre la piedra, justo daba de cara a la luna llena. Se quedó meditando. Llevaba media hora y escuchó los pasos de alguien que subía el monte, y pronto se quedó delante de la entrada de la cueva. Reconoció la silueta de Eint. Este dijo.

-Es mi lugar preferido para venir cuando la luna está llena. Yo no hago meditación pero sí me gusta estar con la madre luna hasta que se va y no da luz dentro de la cueva.

Salvador se puso de pie y avanzó hasta llegar a dónde estaba Eint, le preguntó.

-¿La piedra la has puesto tú?

-Sí, la he traído de abajo, es cómoda como una silla. Podemos compartirla para observar a la madre luna ¿Tú meditas?

-Sí – respondió Salvador.

-Yo no – dijo Eint.

-Aunque no lo creas meditas. Te diriges a la madre luna, esa es una manera de meditar sin que de ti salgan palabras.

-¿A dónde has aprendido tanto? Me gustaría saber la mitad que sabes tú. Pero yo no he salido de esta tierra, es lo único que conozco.

-Está en contacto con la madre naturaleza, ella es la que enseña. Estás todos los días recreándote en su belleza y en su bondad.

-Eso lo ve tú, pero yo no. Me gustaría aprender de lo que tú sabes ¿A dónde lo has aprendido?

-Ella me ha enseñado a amarla, amar a los animales y respetar a las personas. Con este triángulo, se conoce las cosas bellas que hay en la vida – Dijo Salvador.

-Esas tres cosas son las que yo quiero aprender – dijo Eint.

-Ya las conoces. Aunque no lo creas, esa sabiduría vive contigo. Sólo tienes que sacarla, vive dentro de ti – dijo Salvador.

-¿Cómo es que tú lo sabes y yo no?

-Porque todavía no has despertado – dijo Salvador.

-Dime como lo hiciste tú – preguntó Eint.

-Todavía no sé si he despertado. Sí puedo decirte que me ocurren cosas extrañas, que aún no les he dado comprensión.

-¿Qué cosas son esas?

-Oigo que me hablan, y mantengo una conversación con las cosas que me dicen.

-¿No ve a quién te habla? – preguntó Eint.

-No. Pero sus palabras son reales.

-¿Haber si te ha tocado el cerebro y no estás bien? – dijo Eint.

-No lo creo, de la cabeza estoy bien. Me doy cuenta de todo lo que hago y me dicen.

-¿No te da miedo oír que te hablan?

-Al principio sí, pero ya después me fui acostumbrando – dijo Salvador.

-Lo tuyo es parecido a lo de los médium, ellos y ellas hablan con los espíritus.

-¿Cómo sabes eso viviendo en el campo? – preguntó Salvador.

-Los que sois de ciudad pensáis que los que vivimos en el campo sólo entendemos de animales. Yo tenía una tía hermana de mi madre, ella sabía el tiempo que le quedaba de vida. Decía que se lo decían los espíritus. Estuvo viviendo con nosotros hasta que murió de anciana. Está enterrada al otro lado del huerto. Es posible que lo tuyo sea medianidad y no lo sabes – dijo Eint.

-Sé que todo lo que nos rodea son espíritus. El agua del río, las flores que vemos en el campo, incluso esta cueva es otro espíritu, nosotros somos también. Estamos rodeados de espíritus por todos lados – dijo Salvador – No

Es necesario que no pertenezcan al mundo de los vivos. Ellos en cierta manera también lo están.

-Hablas cómo hablaba mi tía Higinia. Ella calificaba a los espíritus cómo entidades que están vivos y muy vivos. Unas veces se dejan ver, y otras no. Ella decía que había un espíritu de un anciano que la ponía en contacto con el más allá. Decía que era su guía ¿Has oído hablar de esto? – preguntó Eint.

-Hay varias facetas dónde los espíritus están presentes en la vida de muchas personas. Ellas son conscientes, y no pueden hacer nada para quitárselos – dijo Salvador.

-¿Puedes evitar de que te hablen?

-No. Lo hacen cuando estoy más tranquilo, cuando no me lo espero.

-Eso es medianidad – dijo Eint.

-A mí no se dirigen los espíritus de los que estaban en la tierra. Siempre es el espíritu

Del agua, el de las flores, el de árboles frutales, el del viento. Nunca de alguien que ha dejado la tierra.

-Aunque así sea, es medianidad sagrada. Eso es lo que mi tía decía de los espíritus que pertenecen a la naturaleza – dijo Eint.

-En eso sí estoy de acuerdo. Me encuentro bien cuando ellos me hablan. Me dicen al espíritu que pertenecen. Es por esa razón que no es alguien que dejó la tierra.

-¿Cómo habla el espíritu del agua? – preguntó Eint.

-Tiene voz parecida a la nuestra, pero es aterciopelada, un hombre podría enamorarse de ella, sólo de oírla.

-¿Te enamoraste tú?

Salvador se echó a reír y dijo.

-Pude enamorarme pero no lo hice. Sabía que se trataba del espíritu del agua.

-Eres un hombre con suerte – dijo Eint – Ya me gustaría a mí que me sucediera.

-Sí no te sucede es porque no te lo has propuesto. Estoy seguro que todo ser humano está dispuesto a que el espíritu que sea, se manifieste – dijo Salvador - ¿Lo has pensado?

-He vivido años con mi tía Higinia, la he visto entrar en trance, y quizá por esa razón, tengo miedo a que me ocurra lo mismo.

-¿Se ponía enferma?

-Creo que no, ya todo pasado se encontraba muy bien. Pero el trago era hasta que alcanzaba la luz del día.

-¿Quieres decir que hasta que alcanzaba la luz del día vivía en la oscuridad? – preguntó Salvador.

-No te puedo responder a eso. Ella de pronto estaba bien. Nos miraba y nos decía – Ya me queda poco tiempo para estar entre vosotros. Me lo ha dicho el anciano.

CAPITULO 34

-¿Nunca le preguntasteis quién era ese anciano?

-Mi madre aunque era su hermana respetaba esa parte que sólo pertenecía a ella.

-¿De qué manera murió? – preguntó Salvador.

-Un día dijo que no se iba a levantar de la cama, estaba bien acostada. Eso nos extrañó, ella era dinámica, siempre estaba ayudando a mi madre en el trabajo de la casa, haciendo queso. También le gustaba sacar a los animales para que comieran hierba. Mi madre nos reunió y nos dijo que ya le quedaba poco tiempo para que estuviera entre nosotros.

-¿Duró mucho después de ese día? – preguntó Salvador.

-Una semana. Se fue apagando cómo una vela, hasta que dejó de respirar.

-¿Os dejó algún mensaje?

-Hacía una semana que no hablaba. Todo ese tiempo permaneció con los ojos cerrados. Ella era una médium auténtica – dijo Eint.

-¿Has tenido la oportunidad de conocer a otras? – preguntó Salvador.

-Aquí en el campo se conoce a poca gente. Pasan senderistas, algunos se paran para pedir agua. Después de dársela se van.

-¿Sabes que lo de médium es hereditario? ¿No te has dado cuenta si tú has tenido alguna experiencia del más allá?

-Yo no, pero mi hermana Estia sí.

-¿Qué le sucede? – preguntó Salvador.

-Dice, que por la noche cuando duerme, alguien le habla. No puede distinguir si es hombre o mujer. Le dan mensajes que al día siguiente ella no recuerda – dijo Eint.

-¿Le sucede antes de que tu tía Higinia

Muriera o después? – preguntó Salvador.

-Todo transcurrió después. Mis padres no dicen nada, todo lo llevan callado, pero mi madre cada mañana le pregunta sí le han dado un mensaje en sueños. Unos días dice sí y otros no.

-Es fantástica la historia que me estás contando – dijo Salvador.

-Mis padres no están de acuerdo. Creo que tienen miedo de encontrarse con una médium cómo mi tía Higinia. Nunca se casó. Decía que las médium permanecían solas sin un compañero.

-Aquí en el campo no hay posibilidad de casarse, eso ocurre en los pueblos y en las ciudades – dijo Salvador - ¿Cómo se conocieron tus padres?

-Los padres de mi padre y los de mi madre, apañaron el casamiento. Puesto que mi padre heredaba la granja. Tenía que tener un sostén para mantener a la familia – dijo Eint – Cuándo

Murieron los padres de mi madre, mi tía Higinia se quedó a vivir con nosotros.

-¿No has tenido ocasión de contraer matrimonio? – preguntó Salvador

-Por aquí sólo pasan senderistas. Todos vienen de pueblos o de ciudades. Ellas vienen acompañadas de jóvenes y de más mayores, es difícil conocer a alguien para casarme en esas condiciones.

-Tu hermana Estia le debe pasar lo mismo. De esa manera podéis cuidar de vuestros padres cuando sean mayores.

-Hace un año, pasó un grupo de senderistas. Se pararon en la granja para descansar a la sombra de la parra, uno de ellos se fijó en mi hermana. Después pasó dos veces más para verla. A mi madre que nada se le escapa, se dio cuenta y le dijo a Estia que no saliera de la casa – dijo Eint.

-¿Tu madre no quiere que os caséis? – Preguntó Salvador.

-Con forastero no quiere nada. Tiene que ser con gente de la tierra. Dice que los que vienen de lejos saben mucho.

-De esa manera nunca van a ser abuelos – dijo Salvador.

-¿Tú estás casado? – preguntó Eint.

-Yo sigo soltero, y creo que para toda la vida. He decidido encontrar lo que voy buscando y hasta que no lo encuentre no voy a parar – dijo Salvador.

-Estamos en el mismo lugar tú y yo. Tú de una manera y yo de otra.

El monte estaba iluminado por la luz de la luna. Desde la cueva podía verse la granja. En la puerta estaban sentados el patriarca, su esposa y su hija Estia. Era una noche fresca de verano, fuera se estaba mejor que dentro de la granja. Con ellos estaban también los dos perros que cuidaban del ganado.

Salvador y Eint decidieron bajar del monte para reunirse con los demás. Ya en la puerta de la granja Salvador dio las buenas noches a los que estaban sentados. Él preguntó al patriarca.

-¿Puedo ir al establo para ver cómo se encuentra la borrica y la burrita?

-Acabo de estar allí. La burrita está mamando de su madre, las dos son felices, es mejor no ir ahora. Mañana con la luz del día se ve todo mejor.

Eint se dirigió a sus padres y dijo.

-He encontrado un amigo para conversar. Era necesario conocerlo sobre todo para mí.

-¿Te quedas para unos días? – preguntó Eint – Me gustaría que te quedaras para siempre con nosotros.

-Todo depende – afirmó Salvador.

-¿De qué depende? – preguntó el patriarca.

-De poder encontrar lo que busco.

El patriarca rió y pregunto.

-¿Qué buscas por esta tierra?

-Por esta o por la que sea. Tengo la meta de hallar el SANTO GRIAL.

-¿Eso qué es? – preguntó el patriarca

-Es la copa dónde Jesús bebió en la última cena. También se busca el plato dónde comió.

-Dos tesoros cómo esos solo pueden estar en Jerusalén ¿Has ido allí?

-De allí vengo, me he quedado a vivir con una familia de herreros. He buscado por todos lados pero todo ha sido en vano.

-Pues si en ese lugar no lo has encontrado, menos lo vas a encontrar aquí – dijo el patriarca.

-No pararé de buscar hasta que lo encuentre – afirmó Salvador.

CAPITULO 35

Estia escuchaba a su padre conversar con Salvador, pero su mirada la tenía puesta en él. Era la clase de hombre que le hubiese gustado para que fuera su esposo. Estaba segura que tendrían hijos guapos, fuertes y sanos.

Salvador se fijó en la mirada de ella. Era por naturaleza guapa. Cabello claro y ojos azules color de cielo y sonrisa simpática pero algo tímida. Ella al notar que él la observaba entró en la casa, subió a su habitación y se acostó.

A Wuanda no se le escapaba nada, Se fijó en el rostro de Salvador, él la había seguido con la mirada hasta que entró en su dormitorio y cerró la puerta. Wuanda se dirigió a él y le dijo.

-Tenemos una hija guapa por haber nacido en el campo, no se arregla pero su belleza sobresale de lo normal.

-Es cierto que su belleza sobre sales de lo normal – contestó Salvador – Ella puede ser buena esposa y buena madre.

-Sí, pero por aquí no conocemos a nadie para que se fije en ella, y de todas maneras tanto mi marido cómo yo no queremos que se enamore de alguno de los senderistas que pasan por aquí. Si se casa con ella se la lleva a vivir al lugar de donde es él. Eso es lo que no queremos. El hombre que la enamore tiene que quedarse a vivir aquí y trabajar para nuestras tierras, que también serían las suyas.

-El hombre de ciudad solo busca la comodidad de ese lugar, es raro que se habituara a trabajar en el campo y a vivir en él.

-Me he fijado de la manera que has mirado a Estia, y ella a ti – dijo Wuanda ¿Te gusta nuestra hija?

-Su belleza es exquisita, puede hacer feliz a un hombre – dijo Salvador - ¿Qué edad tiene?

-Veinticinco años. Ya tiene edad de casarse.

A ti te gusta el campos y los animales ¿No es cierto? – preguntó Wuanda.

-Mucho, son mi pasión ¿Por qué todas esas preguntas?

-Porque serías el marido perfecto para nuestra hija. Te quedarías a vivir en la granja, y tendrías parte de ella. Mi esposo y yo ya estamos mayores, y cuando faltemos, alguien tiene que quedarse en el puesto de él.

-Está vuestro hijo Eint, por norma general es a él a quién le pertenece heredar parte de la granja – dijo Salvador.

-A él y a nuestra hija Estia. Aquí se necesita manos y brazos fuertes para llevar todo esto. Sí te quedas aquí y te casas con nuestra hija, ya eres propietario de nuestra hacienda.

-Es una proposición para que la piense. Mi meta está en otro lugar. Sí me quedo no sé si encontraré lo que busco – dijo Salvador.

-¿Eso es más importante que la belleza

Y el amor de Estia? ¿No te gusta nuestra hija?

-Sí me gusta. Ella puede gustar a cualquier hombre, pero si me quedo aquí, mi misión habrá terminado – dijo Salvador.

-¿No es más importante el amor de una mujer que lo que vas buscando?

-Tiene razón ¿Qué quiere que haga?

-Que seas amable y simpático con ella. Tú le gustas, me he dado cuenta en la forma que te ha mirado. Estoy segura que seríais felices y nosotros también. Quiero nietos que corran por el jardín de la granja.

-Tengo que pensarlo, de aquí a unos días le daré la respuesta – dijo Salvador.

Eint intervino diciendo.

-No vas a encontrar un partido mejor que el de mi hermana Estia. No lo pienses mucho, ella se puede enfriar. La conozco y sé de qué hablo.

-Tengo que hacerme a la idea de estar casado. Yo siempre he pensado en ser libre y ahora de repente, mi vida ha cambiado.

-Piensa en que serás también dueño de todo esto – dijo Eint.

-No me interesan los bienes, no soy interesado. Busco tener una vida tranquila y vivir en la naturaleza – dijo Salvador.

-Aquí estarías viviendo en la naturaleza y rodeado de animales.

-De aquí a unos días os doy la respuesta.

Salvador se vio cogido por todos lados. Se daba cuenta que tenían razón. También ya estaba harto de ir de un lado a otro. Estaba seguro que encontraría el SANTO GRIAL, sí no de una manera u otra.

Al día siguiente dio el sí al patriarca y a su esposa Wuanda. Fueron al pueblo que pertenecían para arreglar papeles para

Casarse y para poner a Salvador como uno de los titulares de la granja.

Ya llevaban una semana casados. Estia era la mujer más feliz del mundo. Amaba por encima de todo a Salvador. Se enamoró de él la primera vez que lo vio. Él subía todas las noches a la pequeña cueva. Eint muchas veces lo acompañaba y se quedaba con él hasta que bajaban juntos.

Estia lo esperaba despierta, no podía dormirse sin tenerlo en la cama junto a ella. Estaba embarazada de tres meses. El embarazo lo llevaba bien, incluso había embellecido. El patriarca y Wuanda rebosaban de felicidad. Pronto iban a ser abuelos.

Salvador había embellecido cómo hombre. Ya por fin tenía una vida tranquila y mucho amor de Estia, se lo demostraba cada día y cada noche.

A los diez meses de estar casados nació un niño guapo. Tenía la cara de su madre y el

Cuerpo de su padre. El patriarca y Wuanda la felicidad que sentían era mucha y muy grande.

Ella estaba con el bebé casi todo el día en brazos. Ahora se ocupaban de hacer queso Salvador y Estia. Wuanda se ocupaba de hacer la comida para todos. Era una familia feliz.

Salvador subía todas las noches al monte, se sentaba en la piedra y se ponía a meditar. Él pensaba que ya no encontraría el SANTO GRIAL por no moverse de ese lugar.

Una noche entró en una meditación profunda. Vio que dentro de él había un camino largo para recorrer. Era lo más parecido al jardín del edén, era la primera vez que lo vía todo tan claro. Según su videncia iba descubriendo tesoros escondido dentro de él. Vio que Jesús estaba sentado en un trono dentro de su pecho, y el cáliz lo sostenía con su mano derecha. Lleno de alegría lloró y pensó – Tantos años buscando el SANTO GRIAL y lo tenía dentro de su pecho.

CAPITULO 36

Tantos años de peregrino de un lugar a otro, siempre iba acompañado del SANTO GRIAL. Cuando terminó esa visión, las lágrimas corrían por sus mejillas. Eran lágrimas de felicidad. Llevó sus manos cruzadas al pecho como si quisiera guardar ese tesoro que siempre había vivido con él.

Se había hecho media noche. Estia fue avisar a su hermano Eint para que lo fuera a buscar al monte. Al entrar en la cueva vio a Salvador con la cabeza baja. Se acercó a él le puso la mano encima de su hombro y le dijo.

-Salvador ¿Te ocurre algo?

-Hermano Eint, soy el hombre más feliz de la tierra. He encontrado el SANTO GRIAL, vive conmigo desde que nací. Esta noche Jesús ha querido que lo encuentre.

-¿No sabías que lo tenías? – pregunto Eint.

-No. Tanto como he andado de un lado a otro buscando esta joya sagrada y espiritual, me he dado cuenta que todos la llevamos con nosotros. Esa es la razón de que nadie la encontrara, pero nadie trabajó su parte espiritual para hallarla. Todos volvían derrotados y sin darse cuenta que Jesús y su cáliz vive con cada uno de nosotros.

-¿Quieres decir que yo también tengo el SANTO GRIAL viviendo conmigo? – preguntó Eint.

-Eso he dicho hermano. Haz meditación, habla con Jesús para que se muestre delante de ti – dijo Salvador – Él quiere que le hablemos y le pidamos que nos enseñe su tesoro guardado, y cuando él vea que estás preparado, te enseña su jardín y dentro él está sentado en su trono de oro y de piedras preciosas. Él sonrío cuando ve que lo hemos descubierto.

-¿De qué has hablado con Jesús?

-Le he dado las gracias por todo lo bueno que he recibido. Por darme la esposa que tengo y por darme a mi hijo Granhan, también por la familia que sois vosotros. He pasado toda la noche hablando con él.

Eint estaba maravillado. Lo único que pudo decir fue.

-Estia está preocupada, me ha mandado a que te busque.

-Ella siempre preocupada por mí. Yo no me preocupo tanto porque sé que es feliz.

-Cuando amanezca le cuentas todo lo sucedido. Ella también estaba preocupada por esta razón. Sabe que era algo muy grande que tú querías encontrar.

Salvador y Eint bajaron del monte y entraron en la granja. Estia los estaba esperando, y al verlos se abrazó al cuello de

Salvador. Quería tenerlo siempre para ella.

A la mañana siguiente, Salvador contó a Estia la dicha que lo acompañaba. Ella también quería encontrar el SANTO GRIAL.

Toda la familia se enteró de lo sucedido con Salvador. Daban gracias a dios de que por fin encontrara lo que tantos años iba buscando.

Había pasado un año. Estia se quedó embarazada. Era la esposa más feliz del mundo. Estaba muy enamorada de Salvador.

Una mañana el patriarca se dirigió a Salvador y a su hijo, les dijo.

-He estado viendo al notario. He puesto la granja y toda la hacienda a nombre de los dos. Yo ya soy mayor y me doy cuenta que cada vez puedo menos trabajar la tierra y la demás faena. Vosotros sois como dos hermanos, y estoy seguro que la hacienda va a ir cada vez mejor. Los dos sois inteligentes y sabéis como llevarla.

-Los animales cada vez se van multiplicando, la tierra se hace más grande desde que hay más manos que la trabajamos - dijo Salvador.

-Mis nietos quiero que vivan aquí cómo están viviendo mis hijos. Tanto Wuanda como yo tenemos edad para retirarnos.

Eint tenía algo para comunicarles. Llamó a su madre y a su hermana para que estuvieran delante a lo que iba a decir. Ya todos presentes dijo.

-Hace un mes he conocido a una joven del pueblo, los dos nos hemos enamorado. Yo quiero casarme con ella. Pido permiso a mis padres para traerla y que la conozcan.

Wuanda se adelantó hacia su hijo con la sonrisa que la cauterizaba, besó su mejilla y le dijo.

-Gracias hijo mío por hacer posible el sueño de tu padre y el mío. Los dos hablábamos por la noche y nos preguntábamos a donde ibas dos veces en semana. La respuesta está aquí.

-Gracias madre, ya sabía que esta noticia os iba a alegrar. Lida que ese es su nombre, se pondrá contenta cuando se lo diga.

-Invitamos a sus padres para que se reúnan ese día con todos nosotros.

-Gracias madre, será la pedida de mano – dijo Eint.

Estia ya estaba a punto para que diera a luz. En cada parto se ponía más guapa y guapa que ya era, su belleza resaltaba.

El parto surgió una noche de madrugada. Ella despertó a Salvador y le dijo.

-Avisa a mi madre, estoy con los dolores de parto.

CAPITULO 37

Salvador se levantó y fue al dormitorio de sus suegros. Wuanda al verlo preguntó.

-¿Ya ha llegado la hora?

-Sí madre – respondió él.

-Pon en la chimenea a calentar agua. Ya me reúno con vosotros.

El patriarca no se quedó en la cama. Él quería conocer esa misma noche a su segundo nieto.

Salvador ayudó a Wuanda a que su hija naciera, en su primer hijo hizo lo mismo. Esa noche nadie de la granja durmió. Después de que Erikra naciera, todo fue una fiesta. Tanto el patriarca cómo Eint querían cogerla en brazos.

A todos les amaneció con los rayos de sol, era un día feliz para todos.

Eikra tenía todo el parecido de su padre. Era bella por naturaleza. Estia la miraba y miraba a Salvador y decía.

-Los dos tenéis el mismo rostro.

-Es mi hija, es nuestra hija. Por este lado se puede ver el regalo que nos ha hecho el dios y la diosa universal.

-¿Por qué siempre nombras a la diosa universal? – preguntó Estia.

-La creación no pudo ser sin el dios y la diosa universal. Nuestra hija Eikra no hubiese nacido sin la participación tuya y mía.

-Es cierto, pero ha nacido de nuestro amor ¿Crees que el dios y la diosa universal se aman?

-Ellos dos representan el amor – dijo Salvador.

-¿Ellos fecundan cómo lo hemos hecho nosotros? – preguntó Estia.

-Para los dioses no es necesario que

Fecunden como lo hacemos los humanos o cómo fecundan en el reino animal. El dios y la diosa universal tienen tanto amor, que sólo con mirarse están creando.

Estia sacó otro tema y dijo.

-Las hortalizas también fecundan. Padre siempre nos decía, que para que haya buenas hortalizas tienen que fecundar dentro de la tierra el masculino y el femenino, y si no fuera de esa manera, crecen debiluchas y feas.

-Es cierto, el fecundar da belleza. Tú estás más bella desde que has parido a nuestro hijo e hija.

-Aparte es, por el amor que te tengo y que nos tenemos. Yo soy más feliz desde que encontraste el SANTO GRIAL. Antes estabas con mucha zozobra y ansiedad. Todo era debido a los años que llevabas buscando y no lo encontrabas – dijo Estia.

-También tú y nuestros hijos llevan el SANTO GRIAL con vosotros, al nacer todos lo traemos – Dijo Salvador.

-Yo quisiera encontrarlo pero no sé cómo hacerlo. Quiero que me ayudes, y yo ayudaría a nuestros hijos cuando sean más grandes.

-Nunca has hecho meditación, es hora de que empieces – dijo Salvador - cuando lo hagas, yo me ocupo de nuestros hijos para que no te extorsionen.

-¿Cómo tengo que dirigirme a Jesús? – preguntó Estia.

-Igual que lo estás haciendo conmigo. Él quiere que le hablemos de todo lo que nos ocurre, tanto si es bueno como si no lo es. Así puedes tirarte un año, otro y otro, no tengas prisa por encontrar el SANTO GRIAL. Yo tardé más tiempo por esa razón. El día que más tranquilo se está, aparece delante de nosotros la figura sagrada de Jesús, llevando en su mano derecha el cáliz. No se quedó en la tierra lo

Llevaba él consigo hasta el reino de su padre.

Eint estaba contento de pensar que pronto iba a contraer matrimonio con la dulce Lida. Esa semana cogió el carro y las dos mulas para ir al pueblo y traerla a ella y a sus padres para que los padres de él los conocieran.

Wuanda hizo ese día comida para todos y para que sobrara. Todo fue un festín. Estaba alegre de ver que pronto su hijo Eint se casaría y sería abuela por tercera vez.

Hablaron del día de la boda. Era para dentro de dos meses. Eint rebosaba de felicidad, pronto su sueño se iba a cumplir. Ya no estaría solo durante la noche en la cama. Le iba a dar a Lida todo el amor que él llevaba consigo, y era mucho.

El patriarca hacía tiempo que se quejaba de las piernas y de no poder andar. Del corazón

No estaba bien. Wuanda iba a coger al monte las hierbas que lo iban a beneficiar, todos los días le hacía infusiones, pero no mejoraba. Ya tenía muchos años. Wuanda era más joven pero la mantenía todavía fresca, la movida que llevaba con sus dos nietos, parecía que viviera para ellos. Por la tarde los llevaba al dormitorio de ellos para que el patriarca jugara un rato con Granhan y con Erikra.

El día de la boda de Eint y de Lida ya se estaba aproximando. Wuanda siempre había cosido su ropa, la de Estia y la de sus nietos. Esta vez no quiso que fuera así. Fueron al pueblo a ver a una de las dos modistas que había, para que les confeccionaran un vertido a cada una, también para Granhan y para Erikra.

En la tienda dónde Eint compró su traje, también hicieron otro para el patriarca. Él no quería y decía que para una vez que se lo iba a poner, no merecía la pena.

CAPITULO 38

A Salvador también le hicieron un traje a medida. Toda la familia ese día estaba elegante.

Entre Salvador y Eint prepararon el carro más grande. Lo adornaron con flores por ser el día que él se casaba. Iba tirado por las dos mulas. La ceremonia se hizo en familia y al terminar, todos se quedaron en el pueblo en casa de los padres de Lida. Entre su madre y todas sus otras hijas hicieron comida para todos y para que sobrara.

De vuelta a la granja Lida iba sentada delante del carro y al lado de su esposo Eint. El dormitorio de él lo había agrandado y arreglado. Todo era una familia llena de felicidad.

Lida ayudaba en todo lo que podía. Wuanda ya no se ocupaba de la comida ni de sus nietos. El patriarca la necesitaba a su lado.

Su salud iba cada vez de mal en peor. Las piernas las tenía muy hinchadas, ya no podía andar. Se negó a comer, decía que estaba obeso por lo que su esposa Wuanda le obligaba para que comiera. Un día se negó a levantarse de la cama y a no comer. El médico del pueblo lo iba a visitar una vez a la semana. Ya no podía hacer nada más por él.

Eint y Lida hacía un año que se habían casado, ella no se quedaba embarazada, estaba preocupada mayor parte por Eint que cada mes esperaba para que ella le diera la noticia de su embarazo. Él se distraía con los hijos de su hermana Estia y esperaba que un día su esposa Lida le diera una alegría.

Salvador cada noche subía al monte para meditar dentro de la cueva. Eint había veces que lo acompañaba para hablar con dios y pedirle ser padre. Esa noche Eint dijo.

-Salvador, a mí el dios y la diosa del universo no quieren que sea feliz. No dejan que sea padre. Sufro por Lida, ella quisiera darme un hijo, pero no está en sus manos de hacerlo. Tú estás más cerca de dios, dile que nos favorezca con esa gracia.

-Estoy seguro que lo vais a ser. Sólo lleváis un año de casados. Yo soy el mayor de mis hermanos, mi madre me tuvo a los tres años de estar casada con mi padre.

-Espero que para nosotros sea antes. Me da pena Lida cuando la veo llorar, le pregunto, y me dice, que no sabe hacerme feliz. Eso lo dice porque no se queda embarazada.

-Le dices que no se preocupe, y que el día menos pensado surge de su vientre la semilla tan deseada – dijo Salvador.

-Tú ya has encontrado el SANTO GRIAL, has visto al divino Jesús con su cáliz en la mano, háblale de nosotros y dile que nos dé el hijo tan deseado que esperamos.

-Lo aré, y estoy seguro que os va a escuchar. No perder la calma y esperar si no este año al año que viene – dijo Salvador.

-Voy a escuchar tu consejo – dijo Eint.

Una noche de madrugada empeoró la salud del patriarca. Wuanda ya no sabía qué hacer para que no sufriera. A los gritos de dolor acudieron al dormitorio Eint y Salvador. Decidieron subirlo en el carro y llevarlo al pueblo para que le diera un remedio el médico. Con ellos iba Wuanda montada atrás al lado de su esposo. Ella ya no estaba para muchos trotes. Hacía años que sufría con su marido la enfermedad que padecía.

El médico no pudo hacer mucho para que el patriarca no sufriera de dolores. Le volvió a dar el mismo remedio que estaba tomando. Ya de vuelta a la granja, el patriarca cesó de quejarse. Aunque ya estaba amaneciendo,

Wuanda no vio el rostro de su marido. Al llegar a la granja se dieron cuenta que había muerto en el camino de regreso.

Se hicieron todos los preparativos para que fuera enterrado cerca de la granja al lado de los padres de él.

Wuanda quedó muy sola aunque tenía sus hijos, nueras y nietos junto a ella, le faltaba su esposo. La tristeza la llevaba reflejada en su rostro.

Habían pasado tres años, un día Lida se dio cuenta de que estaba embarazada. Al comunicárselo a Eint los dos lloraron de alegría. Ya se cumplía el sueño de su vida.

Wuanda seguía con la tristeza de la pérdida de su esposo, y al recibir la noticia, se alegró de volver a ser abuela por tercera vez. Eso la hizo vivir de nuevo y de hacer planes para confeccionar ropa para su nuevo nieto.

Después de que naciera Aina, hicieron obras para agrandar la granja y hacer más habitaciones. Estaban seguros que Lida tendría más hijos.

Salvador subía muy a menudo al monte. Ahora lo acompañaba su hijo Granhan de diez años. El niño se sentía atraído por todo lo que su padre le inculcaba. Decía que él también quería ser como él.

Una noche estando dentro de la cueva, Granhan dijo a Salvador.

-Padre, estoy muy orgulloso de ti, y espero que Jesús lo esté de mí. Seré feliz el día que encuentre el SANTO GRAIAL. Quiero servir a dios y a la diosa del universo cómo tú lo hiciste y lo sigues haciendo.

-¿De qué manera los quieres servir?

-Cómo tú lo has hecho durante años.

-¿Quieres irte de la granja y dejarnos?

-¿Serviría de algo si lo hiciera? – preguntó Granhan.

-Ahora sabiendo lo que sabes no. Yo lo hice porque creía que el SANTO GRIAL lo iba a encontrar en algún sitio de los que visité, incluso en Jerusalén, creí que ese era el lugar adecuado, pero estaba equivocado. Venía conmigo a todos lados y yo sin saber que el SANTO GRIAL nace con cada uno de nosotros.

-¿También yo lo tengo? – preguntó Granhan.

-Lo tienes tú, también tu madre y tú hermana, lo tenemos todos – dijo Salvador.

-Es posible que tenga que hacer el camino hasta encontrarlo, igual que hiciste tú.

-¿Has pensado ya dejarnos? Ahora sólo eres un niño – dijo Salvador.

-Lo aré cuando sea mayor. Se lo he dicho a madre – dijo Granhan.

-Ella no me ha comentado nada.

-Me respondió, que sólo soy un niño para que hable de esa manera, y que cuando sea mayor, todo lo veré de diferente forma.

-Esperemos que así sea. Ahora comprendo a mis padres el disgusto tan grande que les di.

-¿Nunca más supiste de ellos? – preguntó Granhan.

-No, pero no por eso he dejado de pensar en ellos, y tengo pensado traerlos aquí para que vivan en la granja con nosotros.

-¿Crees que aceptaran? – preguntó Granhan lleno de alegría.

-Estoy seguro que sí. Hace más de veinte años que no me ven. Ellos ya son mayores y están hartos de vivir en la ciudad – dijo Salvador.

-Padre, tú lo ve de esa manera pero yo no. Estoy seguro que no se van adaptar a la vida del campo. Allí tienen toda clase de comodidades, aquí la que tenemos es la

La granja, vivimos cómo reyes de buen confort. Pero luego vamos al establo y vemos a los animales viviendo de diferente manera.

-Me gusta que te preocupes por la vida de los animales – dijo Salvador.

-Tú siempre nos has dicho, que para encontrar el SANTO GRIAL hay que amar a la naturaleza, y respetar la vida de los animales.

-Es cierto hijo mío, no dios y la diosa universal dan este maravilloso regalo si no amamos lo que ellos crearon.

-Es difícil saber si ellos están contentos con nosotros ¿Cómo se sabe?

-Tú eres mi hijo lo que yo más quiero, si alguien te mira mal o te dice unas palabras que no me gustan, me enfado con esa persona, y si he pensado hacerle un regalo, no se lo hago. Lo mismo que es arriba es abajo. Los dioses quieren que se ame lo que ellos han creado, su creación son sus hijos.

-Padre, todavía me falta mucho para parecerme a ti. Entiendo tus palabras pero después no sé ponerlas en práctica.

-Todavía eres un niño. Es posible y dios y la diosa universal quiera, no te acuerdes más tarde de lo que ahora estamos hablando. No quiero verte por los caminos pasando frío y hambre, y sin tener a dónde dormir. Todo eso lo he pasado yo más de diez años. A tu madre le romperías el corazón y a mí el alma – dijo Salvador.

-Cuando me valla quiero que vengas conmigo, de esa manera yo cuidaré de ti y tú de mi – dijo Granhan.

-Cuando llegue el momento hablaremos. Ahora el consejo que te doy como padre, es de que hagas meditación todos los días, después de que os traiga de la escuela a tu hermana y a ti. Lo mejor es venir al monte, es el lugar perfecto para hacerla.

-Se giró tu consejo padre – Dijo Granhan.

CAPITULO 39

Pasado un tiempo Salvador volvió a su tierra para encontrarse con sus padres. Ellos al verlo se llevaron una gran alegría. Encontraron a su hijo muy cambiado, ya no era el mismo de antes, un chico intranquilo por querer encontrar el SANTO GRIAL, ahora que ya hacía años que lo había encontrado, era un hombre tranquilo, bueno y lleno de bondad.

Salvador habló con sus padres.

-He venido para llevaros a nuestra granja y viváis con nosotros. Tengo una esposa muy buena y un hijo e hija maravillosos.

-Ya somos mayores para viajar tan lejos y vivir en el campo, nuestras vidas están hechas para no movernos de casa – dijo el padre de Salvador.

-Estaré con vosotros un tiempo y después

Vuelvo a la granja. Mi esposa y mis hijos me esperan.

Salvador se quedó un mes con sus padres y después volvió a la granja.

Estia lo esperaba muy contenta y deseando de que volviera. Granhan y Erikra también.

Wuanda se había hecho la idea de que los padres de Salvador volverían con él. Eso sería bueno para ella, tres personas de su edad para intercambiar opiniones y conversaciones. Granhan y Erikra se quedaron con las ganas de conocer a sus abuelos paternos.

Había pasado diez años. Granhan era ya un hombre. Una noche cenando dijo a sus padres.

-Dentro de una semana me voy a recorrer los caminos. Pienso que esa es la mejor

Manera de que encuentre el SANTO GRIAL. Mi padre ha sido así cómo lo ha encontrado. Tardó años en que se diera cuenta que lo tenía dentro de su ser.

Estia entristeció, era la primera vez que oía a su hijo hablar de esa manera, y con lágrimas en los ojos dijo.

-No voy a consentir que te vayas por esos caminos igual que hizo tu padre. Cuando llegó a la granja parecía un pordiosero. Tenía hambre de no haber comido desde hacía mucho tiempo. Estaba esquelético y envejecido. Sí tú lo haces vas a cavar con mi vida.

-Mi padre encontró el SANTO GRIAL después de haber estado andando por los caminos, buscaba sin cesar y aquí lo encontró.

-Cuando buscó la serenidad, antes no lo hubiese encontrado. Fue gracias a mis padres y a mí, tú no lo vas hacer – dijo Estia.

-Madre, no quiero verte sufrir y deseo con todo mi ser, que un día encuentre el SANTO GRIAL, y vuelva aquí con el triunfo en las manos. Soy hijo de mi padre y lo llevó en los genes.

Salvador intervino diciendo.

-Yo de haber sabido que el SANTO GRIAL vive en cada uno del ser humano, no hubiese dejado a mis padres y hermanos. Jesús quiso que me diera cuenta después de más de diez años buscando en los caminos.

-Estoy seguro que no lo voy a encontrar si no es buscando sin cesar. Más tarde lo encontraré, y es posible cuando vuelva a vosotros.

-No tiene sentido lo que dices. Sabes de qué manera encontrarlo y te vas para hallarlo en otro lugar – dijo Estia – Si nos dejas vas acabar con mi vida y con la de tu padre. Por dónde vayas vas a pasar miseria, no vas a comer

Caliente en mucho tiempo, no vas a tener a dónde dormir. No quiero continuar hablando si no quiero volverme loca.

-Madre, perdóname, pero la decisión está echada – contestó Granhan.

Pasados quince días. Granhan anunció que se iba. Había preparado la ropa que se iba a llevar puesta. Hizo igual que Salvador el día que dejó la casa de sus padres.

Una noche de madrugada salió de la granja sin que fuera visto.

Estia lo primero que hacía al despertarse por la mañana, era ir a ver si su hijo Granhan si seguía en la cama, ese día al ver que no estaba, salió de la habitación y entró en la suya, despertó a Salvador diciendo.

-Nuestro hijo se ha marchado, no está en la granja.

-No te preocupes, pronto volverá.

CAPITULO 40

Salvador trataba por todos los medios calmar a Estia, ella lloraba desesperadamente, sólo hacía que repetir en lágrimas el nombre de su hijo. Salvador no sabía de qué manera calmarla. Salió de la granja y se dirigió al monte, entró en la cueva y allí se puso en meditación. Rogaba a dios y a la diosa universal de que su hijo volviera, lo quería por el bien de toda la familia y sobre todo de Estia que no paraba de llorar.

La mañana era gris y lluviosa. Salvador pensaba que muy lejos Granhan no iba a llegar, se volvería cuando viera que estaba empapado de agua. Aunque había nacido y vivido en el campo, estaba arropado por sus padres, miraban que no le faltara de nada. Igual lo hacían con Erikra. Nunca les había faltado de nada. Salvador se quedó dentro de la cueva

Toda la mañana pidiendo a Jesús que cuidara de su hijo Granhan.

Ya terminando la mañana Salvador bajó del monte. Tenía miedo de entrar en la Granja y ver llorar a Estia. Tenía razón si lloraba por la ida de su hijo. Una madre siente mucho que un hijo se vaya de su casa. Ella no veía justificado que su hijo se marchara en busca del SANTO GRIAL, sobre todo sabiendo que esa joya sagrada y espiritual está en cada una de las personas.

Estia estaba muy enfadada con Salvador, le echaba la culpa de lo ocurrido a él. Tanto era el dolor que tenía, que dejó de hablarle. Mucho más dolor sentía ahora Salvador por lo que se enfrentaba, y tanto fue que dijo.

-Voy a salir en busca de nuestro hijo, y volveré con él, te lo prometo.

Estia se tranquilizó, pero no por eso le hablo. Ella había prometido que le hablaría cuando volviera con Granhan.

Salvador se despidió de su esposa y de su hija Erikra. Con la lluvia que caía salió de la granja acompañado de su vara, nunca se había separado de ella. Iba mirando dentro de los árboles esperando encontrar en uno de ellos a su hijo Granhan refugiándose de la lluvia que caía si cesar. Llevaba todo el día caminando y ya entrada la noche vio una casa de campesinos. Se paró y llamó en la gruesa puerta. Un hombre de media edad abrió la puerta y preguntó.

-¿Tienes hambre y frío?

-Las dos cosas, pero la más importante es que voy buscando a mi hijo, hoy se ha ido de casa ¿A pasado por aquí? – pregunto Salvador.

-Con este tiempo que hace nadie se acerca a estos lugares. La tierra está mojada y las botas se quedan pegadas en el barro.

-Gracias por la información que me ha dado, pero no puedo pararme, debo continuar buscando a mi hijo, no puedo volver a casa

Sin él. Antes que yo es mi hijo, mi esposa se ha quedado llorando.

Al poco rato salió una mujer también de edad mediana, esposa del hombre. Ella al saber lo que sucedía, ella propuso.

-Quédate en nuestra casa esta noche y mañana todo lo verás más claro. Está cayendo relámpagos por todos lados, y los truenos no cesan.

-Son ustedes muy amables, pero debo continuar, no sé en qué lugar estará ahora mi hijo resguardándose de esta noche de infierno.

-Entre y caliéntese al fuego de la chimenea, estoy segura que con otra temperatura más caliente, lo verá todo mejor.

Real mente Salvador llevaba hambre y frío, la ropa la llevaba empapada de agua. Sabía que ese matrimonio tenía razón, y decidió

Quedarse por esa noche. No se le iba de la mente su hijo. Estaba sufriendo por no saber en qué lugar podría encontrarse.

A la mañana siguiente se despidió del matrimonio y les dio las gracias. Continuó el camino buscando a su hijo Granhan.

La mañana era fresca de haber estado lloviendo toda la noche. Lucía un poco de sol. El camino estaba lleno de barro, y no se andaba bien. Llegó a un lugar rocoso y montañoso. La intuición le decía que su hijo no estaba lejos. Subió las rocas y se paró en una abertura parecida a una cueva. Era larga y estrecha. Entró y empezó a gritar el nombre de su hijo cómo si supiera que se encontraba allí. A las dos veces de llamarlo Granhan apareció. Estaba algo perdido, y al ver a su padre se alegró, y preguntó.

-Padre ¿Cómo sabías que podría estar aquí?

-La intuición me ha traído. Vamos a casa,

Tu madre nos está esperando, se va alegrar al vernos llegar.

-Sólo han pasado tres días y ya os echaba de menos – dijo Granhan – Quiero encontrar el SANTO GRIAL.

-Estoy seguro que Jesús un día lo pondrá en tu camino, entonces serás el hombre más feliz de la tierra – dijo Salvador.

Ya de regreso a casa. Estia se abrazó a su hijo y con lágrimas exclamó.

-¡Bendito sea dios! Hoy es un día muy feliz para mí.

CLARA EISMAN PATÓN